

crónica isleña

JUAN JOSÉ LAFORET





Juan José Laforet.

Doctor en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid, en la que también siguió estudios de Sociología, es Máster en Periodismo por la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Técnico Superior en Protocolo de Estado e Internacional, por la Escuela Diplomática del Ministerio de Asuntos Exteriores, y ha seguido estudios de Historia en las universidades de Complutense y Sevilla. Es diplomado en Estudios Cooperativos por la Universidad Politécnica de Madrid.

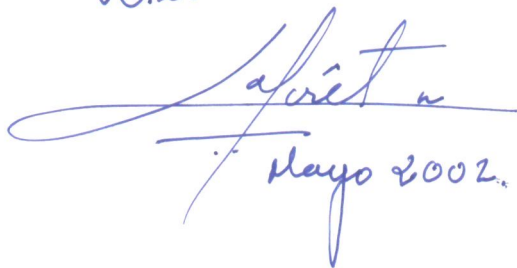
Profesional del protocolo oficial y empresarial, es profesor de la Escuela Internacional de Protocolo, dependiente de la Universidad de Elche, donde dirige el departamento de Técnicas de Organización de Actos y Comunicación e imparte estas asignaturas en los tres años de la diplomatura, a la vez que dirige diversas tesinas de fin de estudios. También se ocupa de tareas periodísticas como la dirección de *"Operísima, Gaceta de Ópera"* y es asesor de ediciones de diversas entidades públicas y privadas. También pertenece al Servicio de Historia de la Empresa de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.

Es vice Director de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Gran Canaria, miembro del Consejo de Administración de la Sociedad de Promoción de Las Palmas de Gran Canaria (S.A. Municipal), y de los consejos municipales de Cultura y de Turismo, colaborando en la Directiva de ASO CLUB Gran Canaria (federación de centros culturales, deportivos y sociales de la isla), vocal de la Junta Directiva de El Cortijo Club de Campo, directivo del Aula Cívico

FONDO
José Miguel
Alzola

a D. José Miguel Abela
con todo mi aprecio
y gratitud, así como con
el reconocimiento a su
obra y aportación al
conocimiento y difusión
de la historia de
Gran Canaria.

Atentamente.


Mayo 2002.

JUAN JOSÉ LAFORET

crónica isleña

J. M. Alzola
Peregrina, IS
Las Palmas de G.C.



**CAJA RURAL
DE CANARIAS**

-779494-

© Juan José Laforet.

© Por esta edición: Caja Rural de Canarias.

Fotos: El autor, Archivo Museo Canario y

Juan Gregorio (Foto autor libro en solapa).

Diseño portada: Grupo Creativo JEM&J.

Depósito Legal: G. C. 265 - 2002.

Fotomecánica e impresión: Tegrarte, s.l.



Prólogo

La *CRÓNICA ISLEÑA* de Juan José Laforet que vertebra el libro que hoy ve la luz, editado por la *CAJA RURAL DE CANARIAS*, es una selección de sus colaboraciones en *Diario de Las Palmas*, publicadas a lo largo de cuatro años: 1996 - 2000.


Se suele repetir que un periódico nace y muere cada día. En efecto, todo lo que en sus páginas aparece publicado tiene las horas contadas, su existencia es efímera, porque en la siguiente jornada otras noticias y otras colaboraciones nutrirán las planas impresas, relegando al olvido todo lo escrito la víspera.

Las hemerotecas son un remedio para prolongar la vida, para alargar la vigencia de la prensa diaria, pero están pensadas más para investigadores y eruditos que para el lector común que desee rememorar lo escrito por un autor determinado en el cómodo ámbito de su hogar. Para esto están las recopilaciones de artículos, de crónicas, de poemas, recogidos en un soporte más perdurable como es el libro.

Así lo hicieron en nuestra ciudad, en pasados años, autores como Fray Lesco, Jordé, Francisco González Díaz, Prudencio Morales, Carlos Navarro Ruiz, Saulo Torón, Néstor Álamo y otros muchos. Ahora lo hace también Juan José Laforet en su *CRÓNICA ISLEÑA*.

Los materiales para el nuevo libro de Laforet lo constituyen, como ya he señalado, las colaboraciones diarias que el autor estuvo enviando a *Diario de Las Palmas* durante cuatro años. Como el número de crónicas era abundantísimo, se acercaba al millar, ha hecho una drástica criba, pasando a engrosar este volumen sólo un centenar largo de estas crónicas.


La elección ha sido hecha con singular tino. Los temas recogidos en las presentes páginas son muy diversos,



proporcionando a la compilación una gran amenidad. Unas glosas se refieren a las grandes festividades, aquellas que el calendario destaca en rojo: Navidad, Reyes, Semana Santa, Corpus, el Pino. Otras contemplan los regocijos populares, tales como el Carnaval, las hogueras de San Antonio, la movida estival, la traída de la Rama, el jolgorio del Charco, las romerías del Rosario y de la Naval. Hay páginas consagradas a barrios y lugares capitalinos: Vegueta, Triana, el Guiniguada, la Muralla de Mata, los viejos puentes. Así mismo deambula por pueblos y pagos del interior de la isla: Tejeda, Valsequillo, Ingenio, Azuaje, los Berrazales, el Monte Lentiscal; o trae a un primer plano figuras señeras: León y Castillo, Anchieta, Saint - Saëns, Fray Lesco, los Hermanos Millares, los Verdugo Albiturria, Víctor Doreste, Alfonso Armas Ayala. En definitiva, un centenar largo de amenos relatos y remembranzas.

Una honda vocación llevó a Juan José Laforet a estudiar periodismo, doctorándose en Ciencias de la Información en la Universidad Complutense, completando más tarde su formación académica en la Escuela Diplomática del Ministerio de Asuntos Exteriores, en la que obtuvo el título de Técnico Superior de Protocolo de Estado e Internacional, siendo en la actualidad profesor de la Escuela Internacional de Protocolo, dependiente de la Universidad de Elche. Colabora activamente con la Real Sociedad Económica de Amigos del País, de la que es vicedirector, y forma parte de los Consejos Municipales de Cultura y Turismo y de la Sociedad de Promoción de la capital insular.

Al quehacer periodístico de Laforet se ha de añadir la autoría de libros con títulos tan sugestivos como *“Orígenes del periodismo canario”*, *“Orígenes de la imprenta en la provincia de Las Palmas”*, *“100 años de Diario de Las Palmas”*, *“Metodología para el estudio de la Historia del Periodismo Canario”*, *“Agustín Millares Torres y la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Las Palmas”*, *“Protocolo y*



Medios de Comunicación Social", "Crónicas de la Semana Santa laspalmeña", entre otros.

En una de sus crónicas glosa Juan José Laforet los diferentes eslóganes empleados por algunos autores para destacar las peculiaridades y bellezas de Gran Canaria. Fray Lesco la ve como "*continente en miniatura*"; Carlos D. Sánchez la piropea llamándola "*novia del mar*"; "*Isla azul*" la califica Pablo Artilles. Creo que Juan José Laforet, con esta suma de semblanzas, reunidas con tanto acierto, nos muestra cuál es el perfil cotidiano, despejado, sin celajes de la Gran Canaria, de la "isla continente", de cielo y mar azules, a la que él exalta de forma ejemplar con su modélica prosa.

José Miguel Alzola.
Premio Canarias de
Patrimonio Histórico.
Hijo Predilecto de
Las Palmas de Gran Canaria.



Al año nuevo

Cada uno recibe al año nuevo con las más variadas ilusiones, como con todo tipo de inquietudes, deseos, desasosiegos e, incluso algunos, con indiferencia. Sin embargo, todos, la gran mayoría, lo acogemos con la esperanza de que sea mejor que el anterior o, al menos, igual, siempre en función de las perspectivas y el regusto que haya dejado en el seno de la comunidad. Este es el indicador, el termómetro que señala la opinión, el concepto, que una sociedad, que un pueblo, tiene del tiempo que ha pasado y del que le gustaría vivir.

El primer día del año, lejos ya del bullicio y de los festejos de la noche anterior, es un momento propicio para la reflexión, para volver la vista atrás y meditar. El más que centenario Diario de Las Palmas publicaba el uno de enero de 1896 un artículo editorial dedicado «Al Año Nuevo», más representativo del pesimismo de aquel final de siglo, que de toda la centuria, el cual suponía una propuesta para meditar en la intimidad del inicio del año, al que recibía diciéndole: «Bien venido seas nonagésimo sexto hijo del turbulento siglo XIX; bien venido, si has de ser menos malo que tus 95 hermanos de ingrata recordación». Eran los días en que la guerra de Cuba ocupaba buena parte de la primera página, en los que una suscripción popular para culminar las obras de la fachada de la Catedral de Canarias recaudaba 11.593 pesetas, en los que D. Benito preparaba el estreno de «Doña Perfecta», o en los que, en la sección de anuncios, se apreciaba bien destacado el aceite para alumbrado «Luz de Diamante», importado por Swanston C0, pues aún faltaban unos pocos años para que la electricidad llegara a los hogares isleños, y el Registro Civil anotaba el nacimiento de 3 hembras y dos varones. Habrá



que aprovechar este casi final de siglo para, sobre el caudal inmenso de información que nos llega, repasar los años que dejamos atrás y formar una opinión acertada sobre la centuria que culmina, que nos ayude a traspasar, sin demasiados sobresaltos, a un nuevo milenio en el que la humanidad, y nuestra comunidad insular en concreto, pueda ser un poco más feliz.

** Enero 1996*




Noche de Reyes y de ilusiones

La “noche de Reyes”, cada cinco de enero, se celebra en la isla, en especial desde la mitad del siglo pasado, con enorme animación e ilusión organizándose muy diversos eventos, según los gustos y las posibilidades de cada época.

Era una noche esencialmente de los más pequeños, que tras dejar las botas, o los zapatos, en la ventana, en el balcón o en el patio, junto a un buen manojito de alfalfa, un caldero de agua caliente y alguna copa de aguardiente o de vino dulce del Monte, para reconfortar a sus Majestades de Oriente y a su comitiva, agradeciéndoles de esta forma sus generosas dádivas, se acostaban antes de lo acostumbrado, intentando conciliar el sueño, pues si cuando llegaban los Reyes estaban aún despiertos podían quedarse sin regalos; sin embargo la enorme ilusión del momento hacía muy difícil cerrar los ojos.

Pero los mayores también disfrutaban de una noche muy especial, en la que tenían la alta misión de ser colaboradores de los “Reales Magos de la ilusión”. En la capital, como en muchas poblaciones del interior, cuajó la costumbre de los “bailes de Reyes”, unas animadas fiestas, en casos complementadas previamente con una cena, que se prolongaban hasta bien entrada la madrugada. Hoy muchas sociedades mantienen aún esta tradición.

En la calle había mucha bulla, desde el paseo, acompañado por el ruidoso pasacalle de los tambores del regimiento que, como recoge Domingo J. Navarro, de esta forma “felicita hasta que recogía la propina”, hasta la “cabalgata de Reyes” ideada por el pintor Néstor Martín Fernández de la Torre, que convertía la calle de Triana en un gigantesco escenario adecuado para recibir a los “Reyes de Oriente”, y que



hoy, con otras formas, mantiene viva la Casa de Galicia, sin olvidar la costumbre que, desde hace ya bastantes años, lleva a miles de personas a pasear por la calles de Triana, donde se han multiplicado los puestos en la calle, con animadas tertulias y rondallas, que siguen la tradición surgida entorno a las sardinas asadas y al guitarreo que se organizaba, y aún se hace pero a pocos metros de distancia, delante del Bar "Lagunetas", un excelente rincón con alma netamente isleña .

Distintas actividades se prepararon en otros tiempos, como en la segunda década del presente siglo, cuando la Sociedad de Fomento y Turismo organizaba cada cinco de enero exposiciones de artesanía o manualidades con carácter benéfico. En 1919, hace ahora ochenta años, tuvo lugar una exposición de muñecas donadas por señoritas laspalmeñas, destinándose el importe de la rifa a las obras del grupo escolar de San José. Algunas familias, por su parte, como la de D. Emilio Ley, recibían a los niños del internado de San Antonio, para obsequiarles con una merienda y entregarle los regalos que los "Reyes" habían dejado allí para ellos. En hospitales y otras instituciones también se ofrecían juguetes a los niños menos favorecidos.

En fin una fecha en la que la ilusión no debe faltar para nadie. Creo que todos en esta noche lo que debemos pedir, sobre todo, es ilusión; no se equivoca el famoso "sapo cancionero" cuando repite, una y otra vez, "que la vida es triste si no la vivimos con una ilusión". ¡Felices Reyes amigos!.



Los Reyes Magos de Agüimes

La víspera de Reyes tiene por muchísimos lugares y rincones de Gran Canaria tradición, sabor y encanto muy particular. Desde diversas representaciones de autos de Reyes Magos, a bailes, cenas y todo tipo de saraos, colman una noche en la que la ilusión se reparte de igual forma, aunque con expresión muy diferente, para mayores y pequeños.

Siempre me llamó la atención, de forma muy especial, estas vísperas en Agüimes, donde, desde hace treinta o más años, se representa un peculiarísimo auto de Reyes Magos, obra de su cronista oficial, el escritor y periodista Orlando Hernández, que, en gran medida, ya ha dejado de pertenecer a su autor, pues hoy es algo que pertenece a todo el pueblo, a su sentir tradicional, a su memoria colectiva.

Son los propios vecinos, casi el pueblo al completo, quienes se encargan de escenificar este brillante y entretenido auto de Reyes Magos, tomando como decorado las bellísimas calles y plaza del casco antiguo, del entorno señorial, enormemente canario y blanco que siempre caracterizó a esta población tan sugerente de las tierras del sur.


**Enero 1996.*



Parranda Heidelberg

Muchos son los nombres propios y comunes foráneos, en especial de las diversas zonas de la Europa continental e insular, que han arraigado con enorme fortuna en Canarias. Desde apellidos de familias, hoy de larga raigambre isleña, Russell, O'Shanahan, Wood, Cambreleng, Van de Valle, Bethencourt, hasta topónimos como Bandama, que procede del apellido de su primer propietario holandés, Daniel Van Dame, o de apelativos para los diferentes tipos de papas, como la «quinegua» de “king Edward”, y objetos como el cuchillo canario, el naife, anglicismo derivado de “knife”.

Estas navidades, aunque ya les había escuchado por las calles de Vegueta durante la Romería del Rosario, el pasado mes de octubre, me llevé una grata sorpresa con la «Parranda Heidelberg», que con su presencia desenfadada, arraigada en las tradiciones isleñas, su buen hacer, la alegría sana de sus miembros, su acertada combinación en sentimientos y expresiones, la vitalidad contagiosa de su directora, reencarnaban perfectamente las parrandas antiguas, aquellas cuadrillas de músicos y aficionados que salían a cantar para divertirse y divertir a los demás, sin pretensiones ni protagonismos absurdos. La espontaneidad de su música, sin que esto le reste méritos artísticos, pues a todos nos pareció muy bien ensayada, esa presencia feliz y agradecida en cualquier parte de quienes están por que así lo desean, por que se encuentran a gusto, los detalles múltiples de su indumentaria -personalmente me atrajo muchísimo, por su belleza y originalidad, el ramillete de buganvilla anaranjada que lucían las mujeres en sus cachorros-, hacían de esta parranda un testimonio ejemplar de los caminos por los que la música popular, el folklore isleño, debe volver a transitar a diario, engarzado en el alma de to-



dos y cada uno de los grancanarios, aunque sea bajo un nombre tan germánico como «Heidelberg», que, como muchos otros, ya ha sido acogido amorosamente en nuestro orbe isleño.

** Enero 1996.*




Música y prestigio cultural

A nadie se le esconde que aún es muy pronto para hablar de la existencia de un «turismo cultural» en Canarias, si se tienen en cuenta los parámetros en que esta modalidad o especialidad viajera suele moverse. Sin embargo, tampoco estamos demasiado lejos, incluso en los ámbitos y contenidos más clásicos, pues como ha señalado, con enorme acierto, el director del Festival de Música de Canarias, Rafael Nebot -en unas declaraciones al ABC Cultural-, «en estos últimos años hemos logrado dar un prestigio cultural a Canarias en todo el Mundo, ajeno al sol y las playas», que sin lugar a dudas, y si se logran salvar algunos obstáculos de infraestructura, como la próxima inauguración del Auditorio Alfredo Kraus, de Las Palmas de Gran Canaria, o, en el futuro, otro en Tenerife, permitirá el que, poco a poco, se frague «un turismo cultural que aún no hemos logrado».

Turismo y cultura -la música aquí ha sido siempre un componente esencial de la misma para los isleños- van de la mano indisolublemente y, cuando se habla de «excelencia del turismo», este binomio es ineludible, máximo en unas islas donde, ya en 1910 -en la Tipografía del «Diario», en la calle Buenos Aires 36-, un periodista y precursor del desarrollo turístico, como fue Francisco González Díaz, bajo el título de «Cultura y Turismo» publicó una obra interesantísima, plena de ideas y reflexiones que hoy mantienen su vigencia, y que inició con una frase casi lapidaria, donde afirma que «Gran Canaria es un país abierto a la fecundación del progreso universal y a las influencias del mundo civilizado».

No es necesario recordar la larga historia musical de las islas, con maestros, músicos y críticos destacadísimos, con hitos como la Sociedad Filarmónica de Las Palmas, la más



antigua de toda España, o con los trece años del Festival de Música de Canarias, nacido a instancias del brillante melómano grancanario Jerónimo Saavedra Acevedo, en su etapa de Presidente de la Comunidad Autónoma, que no sólo constituye ya aquí un capítulo fundamental de esa historia, con una repercusión enorme en todo el orbe musicológico insular, sino una página excelente a nivel internacional, que atrae sobre las islas las miradas más interesantes y menos esperadas. El telón del Festival se ha levantado un año más y, con él, se abre nuevamente una puerta al prestigio de las islas, a su merecido puesto, como escribió González Díaz, «en la asamblea de las gentes cultas».

* *Enero 1996.*




El rosario canario de Manuel de Falla

Un Festival Internacional, con motivo del cincuenta aniversario del fallecimiento de Manuel de Falla, acaecido el 14 de noviembre de 1946 en Alta Gracia, en la Córdoba argentina, profundizará en la obra y en la biografía del genial músico a través de conciertos, exposiciones, ediciones y un congreso en varios continentes.

Canarias, una vez más en su papel de puente entre continentes, fue testigo del paso del maestro camino de Argentina en octubre de 1939. El día de su llegada al puerto de Santa Cruz de Tenerife, la prensa isleña recogía ampliamente la noticia del primer viaje a América del compositor Manuel de Falla, que estrenaría su «Suite Homenajes» en Buenos Aires, a la vez que dirigiría unos conciertos en el afamado Teatro Colón con motivo del XXV Aniversario de la Sociedad Cultural Española. La motonave italiana «Neptunia», con 1.100 pasajeros, arribó al puerto tinerfeño a las 5 de la madrugada del sábado 7 de octubre de 1939, zarpando a las 12 del día. Sería, sin imaginárselo, la última tierra española que vería en su vida.

En Granada se puede visitar la casa que habitó el músico muy cerca de la Alhambra, en el callejón de la Antequeruela Alta, donde todo se dispone y conserva como él y su hermana Carmen lo tenían. La riqueza y el esplendor del paisaje que se domina contrasta con la extrema austeridad y la sencillez del hogar de los hermanos Falla. Símbolo de la personalidad, casi monástica, exigente y firme en el trabajo, enormemente religiosa del músico es su bello rosario, que le fue regalado por unos amigos canarios, llamándose la atención al escuchar a la guía, en el recorrido por la casa-museo, que lo presentaba como el «rosario canario de D. Manuel de



Falla». Creo que es un hermoso motivo para, desde las islas, adentrarnos un poco más en la música del maestro, al que la despedida en los muelles santacruceros con un «hasta pronto» se le convirtió en un «hasta siempre».




El retorno de Óscar Domínguez

Fui de esa inmensa mayoría de canarios a los que, en nuestra niñez y primera juventud, nadie nos habló de un pintor genial, de un artista isleño afincado en París, cuya fama traspasaba fronteras, atraía la atención de expertos y se codeaba en vida con otros grandes como él - Picasso, Dalí, De Chirico -. Fue un joven francés, en una conversación veraniega muy cerca del Sena, al comprobar que desconocía la existencia de un pintor que sus libros de texto y de lectura destacaban, y que era oriundo de las mismas islas que yo, quién, con su extrañeza, despertó en mí una curiosidad insaciable por Óscar Domínguez.

Pero sería un poeta madrileño, vinculado al grupo El Paso en sus comienzos, y amigo de Domínguez, el que me aproximaría, mucho más que cualquier lectura, al pintor tinerfeño que fue su amigo y del que estuvo cerca aquel triste 31 de diciembre de 1957. Manuel Conde siempre me habló emocionado de los sentimientos que recordaba de Óscar, así como de muchísimas anécdotas parisinas.

Ahora Óscar Domínguez, que vino al mundo en La Laguna en 1906, ya es conocido por sus paisanos, o por una gran mayoría de ellos. Se estudia en los libros escolares, ilustra obras literarias, sus cuadros están presentes en instituciones oficiales y en colecciones privadas, y la muestra antológica que se ofrece estos días en el CAAM, si la política y cosas semejantes no primaran con tanto exceso en el ánimo de la comunidad, y de la mayoría de los medios informativos - por desgracia muchos confunden, o hacen sinónimo, periodismo y política - sería el gran acontecimiento de la vida canaria en este año.



Óscar dejó su cuerpo en París hace ya casi cuarenta años; sin embargo, ahora, sin esperarlo, retorna a sus islas vivo, exultantemente vital, en la relación onírica de su obra con sus paisanos, más allá del tiempo y de las formas, en el orbe de esta decalcomanía atlántica plagada de confusos volcanes, dragos, peces singulares o paisajes como el de su mítico Guayonje; persistente frente a otra realidad que, contemplada desde de su pintura, me trae a la memoria unos versos de Manuel Conde, ilustrados por Martín Chirino, que se preguntan: «¿Por qué tu cielo azul, por qué tan limpio,/ si aquí sólo tenemos tejas rotas,/ vallas sucias,/ tiniebla,/ tanto miedo,/ y desesperación, tras las ventanas?». Oscar Domínguez ha retornado a las islas donde el surrealismo no se inventó, existió de siempre en su naturaleza, o así al menos lo entendería André Breton durante su recordada visita a Tenerife.

* *Enero 1996.*




Un retrato de Fernando de León y Castillo

La Real Sociedad Económica de Amigos del País entre sus loables y siempre sugerentes actividades, ha restaurado un retrato de Fernando León y Castillo que, pese a su interés y enorme valor, llevaba ya algunos años a la espera de que un técnico cualificado lo restaurase, tarea que no ha sido nada fácil por el estado en que se encontraba el cuadro, y que no se agravó gracias a que la Sociedad Económica lo custodió con enorme esmero en sus dependencias.

Este retrato, que presenta al patricio teldense casi de cuerpo entero, es obra del pintor palmero Manuel González Méndez, que lo realizó en París siendo D. Fernando embajador de España, y pese a las incomodidades que, según confesó, le ocasionaban las largas sesiones de inmovilidad, para atender un encargo de Eusebio Navarro Ruiz, a quién está dedicado y que ejercía de secretario particular en la sede diplomática.

Navarro trajo consigo el cuadro y, a su muerte, fue adquirido por el Partido Liberal Canario que lo colocó en el despacho de su jefe político, Felipe Massieu y Falcón, y más tarde en el de Juan Melián Alvarado, que dispuso su entrega, en carta fechada el 5 de febrero de 1927 en Agüimes, «a la Económica para que presida las sesiones de esa Benemérita Sociedad, el más grande de los bienhechores del país»..

Como era el deseo de Juan Melián, el retrato de León y Castillo preside hoy las reuniones de la Real Sociedad, en su sede de Vegueta, muy cerca de los de otros ilustres patricios isleños, como el obispo Juan Bautista Servera, que fundó esta institución el 4 de febrero de 1776, restaurado conjuntamente con el de D. Fernando por la joven y experta especialista María Cárdenes Guerra, o los de José de Viera y



Clavijo, promotor de tantos estudios científicos y de la idea de traer la primera imprenta de la isla, y de Diego Cambreleng Mesa, magníficamente captado por el pintor Manolo Ruíz, a cuya labor como director durante años debe también muchísimo esta institución, Decana de las de Canarias.

** Enero 1996.*




1899, de la electricidad al futuro

La isla, su capital, vivió en aquel fin de siglo de 1899, y vive en el presente, acontecimientos de esos que, en gran medida, señalan premonitoriamente la derrota por la que navegarán los futuros isleños; su porvenir, su vida cotidiana, su identidad, su personalidad.

En aquel otro tiempo finisecular los laspalmeños, asistieron a la construcción e inauguración de un nuevo y moderno puerto de refugio, que aprovechaba las magníficas condiciones naturales de “la Bahía de las Isletas” y que promovió el progreso económico de Gran Canaria, al impulsar las exportaciones agrícolas, el sector comercial, o el novedoso orbe turístico, al que beneficiaron las rutas de los nuevos y grandes trasatlánticos y las primeras campañas de promoción de la isla que un empresario como Alfredo L. Jones realizó en Londres o París, y, fundamentalmente, su posición estratégica tricontinental, sobre la que, tras un siglo -el actual- de siembra de ideas y estudio de perspectivas, se asentará la auténtica dimensión y el papel que Gran Canaria, y el Archipiélago en su conjunto, jugará, o deberá tener, en el nuevo orden de la vida internacional a lo largo del siglo que nos abre sus brazos.


Pero, junto a todo ello, los laspalmeños disfrutaron aquel 1899 de algo imprescindible para que sus calles tuvieran el mismo rostro de las ciudades modernas: la inauguración de su alumbrado público con bombillas eléctricas. Gracias a la constitución, el año anterior, de la Sociedad Eléctrica de Las Palmas se pudo, aquel último año del siglo XIX, instalar una línea de electricidad que permitió, en una primera fase, dar este servicio a las zonas céntricas de la capital. La inauguración tuvo lugar en el mes de junio y se convirtió en una auténtica fiesta popular, con bailes, pasacalles y diversiones de todo



tipo. Diario de Las Palmas editó con este motivo un suplemento ilustrado con gran lujo de detalles, que recogía un artículo del Alcalde, otro del ilustre músico francés, huésped de la ciudad en aquellos años, Camilo Saint-Saëns y otros como el de la gran escritora Emilia Pardo Bazán. Desde Amberes llegó a la isla un barco, expresamente fletado para ello, con el combustible necesario para el funcionamiento de la central eléctrica que se había instalado en la Plaza de la Feria.

Sin duda la electricidad se convertía en el símbolo del futuro y el progreso que abría sus puertas a aquellos grancanarios de aquel final de siglo, pero que aún tiene reservadas muchas sorpresas cuando esperamos un nuevo siglo y un nuevo milenio, en el que toda una modernísima tecnología, sustentada en la fuerza y el impulso de la electricidad, abrirá puertas y caminos insospechados. Así lo vio y lo entendió el poeta Nicolás Estévez quién, en el transcurso de una entrevista periodística, señaló como hombre del futuro al “electricista”, en una premonitoria y aguda respuesta de quién estaba convencido de la importancia creciente e ineludible de aquella nueva energía que se introducía en la sociedad de su tiempo.

Hoy al culminar un nuevo siglo, a la vista de los profundos cambios que, a corto y medio plazo, se van a producir en el orden de las relaciones internacionales, y aprovechando tanto su posición geoestratégica en el Atlántico, como las infinitas posibilidades que brinda la “electricidad” gracias a las novedosísimas tecnologías de las telecomunicaciones, Canarias debe apostar con claridad y decisión por constituirse en plataforma de encuentro, de trasvase, de intercambio, en el seno de la sociedad internacional; algo que ya se pergueña en actos como el reciente ciclo de Conferencias sobre “Grandes Temas de Fin de Siglo”, organizado por la Presidencia del Cabildo Insular y el INCIPE, o en el Congreso que ya preparan sobre estos mismos temas, y con la asistencia de destacadas figuras mundiales, para el próximo mes de abril; sin olvidar otros asuntos de vital interés para las islas como contar con una



base de actividades espaciales y lanzamiento de satélites, o la investigación sobre la vida en el fondo de los mares.

En fin, si observamos con detenimiento, y desde la perspectiva de asuntos como la “electricidad”, el tiempo que va de aquel 1899 a este 1999, podremos contemplar con mucho mayor confianza el futuro prometedor que, si todos se lo proponen, puede alcanzar este archipiélago atlántico.

** Enero 1999.*




Gastronomía canario – castellana

Desde hoy, y hasta el próximo domingo, tendrá lugar en Las Palmas de Gran Canaria una vez más, tras quince años de magnífica acogida y de éxito consecutivo, la “XVI Semana Gastronómica Canario Castellana” en el afamado Mesón La Cuadra, un lugar ya ineludible en la geografía y en la toponimia gastronómica laspalmeña. Se trata de una iniciativa que, con el paso de los años, la experiencia acumulada y la difusión alcanzada, va mucho más allá de un mero ejercicio culinario de enorme atractivo y sabor.

Esta Semana, ideada hace dieciséis años por el director de La Cuadra, Mariano Gracia –pionero en muy diversos aspectos para el sector de la gastronomía insular - y por el empresario Joaquín Galarza –que apoya entusiásticamente el evento-, constituye hoy un buen y claro exponente de la gastronomía como uno de los elementos esenciales de la cultura de los pueblos, de las comunidades, incluso de las civilizaciones. No se equivocó en absoluto el biólogo Faustino Cerdón cuando, en su siempre recordado y apetecible libro, señaló ya desde el título que “cocinar hizo al hombre”, pues, en gran medida, el arte de preparar y cocinar los alimentos de una forma específica, adaptada a los recursos y a las condiciones de cada lugar y época, ha sido uno de los factores determinantes en esa comunicación interpersonal que ha conducido a conformar las sociedades humanas y a las culturas que las definen.


La gastronomía castellana viaja a las islas desde los primeros momentos de la llegada y asentamiento de pobladores de la península ibérica, hace ya más de cinco siglos. Aquí las costumbres y prácticas gastronómicas se adaptan a la realidad isleña y a las materias primas que tienen más a la



mano. Pronto sigue viaje al “Nuevo Mundo”, del que también aprovechó –como las cocinas de otros muchos lugares– productos desconocidos hasta el “descubrimiento” de América. Sin duda la gastronomía vivió en las islas un sugestivo y curioso proceso, como si se tratara de un crisol en el que se amalgamaron tradiciones y recetas provenientes de distintos lugares, para dar forma a una nueva gastronomía con una personalidad propia. Y si las islas no nadaron siempre en la abundancia, y se padecieron terribles “hambrunas” en más de una ocasión, también es verdad que sus mesas siempre estuvieron provistas de muchas y variadas viandas, como relata Domingo J. Navarro en sus “Recuerdos de un Noventón”, al referirse a los banquetes que organizaba el “compadre Molina”.

Esta semana Mariano Gracia, nos acerca desde “La Cuadra” a una sustanciosa reflexión sobre dos gastronomías, la Canaria y la Castellana, que casan perfectamente, presentando una conjunción enormemente atractiva, como sugiere la presencia en la mesa de unos judiones del Barco de Segovia y un cabrito frito al estilo de la cumbre gran Canaria, el canarísimo potaje de berros, celebrado en cuantos lugares se presenta, y he sido testigo de ello, junto al cochinito asado al estilo de Castilla, entre muchas otras sugerencias regadas en esta ocasión con los excelentes caldos lanzaroteños, blancos y tintos, de las bodegas “El Grifo” –por cierto tienen un curioso “Museo del Vino”, y un espumoso –el prospecto habla de “champagne”–, el Brut Nature, elaborado con una variedad de uva malvasía, que hará las delectas de todos, tanto como aperitivo, como en la comida o a los postres, entre los que destacan la cuajada, las famosas “yemas de Ávila” –popularmente conocidas como “tetras de novicia”– y otros de elaboración propia, junto a un exótico y apetecible licor de fruta salvaje, “Amarula”, que, como los vinos, distribuye la empresa “Galaco”, bajo la acertada dirección de Joaquín Galarza.

Sin duda una Semana Gastronómica para no perdersela un año más, pues es punto de encuentro habitual de tertulias y reuniones que cada mes de enero celebran los



orígenes y la personalidad de una cocina, de unas viandas tan propias, como universales.

* *Enero 1998.*




La ruta de los almendros en flor

Hace unos días, en el transcurso de un paseo hacia la cumbre, por la enriscada carretera que, entre hermosos y sugestivos paisajes, lleva hasta La Cumbre, a través de Lomo Magullo y Cazadores, en medio de la niebla cerrada, de una bruma que hacía muy difícil la marcha en coche, pude contemplar el primer almendro en flor que he visto esta temporada. Su textura rosácea, su galanura inquebrantable entre la neblina, su belleza frágil, me resultaron una sonrisa gratificante, colorista, entre aquel panorama momentáneamente grisáceo gracias al agua abundante y vivificante que caía sobre la isla. Fue un auténtico “regalo de Reyes”, con unos días de adelanto.

Y es que en Gran Canaria, como un privilegio propio, cada enero la primavera se adentra en el invierno con la belleza espontánea de cientos de almendros que florecen con fuerza a través de valles, montes y medianías, hasta alcanzar los más diversos parajes de La Cumbre. Es el momento de ponerse en marcha y deambular por carreteras, caminos y veredas que, por unas semanas, cobran una identidad y un sabor irrepetible, como de fiesta, de una fiesta en la que la naturaleza misma es todo un canto a la vida.

Aquí el viajero, el propio grancanario o el visitante, puede escoger muchas y diversas maneras de las que disfrutar de esta “ruta de los almendros en flor”; puede hacerla a pie, a caballo, en coche de línea o en automóvil particular, partiendo desde muy diversos puntos, pero siempre sin olvidar un eje fundamental que le llevará desde Valsequillo y Tenteniguada, hasta San Mateo, la Cruz de Tejeda y el pueblo de Tejeda, para pasar de allí a Ayacata y el amplio y atractivo valle de la Caldera de Los Tirajanas.



Es un espectáculo efímero, pero que cada año se repite con enorme puntualidad; un espectáculo al que cientos de personas consagran su sensibilidad más honda, al que los pueblos dedican fiestas y homenajes. Sin duda, cada mes de enero, el almendro en flor, la “ruta de los almendros”, es el rostro más singular y propio que ofrece Gran Canaria.

** Enero 1999.*




Tejeda, entre Málaga y Gran Canaria

I

La unidad, la solidaridad, la comprensión mutua, en definitiva, la paz, entre los pueblos es una necesidad perentoria, que las circunstancias actuales imponen afrontar. Algunas localidades, en ese camino de acercamiento, aprovechan como impulso iniciático varios argumentos, desde la vuelta a orígenes remotos, al redescubrimiento de comunidades fundadas, en parajes distantes de la geografía mundial, por antepasados que emigraron, sin olvidar las más impensables aportaciones a esa cultura de ida y vuelta que, durante siglos, ha surcado las rutas del Atlántico, y para la que Andalucía ha sido punto de origen indiscutible y Canarias no sólo un puente, sino un crisol donde han fraguado muchos elementos en una nueva expresión.

Otro de esos motivos puede ser la coincidencia de nombres de poblaciones o parajes naturales, de topónimos comunes que, muy por encima de la estricta legalidad de la letra menuda de la historia, sugieren un pasado de emigración, de encuentro y fusión entre pueblos y culturas, de siglos de añoranza, como la necesidad de invocar un futuro, en el que las distancias se acorten y se pueda asentar la paz y la solidaridad, en el más estrecho conocimiento de los pueblos.

En el mismo corazón de Gran Canaria, que estos días toca su frente con la blancura limpia de la flor de los almendros, existe un antiguo y poco explicado topónimo que corona la magnitud de los roques sagrados y los barrancos profundos, se deliza sobre la inmensidad de la unamuniana «tempestad petrificada». «Tejeda», que siglos atrás algunos autores escribían «Texeda» -pero que en realidad es lo mismo-, pueblo, montaña y cumbre, flor de almendro que enrama galana con solo pronunciar la claridad de sus sílabas, trae el




recuerdo de primitivas vegetaciones, de juegos infantiles, de leyendas de aborígenes, de la guerra y de la paz, pero sin olvidar el presente de mañanas luminosas, de parrandas, ventorrillos y mazapanes que, en los primeros días de febrero, pregonan la alegría fiestera de Gran Canaria.

Mas «Tejeda» es también topónimo antiguo y principal en otras zonas y pueblos hermanos. Si se acude al afamado «Diccionario de voces españolas geográficas», editado por la Real Academia de la Historia -que hoy dirige con acierto y prestigio el canario Antonio Rumeu de Armas- hace ya dos siglos, en torno a 1777, se verá la voz «Texeda», «El monte poblado de texos, que se crían en montañas húmedas, y frías. En Galicia se llama teixeiro y teixido, y en Cataluña texonera». En Canarias una subespecie exclusiva del «tejo», «erica scoparia», convive con el brezo en las cumbres de Tenerife, el Hierro y la Gomera. En Málaga el majestuoso paisaje de una parte de sus montes, que este año ha cubierto la nieve, también se llama «Sierra de Tejeda».

II

La «Fiesta del Almendro en Flor», que recorre los caminos de las medianías, la veredas de los montes y se adentra en el corazón de la cumbre, tiene en la Tejeda grancanaria, cada primer domingo de febrero, un mensaje de amistad, una llamada al hermanamiento, desde la más intensa sensibilidad isleña, al que nadie se resiste, incluso mucho más allá de la estricta frontera de la costa insular. A esta convocatoria acudió este año, en una emotiva embajada, la de la Diputación Provincial de Málaga, representada por José Manuel Atencia González, para conocer a esa otra «Tejeda» insular en uno de sus días más intensos.

La andaluza «Sierra de Tejeda», vista desde las playas de Torremolinos, Benalmádena o Fuengirola, en su gran-




diosidad, parece coronar, por una de esas raras habilidades de la naturaleza, la ciudad de Málaga en su conjunto. Este invierno con la nieve como manto y el sol, en horas del mediodía, dorando sus sienas, me recordaba ese sentido suspiro de «Hay nieve y sol en la cumbre», que el escritor isleño Néstor Alamo dedicó a su «Tejeda» grancanaria.

A la «Tejeda» malagueña se accede por varias rutas, pero en particular la que, a través de la monumental Vélez Málaga, lleva a Alcaucín, desde donde es posible disfrutar, en todo su esplendor, la impresionante mole de la «Sierra de Tejeda».

Con un paisaje que subyuga y que, a un gran canario le trae la añoranza y le hace sentirse, con el eco de tan sentido topónimo, en su propia «tempestad petrificada», como Miguel de Unamuno describió al isleño barranco de la Tejeda isleña, esta Tejeda penibética que culmina en el pico «Maroma», a 2.065 m., casi la misma altura de la isla de Gran Canaria, acoge en la quietud de sus calizas y pizarras, mayoritariamente en su vertiente sur, a una población que, dispersa por valles y lomas, entre vides, olivos y huertos, sueña, canta y vibra con el «verdial», el «verdial de los montes», ese género musical que les identifica, que les nace en el alma y les aglutina en sus afamadas «pandas», pero que, como muchos de sus hijos, a lo largo de los siglos, también emigró, cruzó el océano y, mecido en el vaiven de las olas, templó su pulso, acompasó su melodía, para brotar en esa «malagueña» que agarrota de sentimientos la garganta de los canarios. Como expresan unos versos populares, «es la Malagueña / la dulce canción / que el canario canta / con el corazón».

III

De allende el océano, de las costas donde el Mediterráneo ya se abraza y se funde con el Atlántico, el ritmo del «verdial» malagueño querrá confundirse, en el paisaje de los almendros en flor, con la melodía de la canarísima «malague-



ña», pues pino, tejo y almendro enraman el encuentro de las dos «Tejeda» que, mucho más allá de considerar cualquier exigencia de datos, fechas o argumentos, estiman su relación en la solidaridad y la unidad que los pueblos del mundo deben imponerse, si quieren ofrecer a las futuras generaciones un universo en paz.

Por la «Sierra de Tejeda», de Alcaucín a La Viñuela, por Canillas del Aceituno y Sedella, sus vecinos y trovadores ya sueñan y cantan a esa hermana que les añora en la cumbre grancanaria. En la isla, por la «Fiesta del Almendro», por los caminos de la cumbre, de Tejeda a Artenara, del barranco a La Aldea, el corazón late fuerte con el impulso del amor a los orígenes, al pasado, pero también al presente, y al futuro que se quiere construir, confortados con la oración que exhala este altar pétreo de Gran Canaria.

Tejeda, entre Málaga y Gran Canaria, con la luz clara y limpia del paisaje de los almendros en flor, con la melodía honda de «verdiales» y «malagueñas», trae el mensaje de dos pueblos que en su diversidad, en sus arraigadas personalidades, barruntan ya el camino que la historia trazó, y que hoy retoman como ejemplo de esperanza.

** Enero-Febrero 1999.*




Valsequillo, entre almendros y poemas

Valsequillo despierta a la luz de la tarde con la melodía de unos versos, venteados en la íntima penumbra de un almendro que luce en todo su apogeo. En la rosácea claridad de sus flores la isla pregona una primavera de la que nunca desiste. Por los caminos de Las Vegas, del Valle de San Roque, de Tenteniguada o del Pedregal, la fiesta blanca de los almendros se transforma, poco a poco, en las voces infantiles, en el cantar hondo y espontáneo del labrador, en la palabra cuidada del poeta isleño, en poemas que, año tras año, convierten la ruta de los almendros en un original y sorprendente sendero para la poesía isleña. Me atrevería a sugerir -y con muy poco se haría- que, recogidos en placas de cerámica o azulejo, sería hermoso colocar, a lo largo de los caminos en los que florece el almendro, y en puntos señalados, los poemas que cada año coronan el concurso de poesía del «Almendro en Flor».

En la edición del presente año, cuyo pregón leyó, el pasado fin de semana, el insigne doctor y hombre de la isla Manuel Pérez, con la presencia del Consejero de Agricultura del Gobierno de Canarias, Eduardo Jordán Martín, las autoridades municipales y muchísimos grancanarios, con la música de los Mestizay como telón de fondo, el preciado galardón poético de los almendros en flor se otorgó a un poema del escritor y periodista Orlando Hernández Martín, en el que Gran Canaria, el sentir de sus gentes, sus tradiciones, sus esperanzas, se recogen en unos versos que titula «Era una Isla».

En el marco de una velada literaria deliciosa, entrañable, la poesía se dio cita en la voz de niños y jóvenes de colegios del municipio, en la expresión universal de poetisas que, desde hace años, recorren la geografía insular con su hatillo de versos y libros, en la encendida palabra del pregonero que



llamaba a una fiesta que, desde hace veintiséis años, convoca a la isla entera. En su origen los nombres de algunos ilustres grancanarios, todos vinculados al Centro de Iniciativas y Turismo, como Luis Jorge Ramírez, Vicente Sánchez Araña, Manuel Guersi Sánchez o Ignacio Quintana Marrero que, ya en 1967, escribió, desde la revista *Isla Azul*, en un artículo titulado «La Ruta de los Almendros», como «no es equivocada la elección de empezar por Valsequillo. Hay que aprovechar la mañana que, ya mediada, está limpísima de luz, con un sol tibio y acariciador. Relucen así mejor la piedra y el árbol. También se oye mejor la canción del agua al camino, que, como el poeta, no la dice sino a quién va con ella».

Ahora, en el bullicio de la fiesta, entre potajes de berros y jaramagos, productos artesanos, la ordeñada de las vacas, los juegos infantiles y el furrungueo del temple, el verso se deja sentir en la fresca brisa del valle, pues, como canta mi buen amigo Orlando Hernández -¡felicidades por tan apetecible galardón!-, «era el alba, Valsequillo,/ los luceros lo pregonan/ que florece Gran Canaria/ con el almendro en fervores».


* *Febrero 1997.*



La Fiesta del Árbol

Gran Canaria, durante siglos sometida a la tala y el aprovechamiento masivo de sus bosques, de las enormes extensiones donde muy diversas especies se enseñoreaban de un panorama hermosísimo, singularmente atractivo, cuyo rastro se pierde en la noche de los tiempos y del que apenas queda el recuerdo vago, pero siempre elogioso y lleno de admiración, de algunos viajeros de la antigüedad, tiene hoy, ineludiblemente, que desandar ese camino de siglos y llenar de árboles todo el espacio posible, restaurar su paisaje con su flora, con sus sabinales, acebuchales, almacigales, pinares o palmerales, tal como nos lo recuerda una toponimia que sobrevivió a estas comunidades vegetales. Es una apuesta imprescindible para que el futuro sea posible, para que la isla no se transforme, sin remedio alguno, en una plataforma artificial anclada en el Atlántico.

Sin embargo, afortunadamente, el amor por los árboles y por su conservación no es un hecho insólito, ni ajeno, en la historia de Gran Canaria, pese a que en épocas se constriñera a grupos muy reducidos y a que persisten amplios sectores sociales para los que el árbol no sólo no significa nada, sino que les supone un estorbo. Si ya Cairasco de Figueroa en el siglo XVI dedicó versos encendidos a los bosques isleños, como uno de sus símbolos de identidad a salvaguardar, a finales del XVIII, con Viera y Clavijo al frente, la Real Sociedad Económica de Amigos del País inició una campaña constante y valiosa, que no ha dejado nunca, en favor de la repoblación forestal, del árbol, a la que ha contribuido con enormes esfuerzos materiales y personales. En la actualidad, y desde hace algunas décadas, el Cabildo de Gran Canaria realiza una labor enormemente satisfactoria,



que ha permitido contemplar como un manto verde vuelve de nuevo, poco a poco, a colorear el rostro de la isla.

Pero no bastan los esfuerzos oficiales o de instituciones, como la señalada u otras organizaciones de todo tipo, sino que es necesario concienciar en esta tarea a cada uno de los ciudadanos pues los beneficios de ello, o los graves males que traiga consigo un arboricidio permanente, les afectará a todos en la calidad de su vida cotidiana.

Esto lo comprendió perfectamente el periodista y orador Francisco González Díaz, a quién, por su defensa entusiasta del árbol isleño entre sus conciudadanos, se le conoció, al igual que a Joaquín Costa, como "el apóstol del árbol". Entre sus iniciativas, que se recuperó durante algunos años, y que hoy se debería potenciar enormemente, como ya ha hecho el Club Rotario de Las Palmas, estuvo la creación de "La Fiesta del Árbol", que se celebró por vez primera el domingo 4 de febrero de 1912, organizada por la "Sociedad de Amigos del Árbol", que él mismo presidía, y en la que niños de esta capital y de Gáldar plantaron arbolitos en la calle Perojo. En este final de siglo es imprescindible que "La Fiesta del Árbol" se celebre cada día, con cualquier motivo.


** Febrero 1999.*



San Matías, «apóstol de los pinares»

Artenara, «país escondido entre rocas», en la soberbia belleza de su soledad, de su convivir con el firmamento, con el mar lejano como leteo que señala el camino de la eternidad, tiene en sus pinares todo el rumor que la isla, acompañada con la cadencia de las olas al romper en los lejanos acantilados, convierte en su más bella canción. No me extraña que Domingo Doreste Fray Lesco en la crónica que le dedicó, con motivo de la excursión que hizo para estrenar la recién inaugurada carretera, la viera como «la invisible», donde la imaginación no se detiene, donde todo, en todo momento, parece un sueño.

Artenara no se entiende alejada de sus riscos, fuera de la profundidad de sus barrancos, sin sus sequeros y pastizales, pero, sobre todo, sin sus pinares, sin esa masa verde de sus montes, que en el orto y en el ocaso se contempla, en la distancia, plena de misterio, de ensueños, de añoranzas. Ayer en Artenara fue un día grande, pues el pueblo, todos los grancanarios, que cada 23 de febrero celebraban con devoción la festividad de San Matías, Patrono de Artenara, instituyeron una nueva fiesta, la del también «Patrón de los Pinares de Gran Canaria», que, estoy convencido, tendrá fortuna y se asentará en el futuro como una de las tradiciones isleñas más arraigadas. La voluntad de los ciudadanos, de la feligresía, ha sido respaldada por la autoridad eclesiástica, que recientemente acordó otorgar tal título a San Matías que, en cierta forma, se convierte así en el «apóstol de los pinares», dado que este es un apostolado imprescindible -que ya tuvo un apóstol civil hace casi un siglo en Francisco González Díaz, el periodista grancanario conocido como el «apóstol del árbol»-, en una isla que necesita recuperar la frondosidad de sus antiguos bosques, y esto no es posible sino se convierte a la fe de los pina-



res a la gran mayoría de sus habitantes. Todos los que ayer estuvieron en Artenara, desde el Presidente del Cabildo Insular, los miembros del Centro de Iniciativas y Turismo de Gran Canaria, cronistas oficiales de otras localidades, grupos de montañeros, asociaciones ecologistas -aunque ecologistas debiéramos ser todos y cada uno de los ciudadanos-, con San Matías al frente, tienen la palabra en tan sugestiva misión.

Del hermoso «Pregoncillos de los Pinares», que con tal ocasión dictó el poeta Pedro Lezcano -también político y consejero de la Corporación Insular-, que me ha gustado mucho en su conjunto, rescataría una reflexión: «Yo había pasado mi niñez en tierras bajas, sobre los verdes callaos de la marea; pero entendí enseguida que Gran Canaria no sólo la formaban los pies mojados de sus costas. Que erguida sobre el agua, la Isla levantaba sus miembros por las fecundas medianías, respiraba a pleno pulmón entre la bruma y mostraba por fin su inconfundible rostro despeinado por pinares y nubes». Ayer Artenara se hizo visible, más visible que nunca; ofreció sus pinares a su nuevo apóstol, nos acogió con una alegría inmensa, hizo de sus cuevas y veredas la casa común de todos los grancanarios, nos descubrió su sensibilidad, su innata capacidad artística, y ofrendó el mensaje de que, por los pinares, podrá llegar la salvación, física y espiritual, a esta isla.

* *Febrero 1997.*




El cordón de San Blas

Si Vegueta, en sus calles, plazas, iglesias y edificios, es el escenario privilegiado para gran parte de las fiestas mayores de la ciudad -o debería serlo, pues de unos años a esta parte se está quedando sin ceremonias, sin usos peculiares, que respondan con brillantez y dignidad a su historia y personalidad; al menos se logró rescatar el sonido de las campanas de la catedral gracias al ímpetu ciudadano-, también, en su recoleta intimidad, celebra algunas fiestas que, cada año, atraen a muchísimos vegueteros, como a cientos de laspalmeños y grancanarios en general.

Sería difícil encontrar algún vecino de este barrio, de los colindantes o en toda la ciudad, al que la costumbre de ir hasta la muy veguetuda plaza de Santo Domingo el tres de febrero para, en la pequeña capilla de San Antonio, resto del antiguo convento dominico, ponerse el «cordón de San Blas», no le retrotrajera, en un instante, a sus años de niñez. Esta práctica, que quizás aflojó durante algunos años, aflora de nuevo con el entusiasmo de los vecinos; los ventorrillos, los puestos de algodón de azúcar y manzanas de caramelo, los globos y alguna que otra parranda, ya al anochecer, aparecen alegres bajo los centenarios laureles. La festividad de San Blas toma el pulso al viejo Real, que despierta entusiasmado con sus tradiciones.

Como bien dice el párroco de Santo Domingo, Santiago Pérez Mesa, San Blas con su cordón no sólo nos protegerá la garganta, sino de males más trascendentes, como la mentira, la blasfemia, la calumnia o la gula de todo tipo; males que, en los tiempos que corren, son imprescindibles superar si se quiere mirar al futuro con confianza, con fuerzas suficientes para alcanzar un porvenir serio, generoso, útil para la inmen-



sa mayoría de los ciudadanos. No estaría demás que todos nos diéramos una vuelta por San Blas para que su minúsculo, pero elocuente, cordón nos advierta a diario sobre nuestra actuación con los demás, en el seno de la comunidad; quizás sea muy recomendable en los comienzos de una campaña electoral, en las que se dicen, se prometen muchas cosas y, en ocasiones, hasta se difama, y todo ello en vano.

San Blas y su cordón por febrero es parte ineludible de la historia cotidiana de Vegueta; sumémonos a esta bella tradición y disfrutemos con su alegría.

** Febrero 1996.*




Los «Hermanos Millares»

Ayer, una vez más, pude comprobar, y Agustín Millares Torres ya señaló algo de esto hace más de un siglo, a propósito del busto que se inauguraba a Cairasco de Figueroa en la plaza de su nombre, que no basta con rotular calles y parques con los nombres de los ciudadanos que se han destacado por muy diversos méritos, pues se corre el serio peligro de que queden meramente en eso, en el nombre de una plaza muy popular, en el de una calle más o menos transitada.

Me ocurrió que, al preguntar a determinada persona por los “hermanos Millares”, me contestó, sin perder tiempo, que este parque situado en “Escaleritas” había quedado muy bien después de las reformas y mejoras que se han hecho recientemente. Sin duda, y sin olvidar que, por supuesto, se trata de uno de los lugares más señalados y significativos de la Ciudad Alta, aquel amigo no se percató que por quienes me interesaba era por los ilustres personajes que, con su obra literaria, con su buen hacer en favor de la cultura isleña, se hicieron merecedores de ese reconocimiento urbano, como de otros muchos que ya en vida les tributaron sus paisanos, entre ellos un cálido y concurrido homenaje que El Museo Canario les brindó en Febrero de 1918.

De los hermanos Millares Cubas, Luis y Agustín, hijos de célebre historiador, documentalista y periodista isleño, antes mencionado, me seduce destacar, cuando han transcurrido ochenta y un años de aquel homenaje, no tanto el atractivo que aún mantienen sus trabajos literarios, o algo tan de moda hoy como el “Léxico de Gran Canaria”, sobre los que ya diversos autores han publicado numerosos estudios y comentarios, entre ellos Ventura Doreste, como su inquietud y la que transmitieron a sus conciudadanos, que, desde una perspectiva actual, les convirtió en unos auténticos animadores socio - culturales de su tiempo. Las veladas que organizaron



en el "teatrillo" que tenían en su casa de Vegueta fueron inolvidables, llenaron toda una época y contagiaron un gran interés por el teatro y la música entre muchos sectores laspalmeños.

Luis, el mayor, nació en 1861 y falleció en 1926, Agustín vivió entre 1863 y 1935; el primero alcanzó fama como médico, el segundo siguió a su padre en las tareas de notario. En el parnaso literario fueron inseparables, su colaboración fue tan estrecha que, como asegura Juan Bosch Millares, "aún sus propios hijos se equivocan cuando tratan de separar los escritos de uno y otro", aunque también trabajaron por separado en algunas obras, entre ellas los cuentos publicados bajo el título conjunto "De la tierra canaria", o en "Pepe Santana", "Los inertes", "Santiago Bordón" y "La deuda del comandante". Pero, sin duda alguna, donde fueron inseparables durante casi toda su vida fue en su labor como difusores culturales, en aquellas veladas dedicadas a las más diversas manifestaciones artísticas.

Sobre ellos llegó a decir Ventura Doreste, en un artículo sobre el teatro de los hermanos Millares, publicado en 1949, que fueron en las letras canarias lo que Serafín y Joaquín Álvarez Quintero fueron en el conjunto de las letras españolas, pero estableciendo un paralelismo referido más al espíritu de colaboración de ambas parejas, que a sus respectivas tendencias estéticas. "Si los Quinteros hallaban una tradición estética en que insertar su teatro, los hermanos Millares iban a iniciar un nuevo derrotero: iban a ser unos precursores".

Creo que el parque "Hermanos Millares", con los antecedentes de estos ilustres personajes, a los que ya se les dedicó un teatro en el Puerto, que colmó toda una época de la ciudad, antes de desaparecer para dejar paso a modernas e insulsas edificaciones, puede ser hoy un escenario muy adecuado para actividades de teatro, música y danza al aire libre, incluso para reponer algunas de sus obras, lo que constituiría el mejor homenaje y una buena fórmula para perpetuar la memoria de tan ilustres grancanarios; sin duda la que ellos mismos hubiesen escogido.

* *Febrero 1999.*




Recuerdos del «Queen Mary»

La noticia de que se quiere invertir una suma importante para promover el flujo de grandes trasatlánticos por el Puerto de La Luz y de Las Palmas -o «Puerto de Gran Canaria», como lo llamó Tomás Morales y como muchos creen hoy que debe denominarse-, me trajo a la memoria inmediatamente la lejana, pero imborrable, estampa de la despedida que se le dió al histórico buque de pasaje británico «Queen Mary» cuando en 1967 partió definitivamente de un puerto y de una isla que tan gratos recuerdos habían dejado siempre en su tripulación y entre los cientos de pasajeros que disfrutaban de esta escala con especial interés.


El «Queen Mary» era una auténtico palacio flotante, y su silueta, estilizadamente alargada, con tres chimeneas y dos mástiles engalanados con banderolas marinas, atraía la curiosidad de la población cada vez que atracaba o partía de la bahía de las isletas, espacio que parecía ocupar al completo con su galana figura, por un curioso efecto óptico de perspectiva. Sus pasajeros, recibidos con cariño y atenciones, recorrían enseguida la ciudad y el interior de la isla, en unas magníficas excursiones preparadas al efecto. La música folclórica, los bailes y la visita al Pueblo Canario eran casi obligatorias, como la compra de todo tipo de objetos y recuerdos en la zona de Triana y del Puerto. La despedida, como la última que ahora rememoro, debía repetir aquella imagen de varias chicas, ataviadas con el traje típico diseñado por Néstor Martín Fernández de la Torre, que, desde el muelle, agitaban grandes pañoletas.

La marcha definitiva del «Queen Mary» se contempló con enorme tristeza desde las costas grancanarias por muchos motivos, pero, quizás sobre todo, porque se perdía



todo un símbolo, la representación material de una época plagada de grandes buques en los que llegaban miles de turistas, pasajeros destacados, compañías de ópera, de teatro y de zarzuela que, de paso hacia América, aprovechaban el Pérez Galdós para ofrecer algunas representaciones; en fin, los comienzos de un turismo que ha caracterizado la vida y la economía insular. Por eso, cuando ahora se quiere rescatar la presencia de los grandes buques, no estaría mal echar una ojeada a un pasado no tan lejano y propio, que, estoy seguro, ofrecerá alguna iniciativa curiosa y útil.

** Febrero 1996.*




Muralla de Mata, viendo pasar el tiempo

Al subir por la calle Buenos Aires, el viento fuerte que días atrás asoló algunas zonas de la isla, me hizo levantar la mirada algo más de lo usual y, en lo alto de las laderas de San Nicolás, pude contemplar las viejas murallas de la ciudad, los restos de aquella fortificación que, a la altura de lo que hoy es la calle de Bravo Murillo, metro más o menos, descendían hasta el mar, donde se alzaba el castillo de Santa Ana, erigido por el gobernador Rodríguez de Herrera hacia 1568. Impávidos, desafiantes al viento, la lluvia y los siglos, aquellos muros se ofrecían ante mi vista como una bandera señera, flameante en los vientos con los ecos de la historia de la ciudad y de toda Gran Canaria.

En un instante, los trozos de la muralla norte de la ciudad, parecían decir tantas cosas que, ahora que se habla a diario del asunto, se me antojaron como un museo vivo, útil y elocuentísimo y, sin embargo, casi nadie les hace caso; ni se les restaura, ni se les protege, ni se les mimma con una simple iluminación o, lo que es peor, ya no son dignos ni de una simple mirada cariñosa de la mayor parte de la población.

Más, pese a su humildad y descuido, como la celebrísima Puerta de Alcalá -que muchos ya cantan sin saber lo que entonan-, ellos también están ahí, mirando pasar el tiempo.

Entre estos muros, y los de la muralla sur, que se extendía al final de Vegueta desde el Calvario al castillo de Santa Isabel, se alzaba la ciudad, defendida por las fortificaciones de La Luz, Santa Catalina, las de Santa Ana y Santa Isabel, la casa Mata y la del Rey, o la de San Pedro, en el barrio de San Cristóbal, hoy abandonada a su suerte y al capricho de las mareas.



Una conservación adecuada de estas reliquias de la vieja muralla, que por ningún motivo deben las autoridades permitir que se caigan, y la ubicación, en un lugar próximo, de un mirador sobre la ciudad, ayudaría a que, en el futuro, se pudiera contemplar y comprender mejor cual fue el trazado y el desarrollo urbano de Las Palmas de Gran Canaria.

** Febrero 1996.*




Las primeras carreteras de Gran Canaria

Gran Canaria, si bien vio como las obras hidráulicas, por su imprescindible necesidad, se comenzaron a realizar pocos años después de la fundación del Real de Las Palmas en 1478 -recuérdense los trabajos difícilísimos, y casi impensables en aquella época tan temprana, para acceder a los caudales de agua de la Mina de Tejeda-, no contó con carreteras que comunicaran convenientemente las principales comarcas y poblaciones de la Isla, manteniéndose esta situación hasta mediados del siglo XIX. Así, transcurrieron más de tres siglos en que los difíciles caminos del interior solo estaban al alcance de los caminantes y el tránsito a lomo de bestias.

Tuvo que llegar una inquieta generación de hombres, entre los que puedo recordar a Antonio López Botas, los hermanos Fernando y Juan de León y Castillo, Agustín Millares Torres, el Dr. Chil y Naranjo, Domingo José Navarro y Pastrana, Juan Evangelista Doreste, entre muchísimos otros, que, a partir de los años centrales del siglo diecinueve, y desde plataformas como la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Gran Canaria, o del Gabinete Literario, impulsaron el desarrollo de la Isla, propugnando, entre las primeras medidas, la apertura de las carreteras que ya eran imprescindibles para el progreso insular, para lo que reclamaron, con una energía que hoy debemos de aplaudir, unos fondos que se negaban a la isla una y otra vez.

Había una enorme tarea que realizar, pues como nos dice José Miguel Alzola, en su libro *La Rueda en Gran Canaria*, "en la primera mitad del siglo XIX la ciudad de Las Palmas, y cada uno de los pueblos de Gran Canaria, se encontraban totalmente incomunicados entre sí; no existían carreteras y los caminos eran sólo aptos para el tránsito de las caballerías.




El transporte de las personas y de los productos de la tierra se hacía a lomos de bestias, penosamente, con mil dificultades y en largas jornadas. Podríamos decir de nuestra tierra que era la Isla de las veredas, ya que su dislocada geografía sólo aparecía arañada por sendas primitivas, abiertas con el consuetudinario paso del hombre”.

La ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, al despertar de su letargo urbano de más de tres siglos, no olvidó la necesidad de abrir las comunicaciones terrestres con el interior, donde, y como escribiera el destacado periodista Jordé, los pueblos “permanecían comunicados y sufriendo los funestos efectos del aislamiento”. Esta reivindicación encontró eco en los primeros periódicos grancanarios, como El Porvenir de Canarias, El País o el caso de El Omnibus, periódico al que, aún hoy, deberíamos rendir homenaje y recuerdo por su labor como gran impulsor del progreso de Gran Canaria.

Nadie podía admitir más una situación que, Agustín Millares Torres, en su Historia General de las Islas Canarias, describe con dramática exactitud cuando nos dice como “los caminos públicos tan necesarios en un país volcánico y accidentado permanecían, al concluir el siglo XVIII, en el mismo estado en que el rudo pie del salvaje isleño los había trazado antes de la conquista. Ásperas y peligrosas sendas, serpenteando a la orilla de horribles precipicios; profundos barrancos que el agua interceptaba en los inviernos, ausencia total de todo carro que facilitara el cambio de productos”.


Frente a esto, apenas un siglo después, en el que se hizo todo lo que no se había realizado en tres, nos encontramos, como Jordé expone en sus habituales crónicas, que “al presente las cosas han cambiado, mejorando sensiblemente con carreteras y caminos vecinales que enlazan comarcas entre si y con la capital. Por igual razón que el apartamiento retrasa el desarrollo progresivo, la comunicación, el contacto directo y frecuente con los centros vitales del organismo insular, impulsa y facilita el engrandecimiento. Unidas las partes con recíproco influjo, progresa el conjunto en acción solidaria”.



Las primeras carreteras, que apenas se reducían a la de Las Palmas al Puerto, la de Arucas, que apenas si llegaba hasta Las Rehojas, y luego a Bachicao, cerca del túnel de Tenoya, la carretera del centro, hasta el Monte Lentiscal, y la de Telde, que si bien se pretendió trazar a través de Tafira en un primer momento, se optó por el camino más directo sobre las montañas que de la línea de costas, hasta que en 1863 se abrió el Túnel de La Laja, tuvieron un fuerte impulso con la llegada a la isla del ingeniero Juan de León y Castillo, que proyectó y ejecutó algunos de los más importantes proyectos de carreteras, a la vez que dejó previstos otros muchos que la administración pública se encargó de ejecutar.

En la historia de las carreteras del sur, máximo cuando ahora se culminan unos nuevos y modernísimos túneles y trazados de tres carriles, no puedo dejar de recordar, aprovechando los textos de José Miguel Alzola, la apertura del Túnel de La Laja, que permitió una comunicación fluida, con los primeros servicios de transportes de viajeros, hasta Telde. Un hecho memorable en la historia de nuestras vías de comunicación terrestres que acaeció el 4 de julio de 1863, “a las once de la mañana han quedado en comunicación las dos cámaras que venían simultáneamente practicándose para el establecimiento del túnel de la Marfea. Esta hora ha sido de verdadero júbilo y entusiasmo para los operarios, quienes, unos en pos de otros, se lanzaron por la brecha abierta”. Poco después, pese a la oposición que algunos mostraron, se completó la carretera con el magnífico puente de Telde. Al año siguiente se concedería, aunque su ejecución se retrasó algún tiempo, la realización de una carretera de tercer orden entre Telde y Agüimes, junto con la de Las Palmas a San Mateo y la de Guía a Agaete, y dos de segundo orden de Las Palmas a Guía y de Las Palmas al Puerto.

Cuando hoy, con enormes dificultades, se reclaman obras de enorme trascendencia para el progreso de Gran Canaria, como la circunvalación de Las Palmas de Gran Canaria, que una vez más en nuestra historia se entorpecen y nos quieren postergar, es conveniente repasar el pasado y los esfuer-



zos que tuvieron que realizar nuestros antepasados para conseguir hasta la más mínima carretera.

** Febrero 1999.*




Nuevas costumbres de don Carnal

Las tradiciones, las costumbres, las ceremonias cambian y se adecuan a los tiempos mucho más de lo que, a primera vista, pudiera parecer, pues en ello reside el secreto de su supervivencia. El carnaval isleño, que remonta su historia a varios siglos, como aprecia con minuciosidad Orlando Hernández en su libro sobre estas fiestas en Gran Canaria, pese a que conserva una estructura formal que lo equipara con los hábitos acostumbrados, con las fórmulas que le han identificado desde siempre, a cambiado poco a poco, quizás imperceptiblemente para muchos, adecuándose a las necesidades, el carácter y la razón de la época actual.

Hoy ya quedan desfasados, al menos para explicar y describir las andanzas carnavaleras vigentes, los textos literarios y periodísticos más clásicos y renombrados. Aquella lucha cuasi mitológica entre don Carnal y doña Cuaresma, en la madrugada del miércoles de ceniza, en la que, según Mesonero Romanos, se advertía «que todo tiene término, que la mano severa de la razón acaba de arrancar la máscara a la locura», en una descripción que bien pudiera haberse trazado con el más penetrante de los pinceles goyescos, no tiene ya cabida en el desenfadado y tolerante comportamiento del carnavalero de final de siglo. Lejos queda también el carnaval isleño descrito por Domingo J. Navarro entre sus «Recuerdos de un noventón», que «nuestros progenitores esperaban siempre ansiosos» para prolongarlo lo más que podían, aunque «a las doce de la noche del martes, toda la ciudad quedaba súbitamente en sepulcral silencio. La Inquisición vigilaba».

Ahora el «martes de carnaval», pese a ser una fiesta cumbre del largo programa que se prepara cada año, no es ni con mucho la última, ni una de las últimas. Digamos que los



tradicionales sábado, domingo, y martes de carnaval se han transformado en «semana de carnaval», al modo y manera de la semana grande de las fiestas patronales de muchas ilustres ciudades. La «sardina» ha retrasado su entierro al domingo siguiente, el socorrido «carnaval chico» o «de la piñata», dejando, en gran medida, de actuar como celebración laica y paganizante del «miércoles de ceniza», con ciertas dosis de ironía anticlerical, con lo que algo se ha ganado en comprensión y respeto mutuo entre la fiesta y lo sagrado. Pero no acaba aquí el carnaval isleño actual, puesto que, quienes aún se sienten con ánimos de seguir «corriendo los carnavales», los pueden continuar en otras localidades de la isla, como en las zonas turísticas de Maspalomas y Costa de Mogán, que se celebran cuando terminan los de la capital, con toda la solemnidad y la brillantez que se pueda esperar y exigir. Son nuevas costumbres, para los nuevos isleños que ya sueñan con un nuevo siglo.

** Febrero 1996.*




Ingenio en la década de los años treinta del siglo XX.



Estampa carnavalesca en la década de los 80 del siglo XIX.



El entonces presidente del Cabildo José Macías Santana, acompañado por los alcaldes de Teror, Juan de Dios Ramos y de Niebla, Eduardo González, Huelva, de la presidenta del Hogar Canario de Sevilla, Purificación Benavente Burgos, de quien fuera Obispo de la Diócesis de Canarias, Monseñor José Antonio Infante Florido, del profesor Francisco Morales Padrón y de otras autoridades, en la Real Academia Sevillana de Bellas Artes, con motivo del hermanamiento de estas poblaciones, que tuvo lugar tras la creación del mencionado Hogar Canario.




Del Callejón de los Canarios a la nueva sede del Hogar Canario de Sevilla

Sevilla y Gran Canaria fueron, durante siglos, dos puntos esenciales en un eje que culminaba en las Antillas primero, y luego en toda América; fueron protagonistas de una misma senda que, al compás de los alisios, no sólo transportó un mundo hacia otro, sino que, en el camino, en el fragor del encuentro, constituyó uno nuevo.

La huella, el rastro, la presencia, el halo, el significado de los canarios, de «los isleños», tal como se les denomina en numerosos países de América, se pierde, se difumina y se incrusta en la geografía, en la sociología y la cultura de los lugares más dispersos, diversos e inesperados de dos orillas del Atlántico. Uno de esos detalles lo encontramos en el denominado, desde finales del siglo XV, «Callejón de los Canarios», en la sevillanísima Puerta de la Carne, junto al Barrio de Santa Cruz, que acogió a numerosísimos aborígenes de las islas que fueron trasladados a Sevilla y alojados en aquellas inmediaciones.

Citado por autores como Peraza en su *Historia de Sevilla*, o por Santiago Montoto en *Las Calles de Sevilla*, el nombre de este callejón hispalense proviene del denominado “barrio de los Canarios”, que, en aquellas inmediaciones, acogió a los numerosísimos canarios que llegaban a través del puerto bético o, eventualmente, de otras procedencias, especialmente en las fechas de la conquista de las islas de realengo. No es de extrañar que sean numerosos los testimonios que, en documentos y tradiciones, exhalen la memoria de aquellos isleños asentados en la primorosa capital del Guadalquivir.

Entre los numerosos nombres de esclavos en Sevilla, entre 1453 y 1513, que recoge en su *Regesto Documental* Alfonso Franco Silva, aparecen muchísimos de procedencia isle-




ña, entre ellos un pequeño de cinco o seis años, de nombre Guanche, procedente de Tenerife que fue embargado en 1495 a Fernando de Villas. Años después, en 1509, aparecen registrados en Sevilla una tinerfeña llamada Juana, dos canarios ambos con el nombre de Pedro, uno de veinte años y otro de treinta, o un tal Juan, vendido por Juan Bautista Pinelo en 1510. Son unos pocos nombres para recordar los de muchísimos otros que vivieron el trago amargo de la lejanía de sus peñas atlánticas y de la esclavitud en aquel barrio que hoy rememora el poco frecuentado Callejón de los Canarios.

Recuerdo que, con motivo de los actos de la Exposición Universal de Sevilla de 1992, propuse a los responsables del Pabellón de Canarias la celebración de un acto en aquel callejón que tanta historia supuraba para estas islas, que no fue posible organizar y que se ha materializado ahora con motivo de la constitución de un nuevo Hogar Canario de Sevilla.

Más de doscientas personas, entre socios, autoridades e invitados, asistieron a la inauguración de la nueva sede del Hogar Canario de Sevilla, que supone todo un símbolo, un testimonio de esa vocación de reencuentro que aflora entre sevillanos y canarios. Fue hermoso el recuerdo que el Presidente del Cabildo de Gran Canaria, José Macías Santana, que ha apoyado esta iniciativa, tuvo para los dos barrios de «Triana», el hispalense y el grancanario, que tanta historia han aportado a ambas comunidades.

Sobre las ocho de la noche, con asistencia de numerosas autoridades sevillanas y la del Presidente del Cabildo de Gran Canaria, Monseñor Infantes Florido, Obispo Emérito de Córdoba y ex Obispo de la Diócesis Canariense, donde tan grato recuerdo y tantos buenos amigos dejó, procedió a bendecir los nuevos locales de la calle de Virgen de Gracia y Esperanza. Media hora después, y ya en los salones del Hotel Colón, tuvo lugar una gratísima velada, en la que estuvieron representados los otros hogares canarios de la península, Barcelona, Madrid y Valladolid, que trasladaron directivos y socios ataviados con trajes típicos e instrumentos musicales, para




acompañar al nuevo Hogar de Sevilla en su génesis, y en la que, tras las palabras oficiales y la entrega, por parte del presidente Macías Santana, de una placa y un lote de libros, se ofreció un concierto a cargo del timplista Juan González Vale-rón y el guitarrista Fernando Benítez Morales. La velada se prolongó luego durante varias horas, en la que todos disfru-taron de un ambiente lleno de emociones, de recuerdos para las islas y de cariño hacia los sevillanos, que tan unidos se han sentido siempre al Archipiélago Canario.

También se evocó al primer Hogar Canario que en julio de 1962 abrió unos locales en Sevilla, en la céntrica calle de San Eloy, bajo la presidencia del galdense José Rodríguez Batllori. Fue una jornada memorable en la que el catedrático de la universidad hispalense Alfonso de Cossio ofreció una conferencia, dedicada a los valores de las islas, en el marco de la exposición del pintor sevillano Francisco Vélez Bracho.

Sin embargo, pese a los sentimientos, a la larga y honda historia que les señala, creo que hoy el nuevo Hogar Canario de Sevilla tiene una dimensión mucho más trascen-dente y efectiva que la pura nostalgia, por lo que ya se espera mucho de sus inquietudes y de las actividades que, a partir de ahora, se propongan realizar.

** Febrero 1998.*




El Guinguada y otros barrancos

A nadie se le oculta, como no le ocurrió a Néstor Alamo, a Fray Lesco o a González Díaz, entre otros, que nos han dejado bellísimas descripciones, que los barrancos son uno de los rasgos más característicos del paisaje canario. Esa quiebra profunda en la tierra, que el viento, el agua y la inquietud volcánica han labrado a través de los siglos, donde el alma isleña encuentra un reflejo perfecto, es también el lecho que sueña con las correntías en los inviernos de lluvias abundantes. Ahora, con las tormentas que han envuelto Gran Canaria en las últimas semanas, con tiempos de sur y norte que han llenado las presas y le han devuelto sus nacientes, los barrancos se muestran en su plenitud, alegres, inquietos en el camino hacia el mar, muy presentes en su canción honda y ronca.

Todos los barrancos, con o sin lluvias, han jugado de siempre un papel fundamental no sólo para la poesía, sino para la economía de la Isla, lo que ya es mucho pedir; si en su trazado se encuentran pozos y manantiales imprescindibles, sus laderas suelen ser lugares privilegiados para los más diversos cultivos. A todo ello habrá que añadir la condición de testigos de la historia insular que tienen muchos de ellos. Que páginas tan sugerentes ofrecen las altas peñas de Guayadeque, el suave discurrir del Barranco de Telde, la cuenca de Tejeda y el laborioso Barranco de la Aldea, sin olvidar, como no, el Guinguada, cuyo tramo más histórico se enterró bajo una loza de cemento, como si se quisiera olvidar para siempre un pasado maldito, una leyenda espúrea, un entorno indeseado.

Estos días de lluvia, desde la parada de UTINSA, en el comienzo de la autovía a Tafira (pues por ahora acaba en Tafira Alta, a la altura de la «Casa del Gallo»), he contemplado como, en medio del cemento, aún se aprecian restos de aque-



lla jugosa vegetación que rodeaba el Guinguada, de aquellos árboles y plantas que resplandecían con el agua y, poco más arriba, se trastocaban en fértiles platanales. Me ha parecido ver al puente del Obispo Verdugo o «de piedra» y al «Puentepalo», al músico Benito Lentini preocupado por pintar de blanco las viejas casas de Vegueta y llenar de flores las plazas, a todos aquellos puestecitos al aire libre que ofrecían las más diversas mercancías; en fin, un entorno, un ambiente, pleno de intimidad isleña, que la lluvia me ha devuelto por unos instantes.


** Marzo 1996.*



Celebrar «lo grancanario»

Se han celebrado estos días muchos eventos, efemérides, aniversarios, todos de un ineludible interés para la historia, la personalidad y el carácter de Gran Canaria y de sus gentes. Desde la reapertura parcial de la Catedral de Canarias, que nos devuelve la esperanza de, algún día no lejano, poderla ver en todo su esplendor y celebrar, con toda la solemnidad que estas ocasiones exigen, la culminación de este inmenso monumento isleño, hasta el 90 Aniversario del Real Club Náutico de Gran Canaria, su vinculación a otras instituciones isleñas, como el Gabinete Literario, con el que compartió, en la mañana del pasado viernes, un acto tan entrañable como histórico, al corresponderle y ofrecerle su ayuda, en recuerdo de la que se le prestó al Náutico en su constitución, devolviéndole, actualizadas, las quinientas pesetas de 1908, o el pregón a las fiestas de San José que, por toda la isla, constituyen de las más entrañables y añoradas cada año, forman parte de una fuerza, de un espíritu hondo, que da vida e inquietudes al ser de Gran Canaria.

Sin embargo, todo ello se resume y toma forma en la institución y en la efemérides que se conmemora y que se deberá celebrar cada 16 de marzo, cuando Gran Canaria recuerda, y debe sentirse muy feliz por ello, la constitución de su Cabildo Insular en 1913. Se retomaba entonces, actualizada, una eficaz forma de gobierno de las islas, que durante siglos dió unos resultados no sólo buenos, adecuados a las necesidades de sus habitantes, sino que permitieron un alto grado de comprensión, de solidaridad, de ayuda, sin la violencia y los celos, siempre latentes, que las caracterizan en los últimos tiempos. Quizá se dió aquello de «cada uno en su casa y Dios en la de todos».



Es loable la iniciativa que ha propiciado la actual Corporación Insular de instituir una ceremonia oficial que, cada 16 de marzo, celebre este día especial no sólo para esa institución tan isleña, sino para la isla en su conjunto. Sin duda, se contribuirá al afianzamiento de la idiosincrasia de lo grancanario, se tomará aliento para reconducir la forma y contenido propio del organismo, que garanticen su eficacia y continuidad en el futuro, a la vez que será siempre la ocasión más adecuada para reconocer y aplaudir la labor destacada que, en favor de la isla, han hecho, con su esfuerzo particular, algunos de sus hijos e instituciones, o quienes, sin ser de la isla, se han ganado suficientemente la consideración de hijo adoptivo y querido de la misma.

Hoy el Auditorio de Las Palmas de Gran Canaria, junto al mar grancanario batiendo en su muros, y con el Roque Nublo señero en la altura de las cumbres isleñas, será testigo del I Acto Institucional de Gran Canaria, una ocasión para sentirnos felices, pues la isla contará ya en el futuro con una ocasión más que apropiada para testimoniar su identidad, su orgullo y su esperanza en el futuro. Una vez más, en su historia, y ahora en la sonoridad cosmopolita de su Auditorio, los grancanarios, a una sola voz, podrán volver a exclamar «¡Despierta Gran Canaria!».


* *Marzo 1998.*



La reapertura de la Catedral de Canarias

La Catedral de Canarias, tras permanecer largo tiempo cerrada al culto y a cualquier tipo de visita, dadas las intensas obras de restauración de las que aún se beneficia, y que resultaban imprescindibles para su conservación futura, se abrirá de nuevo al culto el próximo 14 de marzo, aunque aún no se sabe a ciencia cierta si se puede hablar de «reinauguración», pues las obras de restauración aún no se habrán culminado para esa fecha, o si se trata de una mera apertura al culto de unas zonas del Templo, que, tras tanto tiempo clausuradas, son ya imprescindibles para las ceremonias religiosas de la isla.

Sea lo que sea, «reinauguración» o mera «reapertura parcial», se trata de una fecha importante, que las autoridades eclesiásticas han querido hacer coincidir con una efemérides tan hermosa como la del aniversario de la llegada a Gran Canaria, el 14 de marzo de 1848, de San Antonio María Claret, el «padrito Claret», como por aquí se le conoció, y que muchísimos grancanarios, a través de sus instituciones públicas y privadas, de asociaciones y colectivos, ya reclaman que se celebre con toda la solemnidad y el rango que merece el primer monumento arquitectónico del Archipiélago, testigo no sólo de una historia religiosa, del camino de evangelización de América, que tuvo en las islas y en esta Diócesis un punto de apoyo y de puente entre continentes fundamental, sino del propio devenir de los isleños, de su esfuerzo por levantar, frente a muchas contrariedades, la «obra de Santa Ana»; un edificio que compendia también el carácter cultural y social de los grancanarios, los avatares de su economía, de su progreso y de su estancamiento, que fue lo que, en última instancia, hizo posible su construcción en unas épocas y su paralización en otras. En fin, un monumento sólido que, paralelamente a



su función y significado religioso, es también un símbolo de todo el pueblo isleño, con independencia de sus convicciones o creencias.

Ahora, cuando se procede a reabrir de nuevo este primer monumento canario, y como ya han apuntado prestigiosas entidades isleñas como la Real Sociedad Económica de Amigos del País, o la propia Asociación de Amigos de la Catedral de Canarias, es necesario que se haga con toda la solemnidad que Canarias y sus habitantes merecen; con todo el ceremonial necesario para rendir homenaje de respeto a esa historia isleña que simboliza este monumento. No se trata de rituales trasnochados o no contemplados por las normas de protocolo y ceremonial, civil y religioso, vigentes en la actualidad, pero tampoco de limitarse a unos actos meramente culturales y a una función religiosa en la que el pueblo canario no esté perfectamente representado en su globalidad, a través de sus autoridades elegidas democráticamente para estas funciones de representación, por lo que deben ocupar el puesto de honor, fuera y dentro del templo, que el pueblo isleño merece en todo momento.


** Marzo 1998.*



100 años de la Asociación de la Prensa de Las Palmas

Hace ya un siglo, el 25 de marzo de 1898, se constituyó la primera Asociación de la Prensa de Las Palmas o, al menos, esa era la voluntad de los convocados a la reunión, que tuvo lugar en la redacción del periódico «Sin Título». El periodismo grancanario tenía apenas sesenta años de existencia, muchos de ellos de mero balbuceo periodístico. Sus hacedores no contaron nunca con escuelas, facultades o masters, y sin embargo me llama la atención que uno de aquellos periodistas, José Franchy Roca -luego destacado político isleño y hombre de leyes-, convencido de la trascendencia que tenía para la sociedad en su conjunto la constitución de una Asociación de la Prensa, resaltara, el 22 de marzo de 1898, en su crónica con este motivo, y como imbuido de reflexiones que hoy serían actualísimas, que «para hacer comprender á todos que un periódico no es una hoja de papel dispuesta siempre a recoger lo que en ella quiera dejar el primero que pasa, vendría bien esa Asociación de la Prensa que se anuncia». Era la primera referencia en el mundo periodístico isleño a lo que, varias décadas después, los sociólogos de la comunicación estadounidense denominaron «gatekeeper», o «guardián de la cancela», esa función que ejerce el profesional del periodismo cuando decide que noticias traspasan el umbral hacia el público y cuales se quedan en su mesa, en función de muy diversos parámetros, entre los que no debe faltar nunca la objetividad suficiente para cumplir con el derecho a la información veraz y completa que asiste a los ciudadanos.

Aquella primera Asociación de la Prensa creada en Gran Canaria, muy pocos años después de la madrileña, constituida en 1895 bajo la presidencia de Miguel Moya, y veintiún años antes del primer sindicato de periodistas, que data de



1919, se debió no sólo a la iniciativa del director del «Sin Título», el inquieto y polémico Rafael Pérez Navarro, sino a la inquietud de muchos profesionales que, en aquellos convulsos días de 1898, en los que la ciudad vivía un auténtico ambiente prebélico, con sus calles atestadas de tropas, dispuestas a embarcar para Cuba, con unos periódicos que eran fiel reflejo de todo aquel ambiente, y con problemas en sus talleres al estar movilizados muchos de sus hombres, vieron la necesidad de adoptar unas posturas y una visión conjunta de la finalidad que el periodismo tenía en el seno de la sociedad a la que servían, de la defensa que unos se debían a otros frente a posibles injerencias y manipulaciones indeseables para la noble misión que el moderno periodismo ya les exigía.

La convocatoria, publicada el 22 de marzo, decía textualmente: «con objeto de establecer una Asociación de la Prensa y para tratar de asuntos de gran interés para nuestra isla, el próximo viernes, a la una y media de la tarde habrá una reunión de periodistas en la redacción del «Sin Título». Es curioso, y quizá muy elocuente, que, el órgano que agrupara a todos los periodistas, se fundará en la redacción de un periódico «Sin Título». El 26 de marzo se daba cuenta de la reunión y de la resolución de constituir dicha Asociación. Un mes después reconocían que la semilla no había caído en tierra estéril y que sus propósitos estaban en vías de realizarse. Enseguida recibieron el apoyo de la Asociación de la Prensa de Madrid, cuyo secretario, Cayetano Godínez, remite una copia de sus estatutos a Juan Boissier, a la sazón director de «La Patria».

Sin duda hoy conmemoramos una efemérides histórica para Gran Canaria, una capítulo de la historia local que deberemos tratar con mayor detenimiento, y que debe servir a los más jóvenes periodistas actuales para retomar las riendas de una Asociación que, al cabo de un siglo de su primera fundación, se encuentra dormida y silente, cuando tan necesaria vuelve a ser para los profesionales y para los ciudadanos en general.

** Marzo 1998.*




San José en Gran Canaria

La festividad de San José, pese a que en la actualidad ya no es día de fiesta en el conjunto de la isla, como lo fue hasta hace escasos años, constituye uno de esos días señalados en los que, de alguna forma, todos sentimos que se trata de un día grande, un día en el que siempre encontramos un «Pepe» con el que brindar y compartir una celebración.

Gran Canaria contempla con gozo el día de San José en muchas y diversas localidades; pueblos, barrios, pagos, sacarán este día a la calle la alegría de un nombre que arraigó y se consolidó como tradición entre los isleños al correr de los siglos. San José por Las Longueras, por Los Caideros, por El Álamo, por toda la geografía insular que observó con cariño la biografía de un santo obrero, sencillo, pero lleno de enorme y trascendente dignidad.

La fiesta de San José tiene en el barrio de su nombre en Las Palmas de Gran Canaria una de sus más antiguas y señaladas ubicaciones. Esta populosa zona de la capital insular, que aparece insinuada ya en los primeros planos que se hicieron de la urbe hace más de tres siglos, convirtió, poco a poco, la onomástica de los «pepes» en una fiesta de enorme arraigo que atrajo la atención y la visita de cientos de personas de toda la ciudad y de otros puntos de la isla.

Por el paseo de San José, empedrado por vez primera en el último decenio del siglo dieciocho, y que, andando el tiempo, llegaría a ser la portada sur más importante de la ciudad, se puede apreciar el aroma de una historia profunda, sentida, y la inquietud y el ánimo de unos vecinos que siempre han sabido mirar al futuro, quizás con la misma claridad con la que cada día contemplan abrirse frente a su barrio la inmensidad del Atlántico.




Muchos son los «Pepes», los «José» en Gran Canaria, entre ellos, y con él a todos, felicitaría a Pepe Dámaso, a ese genial artista que recientemente ha sido distinguido con el Premio Canaria de Bellas Artes, junto con el Museo Canario y con el Director del Instituto Astrofísico de Canarias, Francisco Sánchez, quizás como queriendo resaltar el destino tanto el lado íntimo, ancestral, como el universal que se conjugan en la obra de Dámaso.

** Marzo 1996.*



Ayer y hoy de la Semana Mayor isleña


Con la primavera llega, cada año, a la vida cotidiana isleña un acontecimiento que la marca de forma muy sensible; se trata de ese conjunto de celebraciones que forman la Semana Santa, la Semana Mayor del año, como la conocían nuestros más próximos antepasados. En Gran Canaria, como en cualquier otra parte, cada época del año tiene sus celebraciones específicas, que, con el correr de los tiempos se han amoldado a las nuevas situaciones, aunque sin perder su carácter, sus singularidades. Las celebraciones de la Semana Santa, tanto en sus rituales litúrgicos, como en sus manifestaciones populares, prendieron con fuerza entre los isleños, dándose desde fechas muy tempranas en la historia de este *Real de las Tres Palmas*; lo que es lógico si tenemos en cuenta los gustos y los hábitos de una población que, en su mayoría, provenía de regiones donde estas tradiciones tenían un enorme arraigo, como podían ser Andalucía o Castilla. Mas no cuajaron de forma definitiva, sobre todo en lo relativo a procesiones y tronos, hasta principio del siglo XIX, e incluso en casos aislados hasta ya bien entrada la presente centuria, cuando una *Junta de Semana Santa*, que desplegó una ingente labor digna de encomio, logró darle muchas de las características que hoy aún podemos encontrar en muchísimos de los tronos o pasos y su vertebración en cortejos procesionales. En la actualidad aún se introducen ciertos cambios y novedades que atraen el interés del público y contribuyen a la revitalización de nuestra *Semana Mayor*, como puede ser la presencia y actividades de nuevas cofradías, la *Real Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús de la Salud y María de la Esperanza de Vegueta*, la cofradía de *Los Dolores de Triana* de la Parroquia de San Bernardo (San Telmo), o la reciente *Cofradía del En-*



cuentro, o eventos tan significativos como la presencia este año del *Santo Cristo de Telde*, que procesionará el Viernes Santo al mediodía, en la *Procesión de la Mantillas*, en lugar del *Cristo de la Sala Capitular*.

La Semana Santa y sus celebraciones, siendo un elemento litúrgico importante, también se configura como un hecho cultural y antropológico que no se puede soslayar. Como ha señalado el catedrático de Antropología Social de la Universidad de Sevilla, Isidoro Moreno, se trata de «*una fiesta del Renacimiento, de la vida que, en clave religiosa, es la Resurrección de Cristo, y en la secular, la de la naturaleza que conecta con las fiestas de la primavera mediterráneas de tiempos precristianos*». Así, la antropología, como la ciencia que trata del hombre, física y moralmente considerado, a la vez que se ocupa del estudio de las tradiciones aprendidas del pensamiento y conductas que denominamos cultura, a la par que investiga como surgieron y se diferenciaron las culturas antiguas, y como y por que cambian o permanecen iguales las culturas modernas, tal como ha visto Morton Fried en sus «*Estudios de Antropología*», nos será utilísima para la mejor comprensión del origen y los comportamientos ritualizados de la Semana Santa en nuestro entorno isleño, teniendo muy presente que las variedades de creencias y prácticas religiosas siempre están influidas y adaptadas a condiciones estructurales e infraestructurales.


Aquí hay que tener en cuenta, al contemplar acontecimientos como el de la Semana Santa, que, aparte de ser un hecho religioso, es un hecho socio-cultural, que si por cultura entendemos los modos socialmente adquiridos de pensar, sentir y actuar de los miembros de una sociedad concreta, se alude con ello al cuerpo de tradiciones socialmente adquiridas que aparecen de forma rudimentaria en una comunidad y se desarrollan con el paso de los siglos. Este proceso nos ayudará a conocer y comprender los orígenes de la Semana Santa en Canarias, su aceptación en el cuerpo de tradiciones isleñas, los enormes cambios que sufrió en las dos últimas décadas y la rehabilitación que disfruta en la actualidad, cuando se ha vis-



to, por muy diversos sectores, que la reivindicación, con la necesaria mesura, elegancia y realismo de los modos tradicionales de las celebraciones pasionistas en Vegueta y Triana, contribuye a esa recuperación de la ciudad, de sus ritos y de sus tradiciones, que hoy se busca como uno de los signos más claros de nuestra cultura.


Sin embargo, a pesar del énfasis que se pueda poner en mantener las tradiciones, y que desde todos los sectores directamente implicados en su organización, se insista en que «*las cosas de la Semana Santa hay que cambiarlas con muchísimo cuidado*», como declaraba a la prensa en 1998 el presidente del *Consejo de Cofradías de Sevilla*, Antonio Ríos, las antiguas pautas no siempre se repiten con exactitud en generaciones sucesivas, por lo que continuamente se añaden algunas nuevas. Esta transformación la podemos considerar como evolución y viene condicionada por una serie de circunstancias diversas como pueden ser alteraciones geográficas, climáticas, sociológicas e incluso políticas; algo que en Las Palmas de Gran Canaria se dio, incluso con grave riesgo para la pervivencia de estas celebraciones en su forma tradicional, en la década de los setenta, con la llegada de usos, costumbres y formas de vida cotidiana radicalmente diferentes a todo lo que hasta entonces había caracterizado su vida cotidiana.

La Semana Santa en Las Palmas de Gran Canaria, concretamente en Vegueta y Triana, a pesar de existir y aclimatarse casi desde la época de su fundación, no define una personalidad propia, al modo que ha llegado a la actualidad, hasta finales del siglo XVIII y principios del XIX, momento histórico en el que podemos situar el origen de las actuales tradiciones, ya pasadas por el tamiz de la idiosincrasia cultural isleña. Es a partir de aquí cuando cobra un gran impulso y entra a formar parte de las más añoradas costumbres laspalmeñas, pues de alguna manera en aquella sociedad cerrada y de escasos entretenimientos, los ritos religiosos comunitarios contribuían a llenar las largas horas, hoy diríamos de ocio, además de potenciar las relaciones sociales. Así, cada domingo casi nadie faltaba a la plática de la tarde en la Cate-



dral, pues a su término las familias de Vegueta y Triana paseaban por la alameda, formándose animados corrillos y tertulias. En cuanto a la Semana Santa Domingo J. Navarro nos lo da a atender, pues el mismo fue testigo de como *«era esperada con avidez por nuestros antepasados. En estas se lucían las mejores galas, visitándose las casas desde las cuales era posible contemplar los pasos procesionales. Allí eran agasajados con dulces y refrescos. Las procesiones en su itinerario pasaban ante los distintos conventos de monjas, ansiosas de contemplar los tronos y sus novedades»*. En estas ocasiones de categoría las damas usaban vestidos de lana fina y buena seda, tocándose con espléndidas mantillas de encaje; estas, con el aditamento de la peineta, daban a los rostros ese aire de picaresca gravedad que podemos advertir en los grabados que enriquecen la obra de Webb y Berthelot.

Este fin de utilizar ritos religiosos como un hecho social vitalmente necesario por la ausencia de cualquier otro, queda también reseñado por Navarro, cuando nos dice que *«es verdad que las funciones religiosas sobre todo en nuestro suntuoso Templo Catedral, estaban revestidas de una solemnidad imponente y que la catedral sagrada se hallaba enaltecida por eminentes oradores que cautivaban el ánimo con su arrebatadora palabra y elocuencia; pero allí iban nuestras damas y caballeros a lucir espléndidas galas y a deleitar sus oídos con las célebres composiciones de los afamados músicos Núñez y Palomino, con la exquisita ejecución de los profesores de la Capilla y con los acordes del órgano que declamaba, reía y lloraba bajo la artística e inteligente pulsación de nuestro paisano de D. Cristóbal Millares»*. Pero esto no debe siquiera llamarnos mucho la atención, y , además, como se dijo de la Semana Santa sevillana, quien la mire con remilgos y objeciones espiritadas no la entenderá, ni comprenderá el alma de nuestro pueblo, ni la de nuestros antepasados. Y es que la Semana Mayor del año extasiaba a nuestros mayores con los tronadores del Miércoles Santo, con las innumerables luces del Jueves, con las procesiones y penitentes y con el correr de monasterio en monasterio para escuchar el



casado canto de las monjas en las horas de tinieblas, a la vez que comían una buena ración de bollos de alma y almendras confitadas. El Domingo de Resurrección se imponía madrugar si no querían perderse el Revienta Judas en la plaza de Santo Domingo, y presenciar la persecución de su alma fugitiva en la figura de un gato negro. Al mediodía era obligada la comida en familia en la que se degustaba el tradicional guiso de carnero.

Este año en el que la Iglesia celebra el AJubileo del 2000", que mira al futuro con enorme esperanza, recordando como hace dos siglos Jesucristo se hizo hombre, es también una oportunidad sugerente para acercarnos y conocer en toda su historia y trascendencia estas manifestaciones de fe popular, de arte y de tradición urbana, lo que ha pervivido del pasado y lo que surge de las nuevas inquietudes y de la realidad social del presente. Hoy incluso, como ya ocurre en otras localidades, y como ya apuntaba la revista «Canarias Turista» en sus ediciones de 1910 y de 1930, se ve en estas celebraciones públicas de la Semana Santa una posibilidad utilísima para apuntalar, completar y hacer más atractiva la oferta turística de la isla en estos días de descanso, en los que el visitante disfrutará del sol, la playa, o el campo, en horas de la mañana y de la tarde, y de las «procesiones» y de todo su entorno en las de la noche, cuando tampoco faltará la curiosa y succulenta oferta de la gastronomía tradicional de estas fechas.

* *Abril 2000.*




Las dos orillas del 98

Hace cien años, tras los acontecimientos que precipitaron la pérdida de unos territorios insulares que suponían el resto del gran imperio colonial español en América y el Pacífico, un grupo de intelectuales, conocidos como la «Generación del 98», -expresión impulsada por Azorín, en una serie de artículos en el «ABC» de febrero de 1913, y por José Ortega y Gasset en dos trabajos publicados por «El Imparcial»-, cuando unos hablaban, quizá con desmesura, de «desastre», en una actitud pesimista casi insuperable, y la prensa, en su gran mayoría impulsaba, con una actitud inconsciente e irreflexiva, la guerra como única salida a los acontecimientos, para lavar el honor y la dignidad nacional -aunque tras la derrota se limitó a culpar de todo a los políticos, sin adjudicarse la parte de culpa que tenía -, propusieron, básicamente, la necesidad urgente de una honda y minuciosa reflexión nacional que, aprovechando ese punto crítico que suponían los acontecimientos de Cuba y Filipinas, contribuyera a cerrar el pasado y contemplar un devenir nuevo y más eficaz para la realidad que debía revestir a España en el concierto de un nuevo orden internacional.

Luis Morote -estuvo en Cuba en 1898 y posteriormente sería diputado por el Distrito de Las Palmas en 1913, donde fue enormemente querido- lo reseñó de forma clara en su libro: «la fórmula es ésta: es España como ser que vivió edad larga y accidentada, vuelve a la infancia, pero no para reproducir iguales yerros y tropiezos, sino para que su experiencia de desengaños le sirva de maestra con qué vivir existencia mejor. Esa es la moral de la derrota».

Cien años después, cuando se ha querido rememorar aquellos acontecimientos, y pese a que muchos creían que se trataría de una «celebración» dominada por festejos y alharacas



vanas, de una «EXPO 98», creo que las cosas se están haciendo mucho mejor, con mucha más seriedad, pues bajo el signo de lo propuesto por aquella generación de 1898, y sus continuadores, en la segunda década de este siglo, la respuesta a esta efemérides ha sido la reflexión, el estudio, el diálogo, pero no sólo entre españoles, sino en conjunción estrecha con los sectores más representativos de la intelectualidad de la gran mayoría de los países de América, incluidos los Estados Unidos que, a través de ocho grandes instituciones culturales, se han propuesto revisar, sin prejuicio alguno, los acontecimientos que rodearon su guerra con España.

En este marco se celebró la semana pasada, en ese ineludible centro para la historia y la cultura isleña que es la Casa de Colón, unas jornadas denominadas «El 98 desde las dos orillas», con motivo de la XI Asamblea del Consejo Español de Estudios Iberoamericanos» -este organismo celebró su primera reunión ordinaria en Gran Canaria en 1988-. La reflexión ahora se centra en ver como desde las dos orillas del Atlántico, que durante siglos han compartido una profunda e inseparable constante de amor y odio, y en las que se encuentran los protagonistas de toda la historia que ahora se revisa, pueden surgir iniciativas renovadoras de un proyecto humano regenerador, en una nueva y amplísima generación del 98, que en la actualidad cuenta con el inmenso y rico caudal iberoamericano.

Ahora, como se señaló en el marco de los debates en la Casa de Colón, el debate intelectual no se circunscribe a una pequeña élite; la opinión pública se genera en medios mucho más amplios, acapara la atención y la cooperación de miles de ciudadanos. Hoy el 98 tiene dos orillas, una en la que se cierra en pasado, cien años después, y otra en la que se debe abrir un futuro esperanzador para la comunidad Iberoamericana. A esta generación, a los actuales iberoamericanos, corresponde la difícil tarea de cruzar el río Leteo que fluye entre estas dos orillas del 98.

* *Abril 1998.*




Cuba

De Cuba, ese espejo en el que «los isleños» se han mirado con enorme frecuencia, se habló en la Fundación Mapfre Guanarteme el jueves pasado. Se expusieron y se debatieron cuestiones sobre su historia y su realidad actual, se reflexionó con enorme prudencia y con inteligencia, se aportaron muy diversas conclusiones, pero, sobre todo entre el público, se habló con sentimiento, con pasión, casi con el cariño de lo propio, pues hablar de Cuba en Gran Canaria es como hablar de uno en su propia casa.

Cuba, la más hermosa perla de las Antillas, estuvo, y aún se mantiene, pero en otra medida, en el sueño, las ilusiones, y hasta en la leyenda de «los isleños», para quienes viajar hasta allá se convirtió en algo muy natural. Es un espejo inmenso, hondo, en el que se reflejó durante siglos la propia esperanza del canario, que la convierte en un capítulo principalísimo de su particular mitología atlántica; no me extraña que ya en 1608 el poeta Silvestre de Balboa, en su afamado poema, en dos cantos, «Espejo de Paciencia», considerado como el primer texto poético escrito en Cuba y con carácter propio, la percibiera entre centauros y silvanos en medio de un alarde de colorido y exhuberancia tropical, de ninfas que «vienen cargadas de mehí y tabaco,/ mameyes, piñas, tunas y aguacates,/ plátanos y mamones y tomates», un orbe nuevo en el que el alférez Cristóbal de la Cova cantaría: «Tan alto vuelas, pájaro canario,/ que se pierde de vista ya tu vuelo».

Pero la historia de esta isla antillana, llena de abundancia, de felicidad, de hermosos pasajes, también tiene una vertiente oscura, un sendero lleno de dificultades, de páginas amargas, que van -y lo reconoció el propio Fidel Castro, aún siendo protagonista en la última de ellas, en su discurso de



bienvenida al Santo Padre de Roma- desde la misma llegada de Cristóbal Colón hasta la actualidad. Sin embargo, este pulso entre lo bueno y lo malo, entre la fortuna y el infortunio, al que la historia suele someter a los pueblos a través de su historia, es algo que debe aprovecharse con inteligencia para que florezca un porvenir brillante, provechoso para todos. Algo de todo ello he percibido con claridad entre las líneas del magnífico texto de Guillermo Cabrera Infante «Mea Cuba», que he leído en varias ocasiones. Quizá, en estas horas difíciles, en las que los propios cubanos se plantean de nuevo su futuro, habrá que ofrecerles sobre todo la posibilidad de sosiego, sin ingerencias tremendistas y fuera de contexto, para que sean capaces de alumbrar su propio camino. Un camino que, un siglo después de su independencia -aunque no una plena independencia, pues sufrieron durante décadas el pesado yugo del colonialismo «yanqui»-, debe llevarles también a un reencuentro hondo y en sus justos términos con unos pueblos, con unas gentes que en España -sus autoridades tiene que ser conscientes de ello y actuar en consecuencia razonablemente- siempre se han sentido hermanos, especialmente esos que ellos llaman «isleños».

El debate en la Fundación Mapfre Guanarteme -una vez más habrá que agradecer a D. Julio Caubín su singular y eficaz capacidad para organizar actos de enorme interés- me trajo a la memoria otro libro que repaso muy a menudo, «Un Canario en Cuba» (1916), del maestro de periodistas isleños Francisco González Díaz, en el que destaca como «vínculos eternos, creados en una vida y esfuerzos comunes, ligan a cubanos y canarios. Fraternalmente conviven, trabajan, luchan en la tierra hermosa donde nuestros isleños, esclavizados por la miseria y la política en los territorios nativos, hallan el rescate. Y en este libro canto su redención». Hoy, un siglo después de su independencia, en alguna forma, esto ocurre a la inversa. Sin duda, hay una parte del alma isleña que se llama Cuba.

* *Abril 1998.*




Treinta años de feria comercial atlántica

Cuando se conmemoran tantos y diversos aniversarios, creo que la celebración de los treinta años de vida ininterrumpida de la Feria Internacional de Canarias, de ese certamen comercial que inició su camino con el nombre de Feria Española de Atlántico, constituye un evento de primer orden no sólo para los sectores empresariales y públicos, sino para el conjunto de la población, que debe apreciar el alto interés que tiene para la economía insular, y por ende para toda la sociedad, esta oportunidad de convertir y perpetuar a Gran Canaria en concreto, y al Archipiélago en general, en ese punto de encuentro y trasvase atlántico que ha sido en el pasado y que debe continuar en el futuro.

La Feria que surgió bajo los auspicios del Ministerio de Comercio Español, dentro de la categoría de «ferias nacionales», desde aquel lejano marzo de 1966 ya vislumbró la vocación intercontinental e internacional que debía regir los destinos de sus actividades comerciales, dada «la situación de Canarias a mitad de camino entre dos Continentes, tanto en un sentido geográfico como afectivo y el decidido apoyo oficial a una política comercial africanista, que viene siendo una constante en el cuadro de la política general española», según manifestaba Jesús Alonso Manzano, Subdelegado Regional de Comercio, en un largo artículo, publicado por la revista *Isla*, editada por el Centro de Iniciativas y Turismo, con motivo de la inauguración de la Feria el 15 de marzo de 1966.

Las perspectivas de ahondar en las relaciones comerciales con África se concretaron en un Congreso técnico hispano-africano que, entre el 15 y el 30 de marzo, estudió, con la participación de expertos de diversos países, los problemas



relacionados con el desarrollo técnico y económico del continente africano.

Creo que la idea inicial de convertir a Canarias, a través de este certamen anual, en un centro de redistribución de productos entre Europa, Africa y América no sólo se ha mantenido vigente y apuntando siempre a un futuro novedoso, sino que debe impulsar a una nueva denominación de esta actividad comercial, que podría pasar a denominarse Feria Tricontinental de Canarias.

Todos los ciudadanos deberemos estar estos días interesados en este evento que rebasa, después de treinta años, un aspecto meramente comercial, empresarial, para convertirse también en un hecho cultural, por que, indudablemente, se trata de un encuentro con personas, productos y actividades que permiten acercarnos a muy diferentes formas de ver y entender la organización de la sociedad internacional, en la que Canarias ocupa un lugar estratégico para ella y para los demás.

** Abril 1996.*




El 25 de abril y el libro grancanario

El libro, pese a enormes dificultades de todo tipo, ha tenido una presencia constante y prestigiosa en la vida isleña, en la que apareció en fechas muy tempranas de su historia, a través de bibliotecas y lectores destacados; muchos de esos libros se conservan hoy en archivos e instituciones, que los mantienen como un patrimonio inexcusable del pasado y la identidad de las islas.

Con el libro en las islas se podría relacionar a muchísimos personajes, pero la lista aquí ocuparía demasiado; si quisiera recordar nombres y centros como el de Bartolomé Cairasco de Figueroa, primer gran poeta de las islas y bibliófilo destacado en su tiempo, el del ilustrado José de Viera y Clavijo, el de la Biblioteca del Seminario Conciliar de Canarias, y su primer bibliotecario, Fray Antonio Raimon, que llevó hasta Vegueta cientos de interesantes volúmenes, o nombres como los de ese «protodocumentalista» isleño que fue Agustín Millares Torres -que logró impedir la destrucción de cientos de documentos imprescindibles para la historia y la literatura canaria-, el del Dr. Chil, Gregorio Chil y Naranjo, que trajo una imprenta para poder culminar la edición de su obra cumbre, sus «Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias», el de Agustín Millares Carlo o el de José Hernández Suárez, sin olvidar bibliotecas como las de El Museo Canario, cuya hemeroteca es, con mucho, la más rica en fondos para la historia del periodismo canario, y la de El Gabinete Literario -donde se perdió la oportunidad de contar con una buena hemeroteca de prensa grancanaria, al no conservarse los periódicos a los que la sociedad, desde su fundación, estuvo siempre suscrita-.

Esta breve referencia a la bibliología isleña viene a cuento de conmemorarse un nuevo aniversario de la llegada

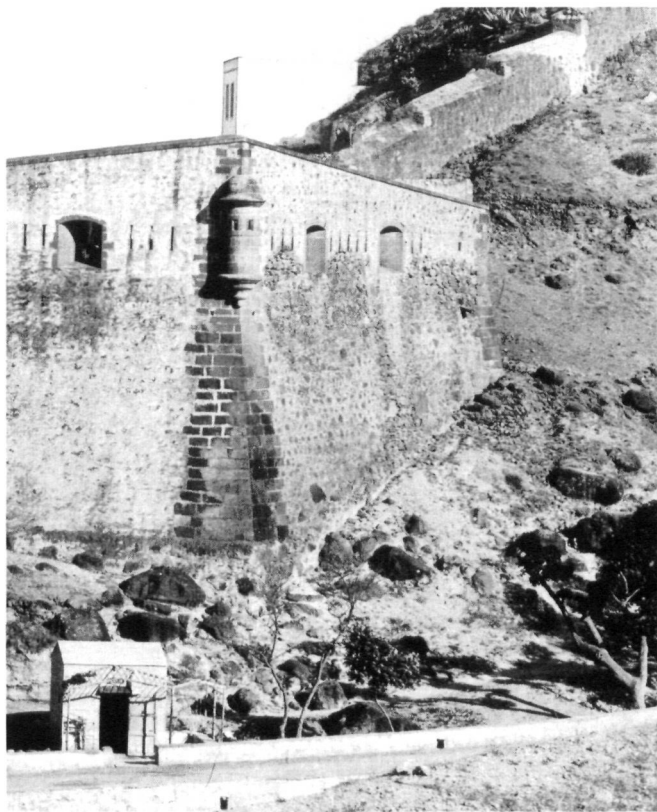


a Gran Canaria de su primera imprenta, que tuvo lugar el 25 de abril 1794, y que aquí, desde la celebración del bicentenario de esta efemérides, hace ya cuatro años, en un acto muy significativo, en El Museo Canario, que conserva aún la maquinaria de su prensa, se ha dado en denominar como el «día del libro grancanario».

Esta primera imprenta insular llegó de la mano, como tantas otras cosas importantísimas para la isla, de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, que poco después de su fundación no dudó en la necesidad de adquirir una imprenta y contratar un tipógrafo, el lagunero Juan Díaz Machado. Los primeros impresos de Gran Canaria aparecieron con el comienzo del siglo XIX, en 1801. La primera imprenta de las islas la había llevado a Tenerife el sevillano Pedro José Pablo Díaz y Romero, en 1751, aunque, como señaló el propio Viera y Clavijo, «era tan cara y de tan baja calidad, que era como si no existiera».

Hoy, en esta suerte de «día del libro grancanario», habrá que recordar también la labor de libreros y editores isleños, que a lo largo de los dos últimos siglos han realizado una labor incuestionable para la cultura isleña. Desde hace ya muchos años, junto con las magníficas ediciones del Cabildo de Gran Canaria, que ha cubierto un campo altamente valioso, se han dado otros esfuerzos muy destacados, como el de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, que mantiene su línea editorial en dos colecciones, con títulos muy atractivos, incorporándose también a este impulso bibliográfico otras entidades como la Fundación Mapfre Guanarteme, y más recientemente el Real Club Victoria, que ha puesto en marcha una colección que ya promete mucho y que ha iniciado con la reedición de la «Historia de Gran Canaria», de Millares Torres. El Servicio de Publicaciones de la Universidad vive una etapa muy interesante en la actualidad. Y es que, como diría Cervantes, recordando a Plinio, «no hay libro malo que no tenga algo bueno».

* *Abril 1998.*



La muralla de Mata en una foto de finales del XIX. Al pie del castillo se puede observar la «caseta del fielato».




En esta imagen de finales del XIX se pueden observar los viejos puentes de palo, o de López Botas, y el de piedra, o de Verdugo, sobre el cauce con agua del Guiniguada, donde también se aprovechaba para lavar la ropa.



Un homenaje a los viejos puentes

Ya son muchos mas de los que pensamos, y no sólo foráneos, sino isleños de las últimas generaciones, los que ponen cara de asombro o no se enteran, cuando les decimos algo que, desde nuestra infancia, fue tan común como «quedar en el puente de piedra», «espérame en el puente de palo -o «puentepalo»-, «te recojo junto al puente», etcétera. La veintena larga de años que el Barranco del Guiniguada lleva sepultado a su paso por el corazón de la capital insular, empieza a ser tiempo más que suficiente para que muchos conciudadanos olviden sino su presencia, que siempre permanecerá insinuante en el entorno donde Vegueta y Triana se miran a la cara impenitentemente, si muchos de sus rasgos característicos, como fueron los dos puentes que tanto contribuyeron a la idiosincrasia de la vieja ciudad.

Hoy los pasos de peatones de la Plazuela y del Mercado constituyen una representación simbólica, e incluso real frente la indomable riada de automóviles, de aquellos puentes que, desde pocos años después de la fundación del Real de las Tres Palmas, en los últimos años del siglo quince, se hicieron imprescindibles para comunicar, con cierta comodidad, los dos barrios primigenios. Así, los laspalmeños construyeron un primer puente, de madera, según el Padre Sosa, y, de piedra, en versión del Dr. Déniz, que se mantuvo intacto hasta que, una de aquellas correntías impetuosas del Guiniguada, en 1579, lo arrancó de su enclave y lo arrastró hasta el mar. Pronto la separación de los barrios se hizo insufrible, por lo que el Gobernador Martín de Benavides tomó cartas en el asunto y ordenó levantar un nuevo puente de cantería azul de un solo ojo. Pero si se observa el plano de Leonardo Torriani Cremonese, del año 1590, se verá otro próximo al mar, que



era de madera; la tradicional imagen de los dos puentes ya estaba presente en fecha tan temprana para la población.

Con el discurrir de los siglos nuevas eventualidades acarrearían la necesidad de atender la construcción de nuevos puentes. Tras la desaparición del de Martín de Benavides, pese a su fortaleza, en 1615, se reemplazó por otro rudimentario y similar en su forma, que fue revolcado hasta el mar nuevamente durante un temporal en 1694. Un rústico puente de madera, entre la calle Nueva, en Triana, y la del Perro, en Vegueta, atendería las comunicaciones de los dos barrios, hasta que el Obispo Verdugo costeó la edificación de un nuevo puente de piedra, que se inauguró con toda solemnidad en las fiestas navideñas de 1815. El puente duró mas de un siglo, y se sutituyó por otro, ya bien avanzado el presente siglo, más adecuado a las necesidades del tráfico moderno. En la parte baja, el viejo puente de madera se sustituyó por otro de mayor consistencia, en tiempos de la alcaldía de López Botas, y, en 1965, pocos años antes de construirse la autopista, se abrió otro en la misma desembocadura del barranco. Si la historia de los puentes ha sido fundamental para la personalidad de Las Palmas de Gran Canaria, hoy debería programarse, en el marco de las próximas Fiestas Fundacionales de la Ciudad, una actividad histórica, cultural y lúdica, que, en aquel entorno, recordara su existencia a los más jóvenes.


* *Abril 1997.*



Once años de unión Canario-Balear

Han pasado los años y, como nos ocurre con casi todo en la vida, parece que fue ayer cuando, los días 28 y 29 de abril de 1986, se presentaba oficialmente en Canarias la Fundación de los Archipiélago Españoles, que, meses antes, se había constituido en el marco espléndido del Parlamento de las Islas Baleares. Unas jornadas inolvidables que contaron con la presencia del Grupo de Danzas de Mallorca, que dirigía con pasión y hondo sentido mi buen amigo Tomeu Enseñat. Tras un acto en el Parlamento de Canarias, donde la directiva de la Fundación fue recibida por su entonces presidente, Pedro Guerra, sería el Salón Dorado del Gabinete Literario de Las Palmas el lugar escogido para el acto cultural con el que, tan sugestiva iniciativa cultural y social -que la prensa local llegó a denominar «El otro eje Canarias-Baleares»- se presentaba ante el público grancanario. Once años después, y por iniciativa de su presidente, Pedro Pablo Marrero Henning, la Fundación de Archipiélagos Españoles ha tenido el acierto de escoger el mismo salón para un emotivo encuentro, con la presencia de los presidentes de los parlamentos de ambos archipiélagos hermanos; José Miguel Bravo de Laguna será el presentador de Joan Huguet i Rotger, que hablará sobre «la política desde el diálogo y la tolerancia», algo por lo que apostó esta Fundación desde su nacimiento, desde su participación en los actos de Ansite de 1986, donde su vicepresidente y presidente por Canarias, Vicente Sánchez Araña, nos habló de los valores del encuentro, del hermanamiento, de la solidaridad, de la paz, como único medio de vislumbrar un futuro seguro y feliz para todos.

Fueron unos días hermosos, plenos de amistad, de sueños, de ilusiones; días en los que junto a Pedro Pablo Ma-



rrero Henning -isleño de raíces profundas en dos archipiélagos que él contribuye a hermanar- un grupo de personas extraordinarias cooperaron con este proyecto; entre ellos nunca olvidaremos a Vicente Sánchez Araña, ni al arquitecto Gabriel Alomar, al científico Roberto Moreno, al poeta Sebastián Sosa Alamo, al vicerrector Antonio Bennasar Roig, al antropólogo Bartolomé Enseñat, al pintor Aligi Sassu, entre muchos otros, entre los que tuve el honor de encontrarme. Para todos, y como manifestaron en los estatutos que aprobaron, el objetivo se centraba el fomento del conocimiento mutuo, el intercambio de conocimientos y el estudio sobre cuestiones y necesidades de índole cultural y científico comunes a ambos archipiélagos y su difusión en otros lugares.

Sin lugar a dudas una iniciativa brillante, pero también un reto difícil, una labor que, a lo largo de estos once años, su presidente, Pedro Pablo Marrero Henning, ha sabido mantener y auspiciar con constancia y acierto; un trabajo altruista y de altas miras que hoy puede ofrecer actividades de enorme interés para ambas comunidades isleñas, como el encuentro y el intercambio que permitirá la conferencia del Presidente del Parlamento de las Islas Baleares, Joan Huguet, a quién acompaña -no se olvide que la Fundación también estuvo muy vinculada desde el principio a la universidad-, el Rector Magnífico de la Universidad de las Islas Baleares. Hoy, gracias a la Fundación de Archipiélagos Españoles, como a su presidente, entre Canarias y Baleares brillará un camino que, con siglos de antigüedad, se refuerza ante el futuro.


* *Abril 1997.*



Ansite, elegía viva

No hay nada más vivo y presente en la realidad íntima de cada uno que los sentimientos. Es por ello, y precisamente por la bellísima y sugerente contradicción que ofrece, que he querido tomar como título de esta crónica del «29 de Abril», de Ansite, el del extenso poema que Orlando Hernández dedicó a aquellas peñas tirajaneras y a los acontecimientos históricos que en ellas tuvieron lugar, cuando dos pueblos sellaron una paz inmutable y unieron sus destinos, en una decisión que, al correr de los siglos, se convierte en una fuente de canariedad fecunda y reconfortante. En Ansite, cuando se mira al futuro, se escucha un canto elegíaco, pero un canto que es de vida, de esperanza, que brota en las voces, prendidas en cada una de sus rocas y en el susurro de la brisa, no sólo de aquellos primeros protagonistas isleños y castellanos, sino en la de los auténticos canarios, las generaciones de insulares que, siglos después de aquella fusión, y a raíz de la misma, se han convertido en los más característicos habitantes de las islas, con una idea y un sentimiento propio, definido y consecuente de la canariedad, que los define ante el mundo.

Hace más de treinta años, cuando casi nadie tenía a gala el preocuparse por los asuntos más relacionados con la identidad, el carácter y los orígenes de lo que supone el sentimiento de «canariedad» hoy, Vicente Sánchez Araña, desde la honda magnificencia de la inmensa y bellísima caldera de Los Tirajanas, comenzó, poco a poco, con más tesón y perseverancia que recursos materiales, a ocuparse de la historia de su isla, de las tradiciones, costumbres y formas de ser que identificaban a sus paisanos y, por supuesto, a él mismo, que siempre se consideró, ante todo, un isleño, un grancanario profundamente enamorado de todas las islas, islotes y roques que




conforman el Archipiélago Canario sobre la tez amplia y azul del océano.

Con el apoyo de un grupo de intelectuales, de personalidades de la cultura, la ciencia y el periodismo, entre ellos Sebastián Jiménez, Luis Jorge Ramírez, Agustín Millares Sall, Manuel Padrón Quevedo, José de Armas Medina, dio forma a la idea, que rumiaba desde hacía algunos años, de llevar la conmemoración del «29 de Abril», en aquellos años fiesta oficial de Gran Canaria, a un punto de reflexión mucho más avanzado, que permitiera, desde la luz y el ejemplo del pasado, mirar al futuro, construir la paz y el entendimiento, sobre una base de auténtica canariedad, sin exclusiones, digna de esa fusión de sangres y de destinos que se culminó con la Paz de Ansite, pues sólo en ese espíritu, hoy como ayer, será posible entrever y procurar el progreso y la libertad que los canarios requieren como parte esencial de ese mundo hispánico que, siglo tras siglo, han contribuido a conformar esencialmente.

Ansite constituye cada «29 de Abril» un hermoso y hondo homenaje a la profunda canariedad de algunos de sus más señalados protagonistas, como de unos isleños que, en las últimas décadas, contribuyeron a forjar el destino de su tierra y sus gentes. Ellos se marcharon, pero su obra quedó aquí, y Ansite, como altar y mausoleo de los más puros sentimientos isleños, los recuerda y los vivifica ante la eternidad.

Este año, con el recuerdo muy presente de Orlando Hernández Martín, de Alejandro Castro Jiménez, con el de la labor fecunda de los padres claretianos, con los noventa años del Real Club Náutico de Gran Canaria, con el de tantos y tantos nombres de grancanarios, de canarios en general, unidos ya indisolublemente al roque sagrado de Ansite, y mientras el fuego sagrado se enseñorea de su cima, se levantará, un año más, el Gánigo de la Paz para entonar el «(Atis Tirma!», una profunda elegía de vida que mira al futuro.


* *Abril 1998.*



Fiestas de abril y del «Primero de Mayo»

Este largo puente del «primero de mayo» recuerda las fiestas y conmemoraciones que, en los primeros años del siglo, llenaban el calendario lúdico de Las Palmas de Gran Canaria durante los últimos días de abril y el primer día de mayo. Eran las fiestas de San Pedro Mártir, a las que seguían los actos del 11 de mayo. Como ejemplo se puede tomar lo acaecido en 1913, cuando los «festejos de San Pedro», entonces, y desde épocas inmemoriales, fiesta oficial de la Gran Canaria, se celebraban con enorme animación; había paseos con música en la Alameda de Colón, que se veían animadísimos, y conciertos de las bandas municipal y militar, que también animaban los entreactos de la función de gala en el Teatro Pérez Galdós.

Aquel año, y como titulaban los diferentes periódicos que se publicaban en la ciudad, entre ellos Diario de Las Palmas, «el primer aeroplano que vuela en Las Palmas» constituyó una de los más atractivos y comentados eventos. Eran tiempos en los que las experiencias aeronáuticas desataban las mismas pasiones y curiosidad que hoy pueden tener las pruebas de lanzamientos espaciales. El público pagaba su localidad para contemplar el despegue del aeroplano tripulado por el señor Garnier. En los diversos vuelos, que duraban de seis a nueve minutos, el piloto era acompañado por algún invitado, como fueron en aquella ocasión los empresarios Company y Rodríguez, José Velázquez y el general Juan Sierra, por cierto, personaje que siempre disfrutó de gran popularidad y cariño entre los «laspalmeños». Los vuelos, desde los terrenos próximos a la antigua carretera a Tamaraceite, fueron un éxito completo, pese a un pequeño accidente en el que, el mecánico Mañero, se fracturó varios huesos, al accionar manualmente la hélice del aeroplano. Garnier revalidó su justa fama mun-



dial como «rey de los aviadores y emperador de los aterrizajes».

El «Primero de Mayo» se celebró con entusiasmo aquel año con la colocación de la primera piedra de la «Casa del Pueblo», en un solar de la Isleta. Por la tarde, con la asistencia de los miembros de gremios y sociedades obreras, acompañados por los del Colegio Pi y Margall, luciendo sus banderas y estandartes, hubo un mitin. Algunos periódicos recogían como noticia que «en el público había mujeres», a las que el señor Barrera, en su alocución, «llegó a aconsejar que impusieran a sus novios como condición para corresponderles, el ser agremiados»; sin duda, eran otros tiempos y otras formas de ver la vida que, por fortuna, hoy podemos contemplar como mero recuerdo histórico. No faltaron a este acto obrero Franchy Roca, José García y García, los señores Huguet y Bosch, o Carlos Baez. A continuación tuvo lugar una manifestación que, desde Viera y Clavijo, y a través de Buenos Aires, Triana, General Bravo, Cairasco, Muro, y Obispo Codina, se dirigió a la Plaza de Santa Ana. La fiesta del «Primero de Mayo» de 1913 culminó con una velada literario musical en la «Sociedad de Fogoneros».

* *Mayo 1997.*




Las cruces de Mayo

La Fiesta de la Santa Cruz, en su doble ubicación de mayo y septiembre, tiene en el Archipiélago Canario una antigua y arraigada tradición, no sólo en las dos capitales puestas bajo su patronazgo desde su fundación, Santa Cruz de Tenerife y Santa Cruz de La Palma, sino en los más recónditos y apartados lugares y barrios, donde aún se mantienen tradiciones y costumbres que, hasta no hace mucho tiempo, eran comunes y frecuentes durante el mes de mayo en la inmensa mayoría de los hogares isleños.

Una de esas costumbres era la de enramar con flores, ramas y plantas aromáticas cruces que se colocaban luego en la fachada de las casas, en el balcón o junto a alguna de las ventanas principales del edificio. El rostro urbano de ciudades, villas, pueblos y lugares de las islas parecía cambiar durante unos días, en los que el alegre y aromático colorido de las cruces prestaba una inusual sonrisa a la vida cotidiana; era todo un homenaje a la primavera feraz y luminosa de las islas, aparte de un símbolo religioso que, superados los días de la Semana Santa, mostraba la alegría del creyente por contar con una fe que, desde la cruz, le daba esperanza a su vida.

Esta tradición de enramar cruces, de enorme arraigo en muchísimas poblaciones de la península, donde algunas como Granada o Córdoba han proclamado fiestas de carácter local que hoy tienen justa y merecida fama en todo el mundo, que pasa también a gran parte de América, tomando carta de naturaleza propia con rituales que engarzan antiguas costumbres de sus naturales, se asentó muy pronto en Canarias. Durante siglos las fachadas y patios de los hogares isleños han disfrutado de su «Cruz de Mayo» o de su «Cruz enramada» en los primeros días de mayo. Se utilizaban flores frescas y



plantas aromáticas del lugar, con las que se decoraba pacientemente una sobria y sencilla estructura de madera de pino ó de tea, en forma de cruz. Cuando la cruz se retiraba existía la costumbre de incinerarla o, en otros sitios, se quemaban solamente las flores, guardándose la estructura de madera que, en ciertas familias, llegó a pasar de una generación a otra.

Cuando la tradición casi se había perdido en Las Palmas de Gran Canaria, la Plaza de Santa Ana ha sido testigo y marco extraordinario para una experiencia, dirigida a los escolares -pero de la que también han disfrutado los mayores-, que pretende recuperar la tradición de las «cruces enramadas». Bajo los auspicios del concejal de Vegueta, Agustín Montenegro, se programó un concurso entre escolares, gracias al cual se llenó la plaza de enormes cruces. Hubo premios, música y actividades escolares; y si las cruces no eran, dado su tamaño y disposición, exactamente las que aquí lucían balcones y ventanas, si que contribuyeron a rescatar una bella costumbre que definía el mes de mayo isleño.


** Mayo 1997.*



La feria de las flores laspalmeña

A Vegueta siempre la recuerdo entre flores, entre jardincillos repletos de plantas aromáticas, con olor a tierra húmeda cada mañana; en especial los que lucía la plazoleta de la calle Felipe Massieu, en la trasera de la Catedral de Canarias, siempre cuidados y con las flores adecuadas para cada estación del año, no como ahora, fría, descolorida; con un trazo sobrio, simplista y algo facistón, que muy poco o nada dice del viejo barrio y sus intimidades, sus romanticismos ineludibles, sus recuerdos de tiempos que aquí no se van nunca del todo. Con la primavera la vieja Vegueta crecía en la espontaneidad del colorido de las mas variadas y diversas flores; eran las de la «cruz enramada», las de los pétalos que caían de las ventanas al paso de los tronos, las de los que formaban los más bellos y curiosos dibujos y figuras en las alfombras del Corpus Christi; las flores que, en sus macetas, se asomaban por balcones y azoteas; las plantas y enredaderas a la vera del galante Guinguada -hoy sepultado en las entrañas de una autopista; triste destino para quién señaló el origen, el desarrollo y hasta la conformación del carácter de la urbe histórica-; y no olvido los patios, frescos, repletos de helechos, flores de mundo y geranios, que se dejaban ver, discretamente, a través de los zaguanes abiertos y tras las hermosas verjas que los custodiaban; en fin una auténtica muestra de amor a la vegetación y a su orbe que siempre mostraron los laspalmeños de otras generaciones.

Ahora, algo de todo ese mundo, que parecía ido definitivamente, ha regresado a Vegueta, o al menos así lo sentí el domingo pasado cuando, al llegar a la Plaza de Santo Domingo, me encontré con las instalaciones del «Mercado de las flores» que se inauguraba esa mañana. En un ambiente es-



pléndido, lleno de notas de la Banda de Música Municipal, con la alegría en los labios de miles de ciudadanos, que tenían la sensación de recuperar no sólo una parte de su ciudad, sino un tiempo hermoso de su niñez, la vieja plaza acogía a numerosos puestos de flores, de animales, de artistas que, pincel en mano, daban los últimos toques a sus cuadros, bajo unos amplios paraguas de loneta blanca; junto al pilar, con agua de rumor de siglos, un singular y atractivo ramo de flores de mundo y palmas daba al entorno la apariencia de una realidad extraída de la acuarela que Manolo Lezcano trazó para el cartel anunciador de aquella jornada.

Hay que agradecer de todo corazón esta iniciativa, este empeño y esfuerzo, con el que se ha logrado ofrecer a la ciudad mucho más que un «mercado de flores», pues el domingo pasado lo que encontramos en la Plaza de Santo Domingo fue toda una «feria de las flores laspalmeña». ¡Que dure muchos años!

** Mayo 1998.*




De Gran Canaria al Rocío

Nadie niega ya la universalidad que, tras siglos de devoción popular, caracteriza la romería anual a la Virgen del Rocío en su blanquísima Aldea onubense, al borde mismo de las marismas, donde se palpan todos los caminos que, por el Atlántico, conducen a los cinco continentes, a las más variada y distante geografía donde hoy no es raro encontrarnos un Simpecado, una Sagrada Imagen, un recuerdo permanente a la Reina y Señora de Almonte.

Las Islas Canarias, ese hermoso balcón de Andalucía que caminó sobre la mar, como cantara un poeta hispalense, también tienen, desde hace ya más de veinte años, una participación singular e indiscutible en los eventos rocieros de cada primavera, gracias a la presencia de la "Real Hermandad de Nuestra Señora del Rocío de Las Palmas de Gran Canaria", que por rociera, por mariana y por grancanaria se ha ganado el cariño y el respeto no sólo de sus paisanos isleños, sino de cuantos, año tras año, entusiasmados aplauden su paso por las calles de la Aldea, con su Simpecado engalanado con las flores y frutos más propios de unas islas indiscutiblemente marianas, en una explosión multicolor que se convierte en un hermoso y sugestivo pregón de hermandad, de paz, un mensaje que nos recuerda, como si se hubieran hecho realidad, los primeros versos del poema que Rafael Alberti dedicó a su amigo el escritor grancanario Claudio de la Torre: "Yo sé, Claudio, que un día tus islas naturales/ navegarán con rumbo hacia la playa mía/ y, verdes cañoneros, mirando a Andalucía,/ dispararán al alba sus árboles frutales".

La Hermandad laspalmeña, fundada en 1976 por devotos rocieros afincados en las islas, ya no está sola en el Rocío, en el cruzar del particular y anchísimo Río Quema que



tiene en el trozo de Atlántico que se extiende entre las playas andaluzas y las grancanarias. Su semilla ha sido fecunda, ha germinado en cientos de canarios que se han incorporado a la Hermandad, o que agrupados en nuevos colectivos de carácter rociero la apoyan desde su hermandad en la misma fe. Todos acudirán, un año más, para realzar la presencia de una isla que ya es muy querida en esta efemérides onubense y universal.

Ahora, de nuevo, los ecos del Rocío, los de las marismas, los del Río Ajolí, los de un camino rebosante de carretas, caballos y peregrinos, hermanados por su fe y confundidos en el polvo de un camino donde no hay más condición humana que la de ser romeros que caminan hacia su Madre, llegan y parte incesantes, como las olas atlánticas, a las playas de Gran Canaria, cuando la voz del pregonero, este año 2000 la del poeta y escritor onubense Eduardo Fernández Jurado, convoca a los rocieros isleños a partir hacia su anual cita almonteña. Ellos tampoco olvidan que, allá por el mes de octubre, también visitarán, en una hermosa y brillante romería a la Villa Mariana de Teror, a Nuestra Señora del Pino, hermanada en su advocación con la del Rocío, gracias a la labor de esta activa Hermandad Rociera laspalmeña.

** Mayo 2000.*




Historia empresarial y la «revista Flick»

En la historia de una comunidad, de todo un país, incluso hoy ya podemos hablar de la historia de las relaciones intercontinentales, por el papel que juegan los grandes grupos inversores, no se puede dejar a un lado la historia empresarial, el devenir de quienes han sido factor principal en la creación de riqueza, y por lo tanto de ese bienestar público sin el que sería casi imposible cualquier otro tipo de actividad social. Sin embargo, y como asegura el catedrático Francisco Comín, en el prólogo a la obra de Santiago Luxán Meléndez, Director del Servicio de Historia de la Empresa de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, y José Luis Quesada González sobre *Una historia de empresa familiar*, Atlantis Publicidad, «la Historia de la Empresa es una disciplina aún muy joven en España, pero su crecimiento ha sido espectacular en los últimos años».

Junto a la ineludible necesidad de conocerse a sí mismo, que tiene cualquier comunidad si desea progresar, también está, según el Dr. Comín, la ayuda que presta a un mejor conocimiento de la «teoría de la empresa», que se desarrolla tanto desde el análisis abstracto, como desde el conocimiento de casos históricos concretos.

En Canarias, al culminar la presente centuria, existen algunas empresas que, pese a tener una antigüedad inferior al siglo, ofrecen una trayectoria con enorme interés para su estudio, no sólo por constituir ese «caso histórico» de ineludible importancia para el estudio teórico empresarial, sino por ser, en determinada manera y grado, una parte inseparable de la historia local del Archipiélago, de cada una de sus islas, de su personalidad y de su cultura.



Hoy tengo entre las manos un nuevo número de la «Revista Grupo Flick»; un atractivo y ameno boletín periódico que no sólo informa con puntualidad y eficacia de las novedades de todo tipo que definen la trayectoria última de este prestigioso grupo empresarial isleño, sino que viene a subrayar esa vinculación honda que vertebra la vida y la historia empresarial canaria de las últimas décadas con la historia general de las islas, conformando un panorama y unas expectativas de futuro que no se podrán dejar de estudiar con el detenimiento preciso.

La historia del periodismo canario no está precisamente sobrada de casos en los que revistas o publicaciones empresariales tengan un protagonismo relevante; y, ante todo, la historia del periodismo es también una historia empresarial, incluso en sus orígenes, en la segunda mitad del siglo XIX, pues, por encima, o junto a ellos, según los casos, de intereses ideológicos o políticos, religiosos o filosóficos, primaban los de varios impresores que veían en la publicación de un periódico una fórmula de rentabilizar sus talleres tipográficos. Hoy, con seis números en la calle y la voluntad manifiesta de sus promotores, la Familia Flick y su amplio grupo de colaboradores, de seguir con la publicación, esta «Revista Grupo Flick» debe ocupar un puesto no sólo en los anaqueles de las hemerotecas isleñas -espero que ya la de El Museo canario y la de la Universidad cuenten con ejemplares de la misma-, sino en la propia historia del periodismo canario reciente, pues, no olvidemos, que la vitalidad de un pueblo reside en su capacidad espontánea para agruparse y expresarse en los más diversos asuntos; y aquí se nos abre una nueva ventana al mundo isleño.

** Junio 1998.*




Los fuegos de San Antonio por «La Vega»

Los fuegos en la noche víspera de San Antonio, las hogueras, el colorido múltiple de sus luminarias, la traca ruidosa de voladores, parecen señalar cada año, sobre la media noche del 13 al 14 de junio -aunque en esta edición las luminarias de artificio se prendieron en Santa Brígida a la una de la madrugada-, no sólo una festividad destacada en el santoral, en las devociones populares, en la onomástica de un patrono señero, sino el comienzo del verano ya próximo, el inicio una serie de fiestas que, a partir de ahora, jalonarán todo el calendario estival grancanario.

Esto se puede apreciar muy bien en el término municipal de Santa Brígida, donde, desde el día de San Antonio, su Patrón, y a lo largo de los próximos fines de semanas y días señalados, si uno accede a algún mirador convenientemente ubicado, bien en la zona del Monte Lentiscal, o en la parte más alta del municipio, podrá observar como, según transcurra el verano y las diversas celebraciones que se dan a lo largo del mismo, los fuegos artificiales brotarán en la noche desde diferentes puntos; tanto que, si se toma buena nota, podríamos saber en que momento del verano estamos por la posición de los mismos en el entorno del término municipal y aledaños, como los de San Lorenzo la medianoche del 9 de agosto.

El jueves pasado disfruté muchísimo de las luminarias en honor de San Antonio. El Ayuntamiento ha sido generoso, un año más, con esta estética del color y la luz en lo más hondo de la noche, aunque los vecinos en esta ocasión, no estuvieron muy proclives a encender hogueras en honor al patrono de su Villa Invicta. Los fuegos artificiales, entre las ramas y la frondosidad de los eucaliptos del Monte, se elevaban majestuosos, imponentes, llenos de la alegría que nos trae esta fiesta y la



que ya se nos promete para los próximos meses. A cada fogonazo se alzaba sobre el barranco la bella silueta de su templo parroquial, donde San Antonio, y la Dolorosa obra de Luján Pérez, se salvaron del incendio que se originó en 1897, que tampoco pudo arrasarlo, afortunadamente, con un importantísimo archivo en el que se conservan documentos y partidas de bautismo relativas a aborígenes y esclavos.

A «La Vega», o la «Vega de Abajo» -la de «Arriba» era San Mateo y la «de en medio» El Madroñal - como también se la conocía en siglos pasados, se refirió un anónimo y joven redactor, en un manuscrito de mitad del siglo XIX, que el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria publicó en 1950, con unas descripciones sugerentes, que, en estos días de las Fiestas de San Antonio, en el esplendor de su exposición de plantas, flores y aves, «Florabrigida», encuentro un marco insuperable para recordarlas. «A la verdad es una Vega deliciosa por las viñas y haciendas de varios vecinos de la ciudad que pasan allí los otoños. Tiene muchos árboles que llevan singulares frutos. El clima es benigno, y las aguas son frescas. Es gran lugar de labradores ricos; tierra fértil en granos, vinos y frutas». En fin, la noche de San Antonio nos trajo, un año más, evocaciones y nos abrió las puertas al calendario estival de festejos.


** Junio 1997.*



Los dos Verdugo y Albiturria

Cuan olvidadiza e injusta es comúnmente la historia y la memoria de los pueblos. Cuando a diario se magnifica la vida y obra de muchos gigantes de pies de barro, se soslaya, se trata con superficialidad y de pasada o, simplemente, se olvidan numerosísimos personajes que consagraron su vida, de verdad y con eficacia, al servicio de sus conciudadanos. En Gran Canaria, a penas que se pase alguna página que otra de los libros de historia, nos encontramos con varios ejemplos notables; a vuela pluma dos nombres, Antonio López Botas, que tras entregar toda su vida y fortuna a su isla muere sólo y arruinado en la Habana, y Manuel Verdugo y Albiturria, que hace doscientos años, un 27 de junio de 1796, era consagrado Obispo de Canarias.

La vida y obra este primer y único prelado isleño al frente de la Diócesis de Canarias entre 1796 y 1816 es, dos siglos después, símbolo y testimonio de toda una época, de un renacer cultural y social de Gran Canaria que tuvo su asiento en entidades como el Seminario Conciliar y la Real Sociedad Económica de Amigos del País, y en el celo de Obispos como Servera, Herrera, Tavira y Verdugo Albiturria; era el tiempo de las luces, y con su resplandor iluminaron la razón, la fe y el progreso material de la sociedad grancanaria de finales del siglo XVIII; ya señaló con claridad otro obispo, José Antonio Infantes Florido, que «el paso de estos pastores ha quedado impreso de tal manera que es imposible tocar un tema relacionado con la fe, la vida, el arte, la industria o la cultura de estas islas sin que aparezcan dichos prelados como apoyo, promotores, baluartes o pioneros que abrían camino en dicho siglo». Como símbolo claro de aquella revolución de andar por casa -y me remito a Alejo Carpentier en su «Siglo de las Luces»-



aparece la primera imprenta de la isla, que obtiene no sólo la aprobación del Obispo Antonio Tavira y Almazán, que elogia el proyecto de la Sociedad Económica, dirigida por Viera y Clavijo, sino que en 1801 tiene al Obispo Verdugo vinculado a sus primeras ediciones.


Sin embargo, junto al Obispo Verdugo y Albiturria, con su ingente tarea pastoral y social -impulsó con recursos propios obras como el primer cementerio, la construcción de un puente de piedra, imprescindible sobre el Guinguada, o la construcción de un hospicio- aparece otro personaje también mal rememorado, el Deán José Marco Verdugo y Albiturria, tío del obispo y uno de los principales responsables de su formación y de su vocación religiosa y solidaria; siempre recordaré el profundo cariño y reconocimiento que Néstor Alamo prestaba a este personaje, primer director de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Gran Canaria, tras su fundación por el obispo Servera. Al cabo de dos centurias los Verdugo y Albiturria, tío y sobrino, pues quizás no se entienda uno sin el otro, llegan a la vida cotidiana de Gran Canaria, que debe otorgarles el agradecimiento y el homenaje público que su memoria merece.

** Junio 1996.*

El paseo laspalmeño de Federico García Lorca

Juan Manuel de Prada sugería en un artículo reciente titulado «Centenarios», a propósito de «la chufla y la pandereta» con la que muchos han conmemorado el centenario lorquiano, que «a los poetas se los celebra en secreto y soledad, penetrando el sustrato hondo de sus metáforas». Ello me llevó a la idea de que, como isleño, lo mejor sería recordar a Federico García Lorca, en estos días de fastos múltiples en su honor, a través del paseo sosegado, casi íntimo -sólo Diario de Las Palmas y El Radical dieron cuenta de la visita del poeta-, que disfrutó por Las Palmas de Gran Canaria hace sesenta y cinco años, un lunes 2 de octubre de 1933, «en unión de varios amigos que posee en Las Palmas».

Federico se dirigía a Buenos Aires, a bordo de la magnífica motonave italiana «Conte Grande», que por primera vez atracaba en el Puerto de La Luz, donde tenía comprometidas varias conferencias y la puesta en escena de alguna de sus obras. Su estancia bonaerense se prolongaría hasta abril de 1934, y supuso una de las épocas claves en su carrera como autor, y uno de los momentos más felices de su vida. Su llegada, aquella mañana limpia de octubre, a través de la amplia Bahía de las Isletas, con el sol dorando las playas y, a lo lejos, las casas blancas a lo largo de la costa, rematadas por las altas torres de la catedral, me imagino que punzarían su memoria, el recuerdo de los días tan gratos que pasó en La Habana; desde la cubierta del «Conte Grande», antes de iniciar su paseo laspalmeño, murmuraría, muy bajito, sus sones cubanos, «Cuando llegue la luna llena iré a Santiago de Cuba,»..., «Cantarán los techos de palmera»..., «y cuando quiere ser medusa el plátano,»... «El mar ahogado en la arena,»... entre otros muchos versos. Y se respondería, sin darse cuenta, con los




versos en los que su gran amigo isleño, el poeta teldense Fernando González -»Elogio a Federico García Lorca» 1925-, le decía «Y en tanto tú te embriagas de locura/ musical o en raudales de hermosura/ viertes al mundo lo que al sueño tomas».

La croniquilla periodística resaltó como Federico quedó muy impresionado con la belleza singular de Vegueta. Me imagino que disfrutaría de un ambiente que nunca le resultó extraño. Se lo habrían descrito, en numerosas ocasiones, en sus tertulias madrileñas, amigos como Claudio de la Torre y su hermana Josefina -que trazó unos versos acerca de su primer encuentro con el poeta el 28 de abril de 1927; «Gitano de la sonrisa/ dulce; de azúcar quemada»-, o Luis Benítez Inglott, también amigo de Antonio Machado, de Salinas o de Antonio Espina.

Tras unas horas felices, intensas, Federico embarcó de nuevo para Argentina, a través de esa ruta en la que Gran Canaria, una vez más fue puente señero para el encuentro entre dos orillas. Desde la borda no diría «adiós», gritaría «hasta pronto»; soñaría, con sus versos, «Sobre grupos de brisas y barcos encallados», se diría como «Tropiezo vacilante por la dura eternidad fija/ y amor al fin sin alba. Amor: ¡Amor visible!».


** Junio 1998.*



José de Anchieta. Cuarto centenario de un lagunero muy americano

Portugal se dispone a celebrar con gran esplendor el V Centenario de su llegada al Brasil. En ese marco se ventearán y homenajearán los nombres de muchos personajes que, siglos atrás, tuvieron una actividad destacada en la conformación de aquel gran país americano. Entre ellos aparecerá una vez más la figura de José de Anchieta, el misionero jesuita canario -La Laguna, 1534- que fundó esa inmensa metrópolis que es hoy Sao Paulo, del que este año se conmemora el IV Centenario de su muerte, acaecida en Reritiba, Brasil, en 1597. Sin embargo, aquí en sus islas natales, como en el resto de España, y pese a las numerosas monografías editadas, la mayoría para especialistas o dedicadas a comunidades religiosas -recuerdo una magnífica, al alcance y del interés de un público amplio, como es la que editó hace ya algunos años Julián Escribano Garrido, profundo conocedor de la obra y biografía de Anchieta, así como de una amplia monografía sobre «Los Jesuitas y Canarias»-, e incluso pese a la existencia de una singular escultura en una de las entradas actuales a su ciudad natal, por la autopista que sube desde Santa Cruz de Tenerife, o de una canción que el grupo de folklore isleño «Los Sabandeños» popularizaron hace ya tiempo, la figura y la obra de Anchieta no se conoce en toda su amplitud, enmarcada en el perfil exacto de su pensamiento, de una actitud vital y espiritual que hoy podemos evaluar pletórica de modernidad y trascendencia.

Sao Paulo celebró el pasado lunes 9 de junio una serie de actos académicos, religiosos y sociales para rememorar la figura de uno de los hombres que aparecen de forma crucial en la historia del Brasil. Pero, además, Anchieta, a la vista de su biografía y de su obra al cabo de cuatro siglos, se presenta como un ejemplo palpable de esa cultura de dos orillas, de ese



encuentro de ida y vuelta del que tanto se habla en la actualidad. Hijo de un vasco asentado en Canarias por su participación en las luchas comunales -su pariente Ignacio de Loyola intercedió para que no fuera decapitado-, formado en Coimbra, Portugal, miembro de una de las comunidades religiosas más activas y avanzadas de la época, los Jesuitas, también supo aprender de los rituales y de la simbología indígena, de sus ricas costumbres y ceremonias, de su forma de vivir, con lo que nutrió su obra poética y su novedosísimo teatro. El era consciente que debía contar historias, asuntos teológicos, con un lenguaje nuevo, que fuera apreciado y entendido por un «público» de hábitos, lengua y cultura radicalmente opuesto a todo lo que había vivido y aprendido hasta su llegada a América.

Creo que las islas, una vez más, en una efemérides que otros han conmemorado espléndidamente, como es este IV Centenario de su muerte, han perdido la ocasión de recordar y divulgar con eficacia la figura de uno de sus más ilustres hijos de todos los tiempos, el lagunero José de Anchieta.


** Junio 1997.*



Canelones, otros isleños del Uruguay

Canelones, uno de los seis departamentos en los que el General Artigas subdividió la Provincia Oriental autónoma, e instituido por el Cabildo de Montevideo el 27 de enero de 1816, constituye hoy una página histórica hermosísima y singular, dentro de la extensa crónica de los isleños en América. Mucho se ha recordado, y justo es hacerlo una y otra vez, el papel fundacional de los canarios en Montevideo -como en otras localidades principales del sur y el norte del Nuevo Mundo-, sin embargo, aún no se ha comentado suficientemente su presencia en el departamento de Canelones, donde la presencia canaria se vive y se respira por todas partes con satisfacción y orgullo, como hace ya algunos años pude comprobar personalmente y en las palabras entrañables de Miryam de Perazza -apellido significativo, pese a la doblez por su relación con el de ilustres familias isleñas-, la simpática y atenta relaciones públicas de la Intendencia Municipal de Canelones, que me atendió en las horas que duró aquella visita. Creo que ahora Canelones vivirá una nueva jornada significativa y memorable con la visita que una delegación Canaria, presidida por el Vicepresidente del Gobierno Autónomo, Lorenzo Olarte Cúllen, les hará la próxima semana, llevándoles la música de las islas en la voz de Mari Sánchez, que ya conoce bien estas tierras uruguayas.

Me llamó mucho la atención que en la actualidad sean pocos los que emplean el adjetivo de «canelonense» para referirse a los naturales de este departamento o de la propia ciudad, ya que de forma generalizada a los naturales de esta zona del Uruguay se les conoce como «canarios». Si el origen del topónimo «Canelones» es claro, pues tiene su origen en los arroyos Canelón Chico y Grande, el gentilicio «canarios»



puede estar, como expone Daniel Granada en su «Vocabulario rioplatense razonado», «debido a que la mayor parte de su población desciende de naturales de las Islas Canarias que se establecieron en esta región dedicándose a la agricultura». Sin embargo, la denominación fue común en la segunda década del siglo pasado, cuando se asentaron numerosos contingentes de canarios, como los 1095 que lo hicieron en el año 1878. Pero la historia es más antigua aún, pues se tienen noticias de como ya en 1730 el gobernador Bruno Mauricio de Zavala dio instrucciones para que se entregaran seis mil vacas a las primeras y segundas familias que vinieron desde las Islas Canarias, correspondiéndoles cuarenta vacas a cada persona de las ciento cincuenta que integraban aquellas veintidós familias de pobladores isleños. Dentro de unos días estos lazos de historia y de sangre se renovarán felizmente.

** Junio 1996.*



Vegueta en el Perú


Para Graziano Gasparini, catedrático de arquitectura de la Universidad Central de Caracas, «desde el norte de México hasta el sur de los Andes, son interminables los centros históricos que nos recuerdan la cultura precolombina, la presencia ibérica y la formación de nacionalidades hermanas en un sinnúmero de problemas comunes. Un pasado que reúne todos los ingredientes para plasmar nuestras identidades comunes». Hoy es incuestionable que, en ese proceso de encuentro, entran estas islas y su identidad cultural, plagada de tanta sangre e historia recíproca.

Este año, cuando se enciendan las hogueras de San Juan, una hermosa tradición que no cede ante las nuevas estructuras urbanas, quiero escoger una, la que destelle en el punto más alto de los riscos, la que se vea a mayor distancia, y tendré la ilusión que, a esa misma hora, la soñarán anhelantes en otra Vegueta que, como la grancanaria, se erige muy cerca del mar, piropeada por las olas en la costa peruana del Océano Pacífico.

No conozco personalmente la Vegueta del Perú, pero creo que estas Fiestas Fundacionales de la ciudad son el momento propicio para insistir en la necesidad de un acercamiento, de un conocimiento mutuo con la Vegueta de Las Palmas de Gran Canaria.

Aquella Vegueta, un municipio ubicado en la provincia de Chancay, Departamento de Lima, se fundó un 23 de agosto de 1920, un mes después de que Chile invadiera el sur del Perú, debido al conflicto que ambas naciones mantenían por la soberanía de Tacna y Arica.


Sobre una superficie de 253,70 kilómetros cuadrados, sus casi cinco mil habitantes viven, principalmente, de la



agricultura, la pesca y la elaboración de harinas de pescado. En sus comunicaciones externas disfrutaban de la carretera panamericana, que pasa muy próxima a sus límites municipales, lo que además la favorece para su incorporación a la gran área metropolitana conformada por los departamentos de Lima-El Callao.

Vegueta, homónima - hermana, peruana o grancanaria, caracolas encantadas para dos océanos, creo que el próximo día de San Juan puede ser un buen momento para iniciarse el camino del encuentro; o del reencuentro, quién sabe.


** Junio 1996.*



Clinton y los isleños de San Antonio de Texas

La foto de Bill Clinton, ante la fachada de la antigua Misión de «El Alamo», en San Antonio de Texas, que sus estrategias calcularon con enorme cuidado para un clamoroso cierre de campaña, dado que, en este bastión de la independencia de Texas, el candidato demócrata a la reelección para la Presidencia de los Estados Unidos de América, parecía querer decir a todos, como titulaba el periódico El Mundo de Madrid, que «Clinton no perderá su Alamo», debe ser observada con detenimiento por todos los canarios, pues, lo que hoy constituye un enclave histórico para el orgullo y el carácter nacional de los estadounidenses, debe mucho a aquellos «Canary Islanders» que en 1731 no sólo fundaron la Villa de San Antonio y constituyeron su primer ayuntamiento, bajo el mandato de Juan Leal e integrado exclusivamente por canarios -todo ello lo ha estudiado en profundidad el escritor grancanario, y visitante infatigable de aquellas tierras tejanas, Armando Curbelo Fuentes, que ha ofrecido ya varios libros sobre el tema, aunque también es recomendable, por la metodología con que afronta su investigación, el trabajo de María Esther Domínguez, «San Antonio, Tejas, en la Época Colonial. 1718-1821»-, sino que dejaron una huella en el espíritu y la cultura de aquella ciudad que se ha transmitido durante más de dos siglos, en los que afloró en numerosos acontecimientos que marcaron su historia.

Cuando visité el museo que hoy ocupa el recinto y aledaños de la misión de «El Alamo», me encontré con que, entre sus defensores, en la batalla que en 1836 mantuvieron los tejanos contra las tropas del general mexicano Santa Ana, se hallaba un canario oriundo de Lanzarote, de apellido Rodríguez -el único que no fue pasado a cuchillo por los soldados mexicanos, pues la noche anterior logró burlar la vigilancia de



las líneas enemigas para pedir ayuda al ejército de los Estados Unidos-, y que figura, como uno más, en la tabla que, en letras metálicas, recoge los nombres y la procedencia de los «héroes» de El Alamo. Bill Clinton ya tiene un antecedente prestigioso que añadir en su campaña de defensa de los hispanos en los Estados Unidos, junto con su correligionario demócrata, el ex-alcalde de San Antonio, Henry Cisneros, que tanto hizo durante su mandato por recuperar la memoria de los isleños fundadores de su comunidad.

Esta visita electoral de Clinton a El Alamo, que puede contribuir a que se difundan de nuevo las tradiciones fundacionales de los isleños en San Antonio, me recuerda la escultura que en 1931 se erigió en la plaza principal de la ciudad, la «Plaza de la Islas» -nombre consolidado hace unos años, pues durante décadas se la denominó simplemente «Main Place», con motivo del doscientos aniversario de la constitución del primer consejo municipal, de tres metros de altura en granito, en recuerdo de un «Canary Islander» -«isleño canario»-, que hoy no se encuentra allí ubicada, al menos no la pude ver en mi visita de hace unos años, y que el Gobierno de Canarias debería interesarse por rescatar y volver a colocar; quedaría, además, muy cerca de la imagen de la Virgen de Candelaria que el Cabildo de Tenerife entregó a la Catedral de San Antonio, y que hoy recibe la veneración y el cariño de aquellos descendientes de isleños.

* *Junio 1996.*




Los estudios galdosianos en U.S.A.

I

El mundo galdosiano, cada vez más denso, como se puede constatar, en una nueva edición del Congreso Internacional que se celebra estos días en Las Palmas de Gran Canaria, donde destaca la participación de máximos expertos mundiales en la vida, obra, figura y genio del escritor grancañario, y que constituye un indudable evento finisecular del siglo XX isleño, es hoy también la gran punta de lanza de la cultura española en los Estados Unidos de América, lo que no sólo ha reconocido el propio Instituto Cervantes, sino que se aprecia en la vida cotidiana de cientos de centros de enseñanzas medias -o lo que equivale a ellas en aquel país- y de universidades, donde la lectura y el estudio de la obra de D. Benito es una actividad usual.

La presencia de la obra de Galdós en U.S.A. puede tener un origen claro en la primera traducción de «Marianela», publicada en Nueva York precisamente en 1898, que acaparó enseguida la atención mayoritaria de los lectores. Pronto el éxito de sus obras se extendió por otros estados de la Unión, y el propio Galdós llegó a recibir el testimonio de admiración de los estudiantes de español de un colegio de Kansas City. Pero creo que será después de 1931, y en gran medida gracias a la «Revista Hispánica Moderna», que publicaba en Nueva York el galdosiano Federico Onís -esta publicación recogió el viaje de Federico García Lorca- cuando el galdosianismo cobró un auge que no ha detenido su crecimiento hasta nuestros días. Hay que señalar que la revista de Onís celebró, lo que no se hizo en España, el centenario de Benito Pérez Galdós en 1943 con todo lujo de estudios y publicaciones extraordinarias. También me gustaría recordar, y es de justicia hacerlo, como la




primera gran biografía de Galdós la realiza un estadounidense, Hyman Chonon Berkowitz, que también publicó otras obras como «Pérez Galdós: Spanish Liberal Crusader», en 1948, desde su reducto de la Universidad de Wisconsin. Sus alumnos continuarían esta labor galdosiana, en casos con aportaciones tan relevantes como las de Wilian Shoemaker, que estudia temas como «las cartas desconocidas de Galdós en la prensa de Buenos Aires». Las chispa del galdosianismo prendió con rapidez a través de muchas universidades de U.S.A.; Nueva York que ha contado con figuras como las de Joaquín Casalduero y León Livingstone, Boston, Miami, esta especialmente en la época en la que Juan Ramón Jiménez estuvo en Florida, pues el poeta, como me señaló una vez Alfonso Armas Ayala, sin ser un especialista si era un gran lector de Galdós, y esto se contagió en los ambientes que frecuentaba. En la actualidad podría, y debería nombrar a muchos especialistas, pero el espacio me impone sólo referirme a la «Asociación Internacional de Galdosianos», que agrupa a la mayoría de ellos y realiza una inquieta y eficaz labor. Y es que, según puntualizó la profesora Dean Thacker, de la Universidad de Transilvania, en «mi país Galdós, junto con Cervantes, es el escritor español más leído».

II

Cuando la obra de Galdós alcanza nuevas cotas de fama y aceptación en los Estados Unidos de América, como reconoció el propio José Luis Garcí recientemente en un programa de RNE y recogió Diario de Las Palmas, en un acertado y puntual comentario, que hacía extensivo a las posibilidades que ello abría para un turismo cultural en Las Palmas de Gran Canaria, cuna del novelista, debemos volver la vista atrás y contemplar como la presencia de la novelística de D. Benito en el seno de la sociedad estadounidense tiene ya un siglo largo.

Los primeros momentos del galdosianismo en U.S.A., como me resaltó Alfonso de Armas Ayala en el transcurso de



un viaje que compartimos a San Antonio de Texas, donde presentó su libro «Galdós, lectura de una vida» en una de las universidades de allí – me asombró la acogida y en interés del público norteamericano por su visión profunda de Galdós; creo que Garci, desde su película “El Abuelo”, debería tener también un recuerdo para este gran galdosista -, y, según me insistió tiempo después la galdosista Verónica Dean – Thacker, coinciden con aquel final de siglo, que se prolongó hasta 1918, en que se produce el “descubrimiento de Europa” por los americanos - o, como denomina Juan Antonio Gaya Núñez a este fenómeno, “el rapto de Europa”- que, con el apoyo de las nuevas grandes fortunas, se dedican a buscar en el viejo continente unas raíces históricas que habían añorado largamente. Es el momento en que se gestan y se forman importantes colecciones de arte y se constituye la Fundación Hispana que, en la avenida Brodway, abre un singular museo hispano.

Si algunos multimillonarios se llevaron castillos enteros desde Europa, otros prefirieron acarrear con tesoros menos voluminosos, pero quizá de mayor trascendencia, como fueron los numerosos manuscritos y documentos galdosianos que, el hispanista Huntington, hizo a la Casa de España y que hoy se conservan en la Universidad de Columbia. En iniciativas como esta, y en otras similares, se encontraba la semilla fecunda del galdosianismo en U.S.A.; una moda que tiene allí un siglo de antigüedad, que ha hecho que Galdós sea, junto con Cervantes, el escritor español más leído, y que hoy se acepte y se entienda muy bien la nominación para un Oscar de una película basada en una de las más leídas de sus obras; por cierto, en un año en que también otro novelista universal, Shakespeare, es protagonista de otra de las cintas candidatas a varios premios de la Academia de Holywood. No está nada mal esta presencia dual de la novelística mundial en el orbe cinematográfico.



III

El respaldo que una película, como *El Abuelo* de José Luis Garcí, nominada a un Oscar, puede dar a la larga tradición galdosiana que existe en los Estados Unidos de América, puede confluír en una curiosa moda e interés turístico, como ya señaló *Diario de Las Palmas* hace unos días, por conocer la ciudad natal de este autor, como ocurre en la Inglaterra de William Shakespeare, también de andanzas cinematográficas en estos días. En el caso de Gran Canaria, junto con el mundo familiar de D. Benito, el turismo norteamericano podría acercarse, e incluso descubrir, otros elementos de enorme interés para esa cultura atlántica de ida y vuelta de la que ellos también participan, aunque en casos se nieguen a reconocerlo, con campañas tan tristes como la de “sólo inglés”.

Si puntualizaría que Benito Pérez Galdós, grancanario traspasado a la patria de la universalidad, que fue designado Diputado “cunero” por el distrito de Guayama en 1886, según la costumbre del momento, pero con el respaldo absoluto del Partido Españolista de Puerto Rico, que mantuvo siempre una estrecha relación con todos los países americanos, que guardó siempre con enorme cariño una carpeta con las cartas que recibía constantemente de lectores y admiradores de toda América, que conservó siempre la correspondencia fluida que mantuvo con sus correspondientes en Puerto Rico, durante su etapa como Diputado, y que, incluso, llegó a pensar y preparar su viaje en más de una ocasión, jamás pisó aquellas tierras. Sin embargo, su presencia fue notable y fecunda en todo el continente, acrecentándose a lo largo del siglo que ahora acaba.

** Junio, 1997-Febrero 1999.*



Monumento con el que Montevideo recuerda hoy al primer grupo de familias canarias que llegaron y fundaron esta ciudad el 19 de noviembre de 1726.




Preparación de una tradicional alfombra de flores en la calle Doctor Chil, en la década de los años 60 del siglo XX.



Alfombras de flores, o de lo que sea

La confección de alfombras de flores cuenta en las islas con una tradición de siglos; y si en las últimas décadas son muchos los barrios y pueblos donde se realizan alfombrados callejeros, utilizando los materiales y las técnicas más diversas y variopintas, con motivo de la festividad del Corpus, originariamente sólo fueron dos lugares, Vegueta y La Orotava, los que iniciaron esta práctica, los que han destacado y están presentes en la memoria colectiva de los isleños.

La costumbre de revestir las calles con flores y hojascas, a la vez que lanzar pétalos de flores o las hojas más delicadas, es una costumbre muy antigua, que ya se puede apreciar en la Grecia clásica y en la Roma de los emperadores. En algunos lugares hoy las alfombras aún se limitan a un manto de hojas de laurel. En Canarias todo comenzó en Vegueta, donde hace ya siglos se fomentó la utilización de la privilegiada y multicolor variedad de flores isleñas, para confeccionar los más bellos y sofisticados tapices cada «Jueves» de Corpus. Luego, en los últimos años la memez de algunos y la ignorancia de otros, aduciendo que era un «atentado ecológico» o no se que otra mojigatería -sin embargo, yo no he visto a ninguno de ellos impidiendo las podas salvajes de árboles (más tala que poda), participando en las repoblaciones forestales, oponiéndose a la destrucción del paisaje natural con obras aberrantes que tienen alternativas, etc.-, ha hecho que ya casi no se utilicen pétalos de flores -coger la flor nunca es un atentado ecológico, pues en estos últimos días de la primavera está a punto de caer por sí misma; lo que debemos hacer, como hicieron otras generaciones, es proteger la planta y disfrutar de la flor-, y en su lugar se realicen las alfom-



bras con materiales tan innobles, contaminantes y feos como serrines teñidos.

Del traslado de la festividad del «jueves» -uno de los cuatro del año que «relumbran más que el sol», según la copla popular- al «domingo» no diré nada, «con la Iglesia hemos topado»; sólo recuerdo una vez más que un gran pueblo como el sevillano se opuso a que el capricho de unos pocos se impusiera a una tradición suya de siglos, y lo lograron. ¿Es que los laspalmeños son menos? Tampoco es admisible el socavamiento continuo de la brillantez de la festividad, en su vertiente laica y estética, al que se la ha sometido en Vegueta; no creo que su esplendor atentara contra alguno de los argumentos teológicos en los que se asienta tan trascendental celebración, y sin embargo si se ha atentado contra una de las tradiciones más características del barrio histórico de la ciudad.

Hoy una comisión pone todo su esfuerzo en recuperar para Vegueta la confección de alfombras artísticas; incluso se ha producido un loable, y espero que fecundo, hermanamiento con la Orotava. Todo ello me recuerda como en 1928 Domingo Doreste Fray Lesco, junto a otros insignes laspalmeños, constituyen una comisión laico-popular, y como él mismo la calificó, en una reflexión que ahora también vale para el Corpus, «para realzar la Semana Santa en la forma que la admite y fomenta la Iglesia y la han consagrado nuestras costumbres, sin aditamentos exóticos, que aquí podían parecer mojigangas, y contando con la cooperación del Arte, que es inseparable de la Liturgia, pero que no la absorbe tratando de convertirla en fiesta de los sentidos».

Desde la madrugada, en algunas desde el día anterior, como todos vivimos en otros momentos, se estará trabajando este fin de semana para alfombrar las calles de Vegueta, el itinerario de la procesión eucarística donde siempre se conjugó el arte con la religiosidad de los isleños.


** Junio 1998.*

Entre palmas, de Real a Ciudad

En los últimos días de mayo de 1478 -¿23 ó 28? Igual da-, desde los arenales del Puerto de Santa María, muy cerca de donde el Guadalquivir se funde amorosamente con la mar y se abre un camino que durante siglos llevó al Nuevo Mundo, con las Canarias como puente y testigo de aquella aventura humana, tres naves iniciaron una travesía que, pese a no tener mayores incidentes, se hizo larga; casi un mes estuvieron mecidos por las aguas aquellos seiscientos soldados de infantería, otros treinta de infantería y los marinos que les conducían, todos reclutados en tierras de Sevilla, Jérez, Cádiz y del Condado de Niebla.

Al amanecer de un 24 de junio de 1478, en el horizonte, a la luz tenue de una mañana limpia, fresca, navegantes y tropa, ya inquietos y molidos de tanto encierro, divisaron la silueta de Gran Canaria. Al poco sus jefes, una vez fondeadas las tres naves en la Bahía de las Isletas, ordenaron el desembarco y la construcción en la playa, con ramas de palma, de una gran tienda en la que, antes e iniciarse la marcha a través de los arenales hacia el sur, y una vez alzada una gran cruz junto al altar que improvisaron, la expedición al completo escuchó misa, celebrada por el Deán Bermúdez en honor de San Juan Bautista. Imagino que, no muy lejos, muchos ojos de naturales de la isla observarían cautos y no sin cierto asombro todo aquel despliegue simbólico y extraño para ellos. Todo un presagio y un insospechado adelanto, en la forma, los modos y el espíritu, de lo que, catorce años más tarde, en octubre de 1492, ocurriría en una pequeña isla de Las Antillas.

Juan Rejón, aconsejado tanto por su astucia -según Abreu y Galíndo se trató de una advertencia que la Virgen le ofreció bajo la figura de una vieja isleña-, como por las noticias que tenía acerca de la bravura de los grancanarios, que le podían esperar en el camino de Telde, y ante las inmejorables



condiciones que le mostraba una suave colina en la orilla de un riachuelo de aguas nítidas, llamado «Guiniguada» por los naturales -o al menos así les sonaba aquel topónimo-, y desde la que se divisaba la franja costera y el interior de la isla, decidió ordenar la construcción de un campamento fortificado, a la sombra fresca de decenas de palmeras, al que llamó «Real de Las Palmas», o de “las Tres Palmas”, por tres bellos ejemplares que destacaban en el conjunto de aquel palmeral.

El reducto militar nació con la voluntad firme de permanecer allí indefinidamente desde aquel 24 de junio, pese a que sus pobladores primigenios no fueran conscientes de ello. Sin embargo, para la mayoría constituyó el lugar exacto en el que comenzaba su futuro, en el que despositaron, aquella misma noche de San Juan, todos sus sueños, sus ilusiones y sus esperanzas. En los alrededores de la primera ermita, dedicada a Santa Ana -devoción del fundador, Juan Rejón, y de gran tradición en la Triana de Sevilla-, afloraron enseguida los cimientos de esa ciudad que hoy es Las Palmas de Gran Canaria.

Ahora bien, si la ciudad se fundó un 24 de junio de 1478, también habrá que convenir en que se ha refundado muchísimas veces a lo largo de sus más de quinientos años de vida, pues sólo así ha podido alcanzar la personalidad y la idiosincrasia que hoy la define en el conjunto de la isla. En sus límites ha conjugado tradición y vanguardia; anclada a veces, durante siglos, en aquella, ha sabido en otras aprovechar lo mejor de esta para acceder a su progreso. Generación tras generación, siglo tras siglo, los laspalmeños, con mayor o menor acierto, han intentado refundar la ciudad ideal en que creían. Hoy, cada 24 de junio, en la conmemoración de aquella primera fundación -que se celebra oficialmente desde el quinientos aniversario, en 1978-, sus habitantes deben aprovechar la solemnidad para reflexionar sobre la ciudad que desean, la que les conviene y la que será posible, convencidos de que el progreso sólo vendrá de la mano de una capacidad para refundar continuamente la ciudad, llámese «Real de Las Palmas» o «Las Palmas de Gran Canaria».

** Junio 1996.*




Triana

Dos barrios, Vegueta y Triana; un riachuelo, el Guiniguada, que de tiempo en tiempo se convertía en una correntía de aguas impetuosas y voraces, que arrastraban hasta el mar cuanto encontraban a su paso, ante la mirada atónita de los laspalmeños; un puente, dos más tarde, y tres poco antes de que, una idea equivocada de progreso, sepultara el barranco bajo una loza pesada de cemento, los "puente piedra" el "puentepalo" y uno último de hormigón armado en su desembocadura misma; conformaron la imagen primaria y básica de Las Palmas de Gran Canaria a través de los siglos, una estampa que le da su auténtica personalidad estética y un carácter especial a sus moradores, la que, de una u otra forma, se deberá mantener para otras futuras generaciones.

Vegueta y Triana, Triana y Vegueta, forman un alter ego ineludible, irrenunciable, pues, desde la génesis misma de la ciudad, están presentes estos dos barrios conformando un todo que, tanto en la singularidad imaginativa de los ciudadanos, como en una documentación abundante, ha querido y quiere recordar a una ciudad hermana y hermosa, Sevilla, donde a la vera del Guadalquivir, engalanada con el perfume de todas sus flores, sueña y vive aquella Triana, la que entregara su nombre a esta otra para que se mirara, con galanura de joven inquieta, en los charcos limpios y plateados del Guiniguada.


Se ha dicho que Vegueta fue la primera, que en lo alto de la colinilla que hoy remata la Ermita de San Antonio Abad, se fundó la ciudad un 24 de junio de 1478, al levantarse aquel primer «Real de las Tres Palmas», y no seré yo quién lo ponga en duda ahora; sin embargo, y según me han comentado, en una reflexión que me parece acertada y digna de tener



en cuenta, aquella misma noche, en determinada medida y sin contar con denominación alguna aún -tampoco la tenía Vegueta, eso ocurriría mucho después-, un parte importante de las tropas y gentes del capitán Juan Rejón acamparían al otro lado del Guíniguada, en los terrenos que hoy ocupa Triana, en una estrategia que le permitía tener controladas ambas márgenes del cauce y asegurar una retirada ordenada y eficaz hacia Las Isletas en caso necesario. Esa dualidad fiel, secularmente enamorada, de Triana y Vegueta ya había surgido, quizá sin saberlo, aquella noche a lumbre de los fuegos del Señor San Juan.

Con el paso de los siglos Triana creció, maduró, consolidó su presencia y su carácter. Barrio comercial por excelencia; reducto de marineros, cuna de veleros que se surcaban aguas isleñas, pero que también se adentraron en las rutas ignotas del Atlántico; Ermita de San Telmo, nombre ligado a los antiguos mareantes, surgió con el barrio y con el ha vivido siempre, señalando el límite norte de la Calle Mayor de Triana, de la que, con versos de Tomás Morales, se debería decir inexcusablemente: «La calle de Triana en la copiosa/ visión de su esplendor continental:/ ancha, moderna, rica y laboriosa;/ arteria aorta de la capital....».

La Calle Mayor de Triana celebra ahora, con unos espléndidos festejos organizados por la Asociación de Empresarios de la zona, que preside el siempre inquieto y eficaz Armando Machín, el noventa aniversario de la linealidad de su trazado. Sería una excentricidad casi inexplicable tal celebración, sino fuera por que se trata de un hecho que trasciende la mera anécdota urbanística y se convierte en símbolo de el esfuerzo que, desde la segunda mitad del siglo XIX, se hizo para modernizar la ciudad, tras varios siglos de estancamiento y olvidos. El urbanismo, en cuanto al trazado de las calles y vías de la población, curiosamente, no fue el lado fuerte de los primeros modernizadores; así, cuando por fin se logra mejorar el trazado de una vía tan principal como la Calle Mayor de Triana, se refleja en ello todo el impulso y el empeño que, desde Triana en su conjunto, desde sus comercios, bancos,



despachos, organismos de diverso signo, se hacía por convertir a Las Palmas de Gran Canaria en la ciudad que el nuevo siglo, el mismo que ahora concluye, exigía. Y no se equivocaron, Triana vive y vivirá siempre.


** Junio 1998.*



Apelativos para una isla

Estos días de junio, en los que el verano se resiste a entrar y la lluvia, fina y persistente por las medianías, vegas y algunos puntos de la costa, ha servido de contraste chisporroteante con las hogueras del Señor San Juan, alguien me recordó, una vez más, en el transcurso de una interesante subasta de libros antiguos, muchos de ellos provenientes de la biblioteca del inolvidable Jesús Arencibia, la tan debatida cuestión de los apelativos con los que Gran Canaria ha sido conocida a lo largo de su historia, pero, muy especialmente, desde que despertó al mundo del turismo a principios de la actual centuria, con la consiguiente necesidad de apostar fuerte por una promoción exterior que diera una idea clara de su identidad a los posibles visitantes.

Así, Gran Canaria, década tras década, ha disfrutado de diversas e ingeniosas denominaciones, apellidos o esloganes, con los que la han soñado algunos autores de la más variada condición y procedencia; unos calaron muy profundamente en el sentir popular y en el quehacer cotidiano de los publicistas, y otros, con menor fortuna, hoy casi no se recuerdan, ni se utilizan. Nadie olvida aquella afortunada expresión de Domingo Doreste Fray Lesco que, en un artículo titulado «El paisaje de Tejeda», donde narra una singular excursión por la cumbre, describe a «nuestra isla, que es un continente en miniatura». Menos recordada, pero engarzada con esa visión poética del mar que insufló a sus paisanos Tomás Morales, aquella visión de Gran Canaria como «La novia del mar», que, Carlos D. Sánchez, ofreció en un artículo publicado por la Revista Isla en septiembre de 1949, dado que «el mar ejerce sobre nosotros una influencia de la que es imposible evadirse, su soberbia grandiosidad nos atrae, cautivándonos tan pro-



fundamente, que, cuando lo contemplamos, perdemos la noción del tiempo y hemos de realizar un verdadero esfuerzo para alejarnos de él». También esa misma publicación, en diciembre de 1953, incluye un reportaje sin firma titulado «Gran Canaria, paraíso de bolsillo», denominación no menos rotunda que, pese a su falta de poesía y a un cierto estilo de andar por casa, aparece como una curiosa y nueva versión del eslogan de Fray Lesco; el trabajo incluía unas fotografías sugestivas del paisaje isleño inédito para los más jóvenes, de las que eran autores Vallmitjana, Cárdenes y Vogue.

Por último, recordar el apelativo de «Isla Azul», que en la actualidad sirve de cabecera para la prestigiosa revista del Centro de Iniciativas y Turismo de Gran Canaria, galardonado, el pasado día 22 de junio, con la Medalla de Plata de Las Palmas de Gran Canaria, por su histórica contribución al turismo y la cultura grancanaria a lo largo de más de seis décadas de vida intensa y fecunda. En 1937, hace ahora sesenta años, Pablo Artiles Rodríguez publicó un libro de «estampas de los pueblos de Gran Canaria» titulado «Isla Azul», que recoge descripciones e impresiones que presentan «la verdad del que dijo con acertada expresión que Gran Canaria era la Isla Azul del color y de la luz».


** Julio, 1997.*



«La Rama» del Valle o de San Pedro

El Valle de Agaete, complacido en el esplendor de su serena belleza, acomodado entre riscos, al pie del Pinar de Tamadaba, recreado en la múltiple diversidad de colores con los que le ha regalado la primavera fecunda que ha disfrutado este año, abierto al futuro a través del entramado de una oferta de lo que ahora se denomina «turismo rural» -que espero conserven en la plenitud de su significado-, pero sin olvidar sus tradiciones y recursos agrícolas -pese a las dificultades de todo tipo que conlleva hoy-, despierta, este 28 de junio, víspera de San Pedro, patrón del Valle, de sus gentes, de su recoleta y vistosa iglesia, inmerso en uno de los festejos más tradicionales de la isla, cuyas raíces se desdibujan en las crónicas más antiguas sobre los primitivos aborígenes -«bajaban de la montaña y se dirigían entonces á la orilla del mar, cuya superficie azotaban con las mismas palmas, ramos y varas que les habían servido durante la ceremonia, dando feroces alaridos», Agustín Millares Torres, en «Historia de la Gran Canaria», 1860-, que sus habitantes han logrado mantener con enorme pureza; y si esta existe, es algo recomendable y exigible hoy en el seno de la sociedad de opulencia comunicacional que nos invade. Hoy la Fiesta de la Rama en el Valle, la «Rama de San Pedro» o la «Rama chica», sin necesidad de golpear el mar, pero como fecundando todos los manantiales y acuíferos del valle, constituye una de las celebraciones populares con más arraigo, sabor y tradición de Gran Canaria.

Quienes la ven desde afuera, pese a participar e integrarse con sus vecinos en los rituales, hábitos y modos propios del lugar y la ceremonia, tienen la oportunidad de degustar, de apreciar en toda su intensidad, unas celebraciones que aglutinan la pervivencia de diferentes rituales entremezcla-



dos en la expresión de un mensaje nuevo, actual, el del pueblo que reclama su derecho a la alegría, a la esperanza. Y es que, como muy bien reseñó José de Armas Medina, en un artículo sobre «La Fiesta de La Rama», publicado en 1968, «el agaetero es y fue siempre así, jamás ha sentido ni siente complejo alguno. El hombre de este pueblo no se amedrenta ante la fuerza, ni se acoquina ante la pobreza, ni se asusta ante la adversidad. Rudo y sencillo, consciente de su valía y con un profundo sentido jocoso de la vida que a veces llega a lo escéptico y hasta a lo heroico, desconoce en absoluto el temor al ridículo, mostrándose llanamente como es, y adaptándose abiertamente a las circunstancias. Por eso, siendo un pueblo pequeño y modesto, tiene alma muy grande y peso suficiente como para dejarse bien sentir. Por ello calla y llora como canta y baila cuando hay que hacerlo, con el mismo énfasis y valentía con que podría «una pica en Flandes».

Anoche, guiados por el rumor del viento en los altos pinares, a través de senderos ocultos que conocen de memoria, e impulsados por la alegre y constante música de la Banda de Agaete, los romeros ascendían a Tamadaba, con las primeras sombras, para recoger las ramas con las que hoy bailan, blandiendo al viento la medida de sus hojas aromáticas, en un bellissimo y sugerente mensaje de paz, de hermandad. Sin duda, la víspera de San Pedro en el Valle de Agaete, con su baile de La Rama, sus ventorrillos, el requiebro de sus voladores por todas las laderas, la música incansable de las bandas, la función en la iglesia, hacen de la fecha una cita ineludible en el calendario festivo y tradicional de las islas.


** Junio 1997.*



De cuando ardió el Teatro Pérez Galdós

Hace unos días fui al Teatro -decir aquí, pese al ingente y coqueto auditorio y a otros nuevos espacios escénicos, «voy al Teatro», es referirse por antonomasia al «Teatro Pérez Galdós», el ámbito lúdico, socio-cultural, espiritual, onírico de los grancanarios durante todo el siglo XX -. Al nombrar al «Teatro Pérez Galdós» es como si surgiera, por los contornos del desaparecido Guinguada, la imagen, la presencia, de Néstor Martín Fernández de la Torre, de Víctor Doreste, de Néstor Alamo, de Alonso Quesada escuchando entusiasmado a la «Colombine», de Antonio Izquierdo, de Federico Sarmiento, de Orlando Hernández, y de tantos otros -a los que aún viven prefiero no mencionarlos-, que también añoran aquel viejo y querido reducto del Café Bar Suizo, el afamado «Bar Polo».

Antes de comenzar la función de «Querido Néstor» - merecería este musical una reflexión minuciosa y detenida, pues su contenido creo que va mucho más allá del mero y magnífico divertimento que la mayoría aprecia a primera vista-aproveche para pasear por su entorno y me encontré con unas piedras carcomidas, arrugadas en una respetable ancianidad, cansadas de combatir con el salitre y los elementos, sin que nadie le haya ofrecido, por el momento, una piadosa y solidaria protección. Creo que la restauración prevista por el Ayuntamiento no puede esperar mucho más; cuando se cumplen ochenta años del pavoroso incendio que, una madrugada del 29 de junio de 1918, lo devoró entre espantosos ruidos que alarmaron a la población de Triana y Vegueta, el mejor homenaje es someterlo urgentemente a una profunda cura que nos lo devuelva fresco, con la lozanía de siempre, como uno de los monumentos más característicos de la vieja



ciudad; aunque, eso si, siempre añorará a su viejo e ineludible compañero el barranco, que hoy yace a sus pies en su tumba de alquitrán.

Aquel sábado de 1918 ardió no sólo un edificio, sino que con él se consumían muchísimas aspiraciones, la valía, las inquietudes de una pequeña ciudad que, tras derrumbar las murallas en las que vivió encerrada durante siglos, emprendió el camino de su modernización con enormes esfuerzos y sacrificios.

Sin embargo, esa comunidad, donde escaseaban muchas cosas, pero no las ilusiones y la capacidad de trabajo, se puso de nuevo en marcha y, en poco tiempo, reconstruyó el primer espacio escénico de la ciudad. Un teatro que, pese a las llamas -quizá el drama, la ópera, con el argumento más sugestivo y terrible que se haya representado nunca en él-, nunca olvidó aquel feliz día de su apertura, el 19 de noviembre de 1880, cuando el afamado tenor Stagno, acompañado por Gemma Bellniconi -la creadora de «Salomé»-, por la Fabri, por el barítono Menotti y el tenor Cardinalli, ofreció un concierto que la población agradeció y aplaudió interminablemente. Poco después se inauguró oficialmente con la representación de la ópera «La Traviata», en la que intervino la popular tiple Lybia Drog y el barítono Máximo Scaramella.

Cuando se cumplen ochenta años de su destrucción, todos esperamos la urgente restauración de nuestro «Teatro», símbolo del pasado, pero también del presente y el futuro de Triana y Vegueta», que debe ser legado a unas nuevas generaciones que espero que, un día no lejano, sean también capaces de recuperar la bellísima imagen de nuestro querido Guiniguada.


** Julio 1998.*



Un “Can” gallego – grancanario


La entrega del Can de Plata, una de las máximas distinciones que otorga el Cabildo de Gran Canaria –la primera Institución insular de gobierno y representación de los grancanarios, que ya sólo por ello no debería perder nunca su tratamiento oficial y legalmente reconocido de Excelentísima-, a la Casa de Galicia, el pasado martes 29 de junio, se convirtió, mucho más allá de lo dispuesto por el protocolo acostumbrado para estas ceremonias, en un encuentro muy emotivo, donde los sentimientos afloraron tanto en las palabras de quienes intervenían, el presidente del Cabildo, José Macías Santana, y el de la comunidad gallega en la isla, Ricardo Villares, que, no pudiendo permanecer amarrados a las palabras previamente previstas, dejaron ir su discurso por infinidad de recuerdos y anécdotas en las que se plasmaban todos esos lazos vinculan aquí a grancanarios y gallegos y les funden en un destino común, como del numeroso público que abarrotaba el salón de plenos de la Casa Palacio Insular de la calle Bravo Murillo. No me extraña que la jornada, tras el brindis, culminara con la interpretación espontánea de diversas canciones, entre ellas algunas tradicionales gallegas y ese magnífico “Sombra del Nublo”, auténtico himno de esta isla.

La presencia gallega en Gran Canaria es antigua y arraigada, no sólo con la de familias, que han llegado a ser auténticas sagas isleñas a través de los siglos, desde los primeros momentos del poblamiento europeo, a lo largo del siglo XVI, sino en la pervivencia de costumbres, tradiciones, elementos culturales muy diversos que, provenientes de tierras gallegas, arraigaron y se amoldaron a la circunstancias y a la idiosincrasia isleña. Sólo recordaría la fuerza con que, desde muy tempranas fechas, se entronizó en Gran Canaria la devo-



ción a Santiago Apostol, el Santo gallego por excelencia, aunque fuera oriundo de Israel; Gáldar y Tunte, en Los Tirajanas, son hoy puntos ineludibles en una geografía mundial de la devoción jacobea. Ya Bartolomé Cairasco de Figueroa, el primer gran poeta isleño, dedica al Santo varias referencias en su obra, entre las que destaca su poema "España Militante. Santiago el Mayor", que termina con el alto ruego de "y aunque, Señora, yo no lo merezco,/ dadme vuestro favor en este canto,/ para describir las ínclitas hazañas/ del sagrado Patrón de las Españas".


Ya en este siglo la presencia gallega en Gran Canaria aumenta de forma apreciable; son muchos los puntos de conexión entre aquellos puertos y el de la isla, diversas las actividades empresariales, sin olvidar el papel estratégico que juega esta ciudad para un pueblo tan viajero y cosmopolita como el gallego. Poco a poco muchas familias se establecen y enraízan en la sociedad grancanaria. Sin embargo, no queriendo perder sus recuerdos, su morriña, su identidad socio - cultural, y desde esta contribuir a la tierra que ya es también la suya, constituyen un Lar, un hogar gallego en una histórica reunión, que tuvo lugar a principios de 1951 en el salón de actos del Círculo Mercantil, de la que salió una gestora encabezada por Ignacio Vieitez. La Casa de Galicia, que enseguida se hace muy popular en la ciudad, tras ocupar provisionalmente un piso en la calle León y Castillo se traslada a un local, hoy inolvidable para muchos de sus socios, en la Playa de las Canteras, donde permanecen hasta 1968 y de donde se trasladan a su actual sede. En estos años, y bajo la presidencia de hombres como Ramón Mariño, Ramón Fuiza, Benigno Montenegro, Carlos Sampedro, Tomás Aneiros y el actual, Ricardo Villares, sus actividades han sido no sólo intensas, sino imparables; junto a las de orden interno, propias de estas entidades, han sido capaces de desarrollar una labor de la que se ha beneficiado largamente la población grancanaria en su conjunto; me refiero a la ineludible "Cabagata de Reyes", que han sostenido contra viento y marea, a la "campana de Reyes", que tanta ilusión regala cada año, al "Festival de



Habaneras”, o a la colaboración con los hogares de ancianos. En fin una presencia y un trabajo que, como señaló el presidente del Cabildo de Gran Canaria en su intervención, “obras son amores y no buenas razones, y la Casa de Galicia, nuestra Casa de Galicia, lo ha venido demostrando desde hace 48 años”.

Sin duda la entrega del Can de Plata, símbolo oficial de todo lo que representa a Gran Canaria, a su historia, a su presente, a su progreso, a su cultura y a sus gentes, a la Casa de Galicia ha sido una decisión tomada con un sentido pleno de la justicia, pues esta comunidad gallega ha demostrado, con su trabajo y sus sentimientos que son hoy unos grancanarios más, unos hijos distinguidos de esta isla. Espero que durante muchos años más se pueda seguir escuchando el ladrido fecundo, hermoso, de este singular y sugerente “Can” gallego – grancanario.

** Julio 1999.*




Los hermanos malagueños de los perros de la Plaza de Santa Ana

Hace unos días, en unas fotos publicadas en estas mismas páginas, pudimos ver como los perros de la Plaza de Santa Ana, o, al menos, algunos de ellos, eran retirados de donde llevan poco más de un siglo, con un destino no especificado.

Ahora, quién contemple las que ilustran este comentario, pensará que se les ha dado un nuevo destino en el zaguán de una de las mansiones solariegas de Vegueta. Sin embargo, esto, afortunadamente, no es así; nadie estaría dispuesto a permitir tal secuestro del patrimonio público, ni estos perros, conformados en la plenitud de su callejería, pese al aspecto tan señorial que les distingue, se encontrarían a gusto en un habitáculo de tanto postín. Según los pensamientos y el sentir que Víctor Doreste les atribuyó, con enorme acierto, dado que es el que toda la población percibe cuando los contempla, en las páginas de su novela Faycan, en las que ellos, en alegre pandilla que tenía al fenecido barranco del Guiniguada como centro de sus correrías, son los protagonistas de todo lo que acontece en los viejos barrios de Vegueta y Triana, quienes contemplaron en una ocasión a un hermoso perro que un hombre llevaba atado a una primorosa cadena, un perro de lujo que apenas se digno a mirarlos, y se sintieron muy diferentes, sólo encontrarán la felicidad en su plaza, bajo las torres catedralicias, o en sus correrías por los callejones tras algún odioso gato.

Los perros que incitan a esta crónica son otros, aunque su origen sea el mismo. Estos dos ejemplares llevan también más de un siglo en el zaguán de una hermosa casona malagueña, ubicada muy cerca de la populosa calle Larios y de la Plaza de la Constitución, en el centro mismo de aquella ciudad andaluza. Como los perros de la plaza de Santa Ana,



que ha estudiado con detenimiento la profesora Ana María Quesada Acosta, en su magnífico y extenso trabajo sobre La escultura conmemorativa en Gran Canaria. 1820 – 1994, los dos ejemplares de Málaga, que se corresponden con los que tumbados ocupan los extremos del grupo de la izquierda, mirando hacia la Catedral –son los que ahora se han retirado provisionalmente, por los trabajos de restauración que se acometen estos días -, también llevan, como los laspalmeños, la inscripción de “Vald’ Osne”, nombre de un taller de fundición francés que, en la segunda mitad del siglo pasado, surtió a casi toda Europa, y a ciudades de otros continentes, de esculturas para decoración urbana, y uno de ellos las iniciales de “A. J.”, posiblemente las de su autor Alfred Jacquemart, quién fundió en dicha industria casi toda su producción. No es de extrañar este origen común, coincidente con el de los canes que existen frente a la Iglesia de Saint George, en Londres.

Los “perros de Santa Ana”, instalados en 1895, a iniciativas del alcalde Felipe Massieu, como en su momento señaló el propio Diario de Las Palmas, y pese a alguna reticencia inicial de ciertos ciudadanos, como las de quién, desde las páginas de El Defensor de la Patria, veía a la Plaza de Santa Ana convertida en “perrera incondicional”, no sólo son hoy uno de los monumentos más peculiares y propios del paisaje urbano de Vegueta, de la ciudad en su conjunto, sino que, a la vista de sus semejantes en otras ciudades, como Málaga o Londres, se convierten también en referentes claros de la vocación y el espíritu cosmopolita que siempre detentó Las Palmas de Gran Canaria.

** Julio 1999.*



Los «hermanos malagueños» de los perros de la Plaza de Santa Ana, que se encuentran en el zaguán de una mansión próxima a la calle Larios de Málaga.




Museo de los Isleños en la Parroquia de San Bernardo, Nueva Orleans, donde se conserva la memoria y el testimonio de la presencia canaria en aquellas tierras del estado de Louisiana.



«Museo de los Isleños» en Nueva Orleans

La instalación de un Pabellón Canario, por el Gobierno de Canarias, en el entorno de las Olimpiadas de Atlanta, que ya ha contado con la presencia de Sus Majestades los Reyes, para presentar a los atletas del equipo Olímpico Español, así como de altos dignatarios y de importantes hombres de negocios estadounidenses, como ha reflejado no sólo la prensa isleña, sino la de otros puntos muy distantes, creo que dejará una huella que, pasados estos días de euforia deportiva y de entusiasmos sociales, será importante mantener, aunque sea dejando este pabellón a algún grupo cultural serio e interesado en utilizarlo como museo de ese trayecto marítimo que, durante siglos, tuvo a las islas como puente geográfico y cultural en la ruta hacia América.


Este Pabellón -futuro museo isleño, espero- me ha hecho recordar otro museo, el de «Los Isleños», que, en las afueras de Nueva Orleans, exactamente en la Parroquia de San Bernardo, en la espesura de un bellissimo paraje forestal, donde se encuentra una típica casa que donó para este fin una descendiente de los primeros canarios llegados a finales del siglo XVIII, atrae la atención y la curiosidad de centenares de turistas, que lo visitan desde que se abrió hace ya casi veinte años, aunque no se inauguró oficialmente hasta febrero de 1991, con motivo de la presencia de la primera embajada oficial que el Gobierno de Canarias realizaba a aquellas tierras, encabezada por su entonces vicepresidente Vicente Álvarez Pedreira, donde una comunidad no sólo mantiene vivas la lengua, las costumbres y los recuerdos que sus antepasados, hace más de dos siglos, llevaron desde Canarias, sino que son conocidos por todos sus vecinos como «los isleños», de lo que ellos se siente profundamente orgullosos.



Este pequeño y delicioso «Museo de los Isleños» recoge, mantiene y difunde el testimonio de la presencia de un grupo humano asentado en el territorio de la Isla Delacroix - toma su nombre de la Condesa Suau de la Croix, francesa que donó las tierras para la construcción de la primera iglesia y de la escuela- desde su llegada entre 1778 y 1783, hasta casi nuestros días, pues, como me explicaron los miembros de la Sociedad Los Isleños, con motivo de la visita que tuve la oportunidad de disfrutar, se trata de un museo vivo, que promueve estas tradiciones culturales entre cada nueva generación de descendientes. Ya han editado libros sobre su historia y tradiciones, han grabado cintas y discos con las canciones y décimas populares que sus antepasados llevaron consigo desde las islas, como las que canta Irvan Pérez, o dan clases de lengua y literatura para que su peculiar expresión no se pierda.

Esta comunidad de Los Isleños de San Bernardo, con su museo, con su asociación, con sus inquietudes, es un ejemplo, pues muy por encima de cualquier obstáculo material y espiritual -y los han tenido enormes en tiempos aún no lejanos- ha querido y ha sabido mantener su identidad canaria, lo que a ellos le enorgullece y, ante los demás, los ennoblece.


** Julio 1996.*



«Museo Saint-Saëns» en Guía

Cada vez son más quienes estiman conveniente y necesaria la creación de un museo dedicado al ilustre músico y compositor francés Camilo Saint-Saëns, que recuerde la huella profundísima que dejó en Gran Canaria, a través de las sucesivas temporadas de descanso, aunque también de trabajo pues era un infatigable creador, que aquí disfrutó, como en las numerosas amistades que cultivó, cuyos descendientes aún mantienen este hecho como una de las historias familiares más queridas. De todo ello deja constancia amplia y amena Nicolás Díaz-Saavedra de Morales en su ya clásico libro «Saint-Saëns en Gran Canaria».

Ahora que tanto se habla de «excelencia del turismo», de «búsqueda de nuevos alicientes turísticos» -según terminología peculiar de políticos y funcionarios-, a nadie se le oculta que la cultura, como complemento de las horas de ocio, presenta un valor fundamental en esta isla, por lo que se deben aprovechar todos los recursos serios y trascendentes con los que se cuente. Ya en Mallorca, desde hace muchos años, se ha comprobado el feliz resultado de las instalaciones dedicadas a conmemorar la estancia de Chopin en la Cartuja de Valldemosa, donde, acompañado por George Sand, pasó el invierno de 1838 para recuperarse de su tuberculosis, mientras componía la mayor parte de sus preludios. Estancia que narró su amante y escritora en el libro «Un invierno en Mallorca» que se vende a miles traducido a varios idiomas, pese a la escasa calidad del texto. Algo similar ocurre con el pequeño museo en que se ha convertido la casa que Manuel de Falla escogió en el Albaicín granadino, al pie mismo de la Alhambra, donde la música de su piano aún parece escaparse por aquellas ventanas repletas de geranios, para escucharla en la calle,



en la placidez de la noche estival, su amigo Federico García Lorca. Cientos de visitantes acuden hasta allí con devoción propia de un santuario.

En Gran Canaria fueron muchos los lugares que visitó y disfrutó Saint-Saëns, pero de todos ellos la tradición recoge con especial incidencia su paso por la Villa Melpomene, a la entrada misma de Santa María de Guía, donde descansó y trabajó con intensidad en diversas y largas temporadas junto a su amigo y dueño de la misma, el comerciante y cónsul francés Juan Ladeveze y Redonnet. Hoy esta casa, en un paraje de paisajes magníficos y buen acceso, requiere una urgente restauración -o al menos es lo que se aprecia cuando se la contempla desde la carretera cercana-. Reparada y convenientemente adecuada para museo podría constituir un atractivo de innegable interés para una gran parte del turismo internacional, no sólo con salas donde se exponga el material abundante que existe sobre el tema -el libro de Díaz-Saavedra es una prueba fidedigna-, sino con un pequeño auditorio en el que, a través de medios electrónicos, se pueda acceder a la audición de su obra en cualquier momento, junto con instalaciones complementarias de biblioteca especializada en música, fonoteca -especializada en Saint-Saëns-, e incluso un pequeño hotel rural, que ahora están de moda y aquí sería muy efectivo.


** Julio 1996.*



Gáldar, vigencia y trascendencia del Rey Guanarteme

Las Islas Canarias, ubicadas desde tiempos inmemoriales en una de las encrucijadas inevitables en las sendas del Atlántico, no pudieron eludir, desde épocas remotas que se pierden en la noche de los tiempos, el vendaval de la historia, la marea incesante y continua del devenir. A penas unos pocos datos, que la moderna arqueología se encarga de confirmar y ampliar con enormes dificultades, leyendas y misterios, jalonan la narración del pasado de unas islas, de un territorio que seduce el océano y del que se apropiaron casi todas las mitologías del viejo mundo occidental. Ola tras ola, siglo a siglo, década con década, año por año, cada vez más apresuradamente, con el mismo ritmo creciente del reloj de la historia, las islas recibieron la llegada de los seres más diversos y distantes que, en el crisol de sus volcanes silentes, siempre conjugaron un nuevo y único pueblo. En el camino muchos quedaron atrás, se olvidaron costumbres, se mutaron normas y leyes, el color de la piel se matizó una y otra vez, el llanto y la sangre fluyeron por los barrancos muchas veces, pero aquellos isleños de todos los siglos, de una y otra raza, de esta y aquella civilización, siempre miraron al futuro, convencidos de que sólo hallarían libertad en el encuentro y la fusión con todos los pueblos que arribaron a sus costas, en la guerra y en la paz. *La fuerza de la historia no se detiene, por que nosotros caminamos con ella, somos su cabeza, pero también sus pies. En este sendero no hay mayor verdad para los humanos que la del mestizaje, esa fusión de sangres y sentimientos que enaltece, ennoblece y conduce a los demás.*

Gran Canaria, «a quién su nombre dio también fortuna, nombrada con razón en toda parte princesa de las Islas Afortunadas, que toman della el apellido», según los versos



del primer gran poeta canario, Bartolomé Cairasco de Figueroa, fue terreno privilegiado en el que se vivió, a través del discurrir de muchas centurias, el encuentro, la fusión y la perpetuación de nuevas estirpes. Todo ello sugiere un carácter, un talante, unas raíces en las que el isleño, siempre mirando al futuro, a su tierra, y al universo con el que supo encontrarse cuando fue preciso, debe profundizar, intentar reflexionar, si quiere hallar la realidad de su ser, el sentido de «lo canario», sin manipulaciones de modas ideológicas, de oportunismos políticos, de mimetismos fuera de todo sentido. Y es que el canario de hoy, como el de ayer y el de antes de ayer, debe ser hombre tolerante, comprensivo, hospitalario, cuyo trato y acción evoque la solidaridad; quizás como aquel isleño de tiempos remotos que, como describe el Dr. Francisco Morales Padrón, con la vista puesta en lo recogido por la crónica «lacunense», era «alegre, buen nadador, inclinado a invitarse uno a otro y dado a las diversiones, el canario se nos aparece como un hombre sano, sencillo, noble, esforzado, valiente». Sobre todo ello tuve la oportunidad de hablar, ayer tarde, en el «Capítulo extraordinario de Santiago», que, cada 24 de julio, con motivo de las Fiestas de Gáldar, celebra el Instituto Canario de Estudios Históricos «Rey Fernando Guanarteme». Bajo el hálito de la figura de aquel nobilísimo isleño que fue Fernando de Guanarteme, que presintió y comprendió el futuro de su tierra con no menor acierto y realismo del que hubieran hecho gala los mejores teóricos y tratadistas de aquellos años de tránsito de la Edad Media al Renacimiento, y la de otros grancanarios ilustres recientemente desaparecidos, como fueron Vicente Sánchez Araña, Celso Martín de Guzmán y Orlando Hernández Martín, recordé la lección enorme de sus vidas, lección de canariedad y de universalidad, de encuentro y unión, como hubiese querido el mismísimo Bolívar, en las raíces más profundas de la Hispanidad.

* *Julio 1997.*




El estío de Santiago

Generalizar, atribuir a una mayoría costumbres que pueden ser de unos pocos, es peligroso, ya que puede darse una visión no ajustada a la realidad, enfocada por una óptica muy particular. Sin embargo, y después de muchos años de observar y compartir unas fiestas y unas ceremonias, que van desde lo puramente oficial a lo más lúdico, he llegado al convencimiento que el estío, el tiempo de veraneo propiamente dicho, en el que se cambian de forma radical las costumbres y los hábitos cotidianos, se esté de vacaciones o no, comienza en Gran Canaria, desde hace unos años, entorno a la fiesta de Santiago -comúnmente un largo puente- y se prolonga hasta la primera semana de septiembre, allá por los días de la Fiesta del Pino en Teror.

Con Santiago, de Tunte o de Gáldar, la isla llega a uno de sus momentos cimeros del verano; los caminos se llenan de modernos peregrinos en pos de la amanecida, de la diversión nocturna al aire libre, de la verbena interminable, del baile incansable en el sopor de los aires cálidos en calles transformadas en enormes e indeclinables abrazos. No hay prisa por descansar, la fiesta misma es un reposo frente al discurrir monótono de los días el resto del año. La playa, un rincón apartado en el pinar, la sombra de un eucalipto junto a la carretera, para los más atrevidos -o para los desposeídos de cualquier recurso-, serán como un diván enorme que ofrece la isla en la generosidad del estío.

La Festividad de Santiago, aún en el despreocupado olvido de la mayoría, pierde su rastro en casi cinco siglos de historia. Ya en 1481, y sólo habían transcurrido tres años de la fundación de el Real de Las Tres Palmas, el Obispo Juan de Frías celebró misa y Te Deum el día del Señor Santiago en una




casa palacio que era del Guanarteme en la población de Agáldar. Al año siguiente, ahora en la ermita levantada en honor del Apóstol, el citado obispo vuelve a officiar misa en dicha solemnidad religiosa. Gáldar se convirtió así, como ha expuesto Nicolás Díaz Saavedra de Morales en una interesante ponencia al respecto, presentada en un congreso de Reales Sociedades, celebrado en Santiago de Compostela en 1993, en la «primera advocación jacobea instaurada fuera de la Península, precursora de las innumerables establecidas luego en la extensa geografía americana después del Descubrimiento».

En Tunte Santiago «El Chico», «Santiago del Pinar», «Santiago el de la Leyenda», varias y elocuentes denominaciones para una advocación del Patrón de España en su asentamiento tirajanero, debe sus orígenes a una bella tradición - de la que el sacerdote Santiago Cazorla León, natural de esta comarca isleña, da multitud de detalles en su libro *Los Tirajanas de Gran Canaria* - según la cual unos marineros gallegos, como pago de una promesa por haberles salvado la vida en un temporal, levantan una ermita en las cumbres tirajaneras, tras subir por Arguineguín, en honor de Santiago. Pocos años más tarde se había convertido en lugar de peregrinación al que la víspera de cada 25 de julio acudían los isleños por todos los caminos; hoy este espíritu no se ha perdido, aunque la alegría, en el correr de los tiempos, tenga más de mil caras. En recuerdo de aquellos hombres de la mar cada año desfila, junto al trono del Santo, por las Calles de San Bartolomé de Tirajana, una representación de los infantes de marina.

Con las fiestas en Tunte, este «lugar de los canarios» se convierte en el punto de partida anual de las novedosas costumbres que señalan a las que me atrevo a denominar diversas tribus urbanas. A partir de este momento los distintos grupos humanos y familiares con su forma de actuar diferente, y como ocurre en muchos otros lugares, permiten la existencia de algo que se ha dado en llamar la movida estival.

Tras la fiesta concurrida, animada, imparable en Tunte, se inicia el discurrir agosteño que tiene paradas ineludibles en la Rama de Agaete, la Fiesta de las Marías, la del Agua en



Lomo Magullo, alguna escapada por Artenara y su Fiesta de la Cuevita, la concurrencia cada viernes a las terrazas y fiestas al aire libre en el sur –tanto para quienes pasan sus vacaciones allí, como para los que bajan expresamente-, que se prolongan incansablemente hasta la madrugada. Sin duda, este 25 de julio, tras la fiesta en Tunte, se han abierto nuevamente las puertas a la movida veraniega en Gran Canaria, a un tiempo de estío con costumbres y normas no escritas, que nadie se salta, pues en ella se rigen las reglas del discurrir lúdico y ocioso del verano.


** Julio 1998.*



Entre campanas Santa Ana

Las «Campanas de Vegueta», las campanas de la Catedral de Canarias -pese a que hay quienes se empeñan, entre ellos algún nuevo y desafortunado «escribidor», en señalarla como «Catedral de Las Palmas de Gran Canaria»-, suenan hoy con especial intensidad y regocijo, o, al menos así las escucha quién las siente como el latido de su corazón laspalmeño, vegueteño y grancanario, pues no sólo saludan la festividad, ya antigua y arraigada de Santa Ana -que por tierras de Gáldar ejerce de copatrona con el Señor Santiago-, sino que recuerdan que hace un año, y gracias al esfuerzo y los donativos de miles de isleños y de amigos, fue posible restaurar y reinagurar todo el sistema mecánico que, desde la torre norte del edificio catedralicio, permite a la campanas cantar al mar, a los riscos, a la plaza de Santa Ana, al lejano Puerto de La Luz, al alma de los hijos de una isla que cada 26 de julio recuerdan la que fue festividad de la primera Patrona que tuvo el Archipiélago, Santa Ana.

Efectivamente, como recuerda Santiago Cazorla, en la amplísima documentación que ofrece sobre la Catedral de Canarias, en un grueso volumen publicado por la Real Sociedad Económica de Amigos del País, si hoy cada isla, cada localidad, cada iglesia tiene su patrono, hace siglos las cosas no eran así, «legalmente sólo existía la Santa Iglesia Catedral de Canarias, cuya Patrona Santa Ana también lo era para todas las islas». Desde las primeras décadas del siglo XVI, cuando muchísimos grupos humanos de las más diversas procedencias europeas, unos conocidos y otros anónimos, que sólo gracias a un lento proceso de asentamiento llegaron a ser considerados, casi un siglo más tarde como los habitantes de una calle determinada, ya se reconocía a Santa Ana este patro-



nazgo, como se desprende de textos como el acta capitular de 1539 en la que los señores prebendados dicen que «este día sus mercedes acordaron que de aquí en adelante el día de Santa Ana, abogada y mediatrix de todas estas islas, se haga procesión por defuera de la iglesia, porque es muy justo y razón que en esta preeminencia se tenga Señora de Santa Ana por ser madre de nuestra Señora la Madre de Dios y estar esta Catedral fundada en su nombre». Unos años antes, en diciembre de 1533, el emperador Carlos I, ordena que los curas de Gáldar, Guía y Telde, o sea las principales poblaciones de la isla en aquellas fechas, asistieran el día de Santa Ana a los cultos que se celebraran en la Catedral, acompañados por los feligreses que quisieran.

Al caer de la tarde de este 26 de julio las Campanas de la Catedral repicarán de nuevo con su sonido singular y propio; rememorarán el concierto que, hace un año, ofrecieron en un magnífico dueto con el maestro timplista Juan González Valerón, y veremos a la imagen de Santa Ana, obra del escultor José de Armas Medina, con el mismo respeto con el que los grancanarios de 1557 admiraban la primera que tuvo la Catedral, un magnífico retablo, ubicado en la sacristía, que debió desaparecer cuando la invasión de los holandeses.


** Julio 1996.*



De la Plazuela a las terrazas de verano

Las terrazas de verano, con todo el atractivo y la bulla que conllevan, y no exentas de polémica, tanto por su ubicación, como por su concesión, me traen el recuerdo de otros tiempos en Las Palmas de Gran Canaria. Esto de reunirse amigablemente para pasar el rato al aire libre, aprovechando la benignidad del clima, incluso en altas horas de la noche, no es del todo nuevo en esta ciudad. Habrán cambiado las formas, incluso los horarios, las normas y las pautas de comportamiento, los estilos y las modas, pero, en el fondo, el hecho fundamental no ha cambiado. Desde hace muchos siglos los grancanarios, los laspalmeños, junto con sus visitantes más asiduos, reclamaban unos lugares públicos donde encontrarse y poder pasar unas horas de ocio entretenidos en el paseo, la conversación, la música de alguna banda y la degustación de algún refresco en puestos callejeros o en establecimientos próximos. Recuerdo que esta exigencia motivó, en los años centrales del siglo XIX, la constitución de una junta ciudadana que, a la par de un teatro, reclamaba la construcción de una alameda, en la que fuera posible esta actividad lúdica y recreativa, agrupándose en ella personajes tan destacados como Antonio López Botas, Agustín Millares Torres, Juan Evangelista Doreste, Domingo J. Navarro, y un largo etcétera.

Un lugar significativo y de referencia para estas actualísimas terrazas de verano -que por la fecha en que se inauguran este año más parecen terrazas para el otoño-invierno, en un desafío por demostrar que aquí el clima permite esta actividad al aire libre en cualquier estación del año-, lo constituye la plazuela, ubicada, desde principios del siglo XIX, en una amplia explanada que servía de comunicación entre las márgenes derecha e izquierda del Guiniguada. Como expuso



deliciosamente el Dr. Juan Bosch Millares, en un amplio artículo, la plazuela «guardaba en su soledad gran cordialidad y simpatía que compartían, con orgullosa satisfacción, las jóvenes mujeres de Vegueta cuando pasaban a Triana luciendo sus manteletas, cofias y miriñaques en busca de novedades procedentes del exterior que expedía su comercio, y los hombres desfilaban llevando sus capas, levitas, chisteras y algún que otro uniforme con rojos vivos... La Plazuela era el único sitio de la ciudad, exceptuando la Alameda, donde la gente asistía en mayor número para solazarse y descansar en los días templados del invierno y en las frescas y tranquilas noches de la primavera». Con el tiempo la plazuela -para algunos será siempre la «plazuela de las ranas», por aquellos simpáticas figuras verdes que decoraban su fuente, hoy sustituidas por una sola de mármol blanco, horrible y casi cadavérica, se convirtió en lugar inexcusable para el encuentro, para tertulias que fueron famosas, incluidas las de la botica cercana de D. Gaspar Meléndez, la de la peluquería La Favorita y la sastrería de Manuel Milán. El Hotel Monopol, andando el tiempo, también aportaría una nota de distinción a este lugar, en el que hoy encuentran un precedente las terrazas de verano que, en estos días, se inauguran para las noches del benigno otoño grancanario.

** Agosto 1996.*




Redescubrir el paisaje isleño

Los días de agosto que hoy se inician, de vacaciones para unos, de tiempo lento y sedado para inmensa mayoría, pueden constituir una oportunidad magnífica para redescubrir el paisaje insular; ese entorno que, pese a tenerlo al alcance de la mano a lo largo de todo el año, no se disfruta y se contempla con el sosiego y la meditación necesaria para descubrir, analizar o intuir miles de pequeños detalles que hacen del mismo un hecho singular, sugerente, acaparador de espíritus y voluntades.

El verano es también una época ideal para acercarse al paisaje isleño y degustarlo en su diversa y antagónica geografía, pese a quienes no lo recomiendan, pues creen que hay que esperar a los meses de invierno y primavera, cuando los tonos verdes lo maquillan. Un paseo muy relajado en las tardes estivales, entre el calor y la brisa de los alisios, permite descubrir en su plenitud una de las virtudes casi únicas del paisaje grancanario, la luz que lo hace distinto y diverso a cada instante. Los cambios continuos en las sombras, la riqueza mágica de sus tonalidades, el reflejo de los colores en todas sus matices, en el silencio que lo envuelve en este tiempo, infunden en el espectador una dosis de serenidad, de regocijo, de relax, que supondrá una auténtica experiencia de ocio, de descanso del cuerpo y del espíritu.

No dudo que este haya sido el motivo de inspiración y de sosiego para muchos artistas y escritores, isleños o foráneos, que han dedicado al paisaje grancanario unas reflexiones y unas descripciones tan acertadas que, al transcurrir del tiempo, han sido asumidas como una expresión común, anónima, casi natural. Unamuno, aparte de su archiconocida descripción del paisaje de Tejeda, llamó a Teror



«el pueblo apacible»; Fray Lesco, en sus crónicas, nos legó unas deliciosas y acertadas narraciones sobre muchos pueblos y lugares de Gran Canaria, que parecen responder a lo que Ortega y Gasset decía de ciertos paisajes, que se podían contemplar con la yema de los cinco dedos. Aquí debo rememorar también un libro delicioso, «La Isla», de Antonio de la Nuez Caballero, en el que se puede acceder a un ambiente insular hermosísimo.

En estos días de agosto se redescubre un paisaje isleño diferente, exclusivo, tanto en el sosiego del paseo vespertino, cuando el calor afloja, como en la lectura de muchísimos textos en los que ha sido recreado y reformulado con una acertadísima visión, con esa intuición que hoy, en las horas estivales, permitirá al lector, si las aprovecha adecuadamente, reencontrarse con su entorno y con él mismo.

** Agosto 1996.*




Víspera de La Rama en Agaete

Gran Canaria, cada mes de agosto, se despierta con el alegre compás de una «diana floreada», que, en las calles blancas, sencillamente íntimas, de Agaete es, desde antes del amanecer, todo un preludio de la explosión de alegría, de impulso infinito, de entusiasmo a raudales, sin que haga falta una advocación concreta o mínimamente definida, que supondrá, de la mañana a la tarde, el baile de «La Rama» por cientos de romeros que, con ramas de Tamadaba o con sus propios cuerpos, golpearán el mar al ocaso, en una tradición que se pierde en la prehistoria isleña.

La noche del 3 de agosto el pueblo siempre vivió, bullicioso, inquieto, esperanzado, una celebración que se sueña a lo largo de todo el año en Agaete y en los puntos más equidistantes de la geografía insular o de fuera de ella. Una verbena animadísima, un delicioso paseo por las calles, el saludo con los amigos que allí se reencuentran de año en año, el enyesque en los ventorrillos. Sin embargo, en los últimos tiempos, la presencia de grupos de visitantes no sólo ajenos a aquella comunidad, sino a sus costumbres y a su identidad, han cambiado un poco el discurrir de las cosas y ya, para muchos, «La Rama» parece ser la verbena o los chiringuitos en la noche de la víspera. Esto es apenas un mal pasajero, creo, pues con el tiempo sólo permanecen las costumbres auténticas, las tradiciones creadas y arraigadas en el alma de un pueblo.

Que hermoso misterio se contempla en las altas horas de la noche, si uno se fija bien, cuando decenas de lucecillas, como pequeños luceros y estrellas, bajan de ese firmamento que es Tamadaba sobre Agaete, guiando el camino de quienes traen las ramas con las que al día siguiente se bailará La Rama y se ofrendará a la Virgen de las Nieves. El trompeteo



de la caracola rompe de vez en cuando el silencio de los altos riscos; a cada momento se le escucha mejor, con mas fuerza, por lo que, en las afueras del pueblo, algún timple anónimo le responde con la cadencia de la folía y la alegría de la isa. Todo ello resuena y se multiplica en los recodos, salientes y grietas del valle y los barrancos, auténtica caja de resonancia en la que, esa noche única, canta y vibra el corazón de la Gran Canaria.

Aún no se han despejado las sombras de la noche cuando, desde una plaza recoleta, en la parte alta del pueblo, camino del Valle, un volador rompe el sopor estival y, al instante, la banda, fresca, bullanguera, simpática, con una fama bien ganada en toda la isla, arranca con el toque de la esperada y deseada ansiosamente diana floreada; incluso los papahuevos o los cabezudos, que aún deben reposar hasta bien entrada la mañana, parecen dibujar una sonrisa en sus rostros amplios y deformes. La Rama ha amanecido así, un año mas, en todo su antiguo y siempre actual esplendor; ahora romeros - o más bien «rameros»-, venidos de todas partes se disponen, en unión profunda con todo el pueblo de Agaete, a bailar durante horas uno de los ritos ineludibles del estío grancanario.


** Agosto 1996.*



Azuaje, balneario y turismo rural

Hacía ya mucho tiempo que ni reparaba en su existencia, ni mucho menos visitaba la zona, como le ocurría a algunos otros de los que me acompañaban, cuando, en la última Junta Directiva del Centro de Iniciativas y Turismo de Gran Canaria, se nos recordó ese rincón isleño sugerente, absolutamente atractivo y de una personalidad aguda, como es el barranco de Azuaje ó Guadalupe, entre los términos municipales de Firgas y Moya. Allí, durante décadas, la existencia de un pequeño y hermoso hotel, junto con un balneario, ofreció la oportunidad de tomar unas aguas minerales, que ayudaban a reponer la salud del cuerpo y del espíritu, tanto que el pueblo llegó a conocer esta fuente de Azuaje con el nombre de «Fuente Santa», dadas sus reconocidas virtudes sanitarias.

Hoy del hotel sólo quedan unas ruinas vetustas, pero que aún conservan el carácter y la dignidad que siempre presentó aquel entrañable establecimiento para los grancanarios y muchos de sus visitantes -sin olvidar a infinidad de parejas que allí disfrutaron de su luna de miel-. Del balneario a penas permanecen unas piedras y algún que otro rastro en el fondo del barranco; una correntía de agua fuerte y despiadada, hace ya muchos años, se lo llevó por delante, sin que nadie se preocupara por reponerlo. Las modas y los gustos habían cambiado, ya casi nadie se interesaba por baños de aguas termales o medicinales. Sin embargo, ahora que las preferencias turísticas y de ocio vuelven a recuperar la afición por parajes como estos, dentro de esas modalidades conocidas como «turismo rural» o «turismo de la naturaleza» o «ecológico», creo que esta zona privilegiada de Gran Canaria vuelve a tener una importante oportunidad, en la que habría que aprovechar el Hotel, la oferta de unas aguas de calidad, o la existencia, a



escasa distancia, de un bellissimo caserío canario, que debería restaurarse también, como es el conocido como «Casa Mato», en el antiguo «Cortijo de Carvajal».

De siempre atrajeron a los isleños aquellas aguas que brotaban abundantes en la margen izquierda del barranco de Azuaje, a una altura de 228 metros sobre el nivel del mar y a unos 8 kilómetros de la costa. Curiosamente emergían a una temperatura 291, la más alta de todas las fuentes de la isla. Siempre se recomendaron estas aguas, como recogió el Dr. Juan Bosch Millares, para los enfermos del aparato digestivo de tipo hiperclorhídrico, en la litiasis biliar y cirrosis de tipo biliar. También eran aconsejables «como diuréticas, en la cistitis, litiasis urinarias, gota, reumatismos, así como, en baños calientes, para el tratamiento de eczemas, impétigos, úlceras varicosas, enfermos excitados y reumáticos crónicos».

Creo que, una vez mas, Azuaje, sus aguas, su paisaje, su clima benigno, ofrecen una oportunidad diferente, enormemente atractiva, para el turismo interior, para ese «turismo rural» que, pese a todo, habrá que mirar con lupa antes que se expanda de modo inadecuado.

** Agosto 1997.*




Los Berrazales

La temporada estival en Gran Canaria permite acceder a muy diversos lugares que, si en invierno ofrecen su imagen más característica, en verano cobran una fuerza expresiva y una dimensión única, donde los días se tornan en jornadas inolvidables, perennemente evocadoras. Uno de ellos, donde de nuevo encuentro tertulias y personajes como los que en otros tiempos hicieron de él un lugar clásico en el orbe isleño, son Los Berrazales. El tradicional balneario creo que ya no funciona, pero sus aguas, de sabor fuerte, salutíferas, corren aún por acequias desde lo más agreste del barranco que se abre a la suavidad del Valle de Agaete.

Ya en 1911 -pronto habrá transcurrido un siglo de algo que casi nos parece de antes de ayer- el Dr. Luis Millares Cubas, uno de los dos afamados hermanos literatos isleños, aprovechó la caja de resonancia que suponía un Congreso de Hidrología y Climatología Médica que se celebraba en Madrid, para hablar de las cualidades terapéuticas de las aguas de Los Berrazales, que tanto gustaba de visitar y tomar en compañía de su familia, dentro de una ponencia que tituló «El clima de canarias como recurso terapéutico», y que, a sus valores científicos, tuvo los añadidos de la promoción turística, en la que ya se empeñaban la Junta de Fomento y la revista Canarias Turista.

Como en un milagro de la naturaleza, y en desafío a cualquier sequía, las aguas brotan del interior de la tierra a través de una falla volcánica, a 520 metros sobre el nivel del mar, lo que constituye un espectáculo maravilloso, hoy difícil de contemplar, entre la exuberante vegetación que engalana el entorno de la denominada «Montaña Gorda». En la actualidad es casi imposible -y digo «casi» por que todo tiene arreglo



para quién se empeña-, tomar baños de aguas, como en el antiguo balneario, o degustar el agua de aquellas pequeñas botellas ferruginosas en su fondo por la acción de los componentes del agua; pero una estancia en el Hotel Guayarmina, siempre en pie, viendo pasar los tiempos y las generaciones de isleños, resulta especialmente saludable, algo a lo que no debemos renunciar en los días de asueto veraniego.

En otras épocas estaban más que acreditadas la cualidades curativas por la experiencia histórica de sus aplicaciones terapéuticas. Estas aguas, junto a todas las ventajas climatológicas de su ubicación estratégica en la geografía isleña, resultaban ideales para la recuperación de los europeos afincados en Africa, que había padecido enfermedades tropicales o perturbaciones en su sistema hematopoyético (anemia) hígado, bazo, gastritis atrófica, etcétera. Si se tiene en cuenta que es un clima intermedio entre el tropical y el templado de Europa, resultaba el lugar más adecuado para la adaptación de quienes se trasladaban de uno a otro continente. Hoy Los Berrazales mantienen sus tradicionales características, que hacen de él un lugar exquisito para el verano.


** Agosto 1996.*



Los pozos de la nieve

Pese a que alguien, durante la presentación del proyecto, creyó que se trataba de la instalación de una industria frigorífica, o de una clásica «fábrica de hielo», en lo más alto de la cumbre, la verdad es que se trata de algo mucho más hermoso y trascendente, una propuesta que, como señaló su autor, el economista y profesor Salvador Miranda Calderín, nos retrotrae en el tiempo varios siglos, hasta sentirnos como uno más de aquellos canónigos o vecinos de Vegueta que cada año, días antes de la fiesta del Corpus, esperaban ansiosos la llegada de la nieve, recogida el invierno anterior y almacenada en pozos profundos, excavados expresamente con ese fin en los más alto de la cumbre isleña, para disfrutar de helados, sorbetes, refrescos y otras delicias a baja temperatura, a las que ya estaba tan acostumbrada la sociedad laspalmeña que, cuando un año faltó tan refrescante producto, mandó un barco a Tenerife para traerlo desde la Cueva del Hielo, en el Teide.

«Los pozos de la nieve», y no como reza erróneamente el topónimo de «El Pozo de las Nieves», constituyen hoy una parte destacada del patrimonio histórico y cultural de Gran Canaria, cuya recuperación puede, además, convertirse en una nueva y singular oferta para el turismo cultural, que también debe prevalecer en la isla. Se trata de rescatar dos de los antiguos pozos -el principal es irrecuperable, al estar sepultado bajo el edificio gigantesco de la estación militar de alerta y control- que el Cabildo Catedral y la Real Audiencia de Canarias abrieron a finales del siglo XVII, con el fin de almacenar toda la nieve que caía durante el invierno, mediante un proceso de prensado previo, para conservarla hasta bien entrado el verano, cuando los neveros la transportaban a Vegueta, donde se depositaba en la Catedral, en una habita-



ción conocida como «la nevera», para consumo y disfrute de los ciudadanos, bien como nieve, o como agua fresca.

El proyecto de la recuperación de estos pozos, con un coste muy razonable, así como la edición de un libro relativo a ello, ha sido acogido con entusiasmo por el vicepresidente segundo del Cabildo de Gran Canaria, Carmelo Ramírez, que ha ofrecido todo su apoyo, contando también con el respaldo de compañías de turismo tan importantes como Neckermann y Ving, y la colaboración del prestigioso arquitecto Ulrich Pegels y del piloto civil Juan Francisco Gómez. Se trata, tal como propone el autor del estudio y redescubrimiento de «los pozos de la nieve», Salvador Miranda Calderín, de, respetando todas las condiciones históricas y medioambientales precisas, rescatar un patrimonio histórico y social grancanario que será un elemento notable, por su singularidad, para la excelencia turística de la isla.

** Agosto 1998.*




Del ingenio a Ingenio

Ingenio es el primer pueblo que se contempla, en la quietud de su serena blancura -pese al crecimiento y la masificación que ha exigido la demografía explosiva de las últimas décadas-, al llegar por avión a Gran Canaria. Desde el aire, al menos quienes lo conocen -y los que no, tendrán una experiencia similar, pues el sabor de ese paisaje es profundo, diferente, inolvidable-, observan un pueblo que se muestra como una antesala privilegiada de toda la isla. Es aquí donde organismos públicos y privados deben concentrar una buena parte de sus esfuerzos inversores, pues la opinión primera es, casi siempre, la que prevalece y la más difícil de desmontar.

Desde aquellos «ingenios» azucareros, con sus «trapiches» para la molienda de la caña, movidos por la fuerza descomunal de yuntas de toros, de camellos o de caballerías, con las calderas y fornallas para la elaboración del guarapo, las cubas, tanques y tachos para la cristalización del azúcar, o los pozos de las melazas y los alambiques para la obtención del ron, de los que seguramente tomó su nombre inconfundible hace ya varios siglos, hasta el actual Ingenio, topónimo que, en la actualidad, puede hacer referencia también a la inteligencia con la que sus vecinos han sabido afrontar su progreso, que se palpa en el florecimiento empresarial y cultural que disfruta, aunque, como en todas partes, aún quede mucho por conseguir.

He aprovechado estos días para, una vez más, a través de sus calles pendientes y zigzageantes, en la belleza plena de su estampa sureña, subir por la vertiente sureste de las cumbres grancanarias hacia Las Cabezadas de Guayadeque; las torres del templo parroquial, elegantes y espléndidas, a una distancia prudente, y a la vista del barranco ingente que




se abre hacia las entrañas de la isla, son como un pañuelo blanco que saluda al caminante que disfruta de aquellas tierras.

Hoy su otrora barrio del Carrizal se ha convertido en un núcleo poblacional pujante, que ya casi se da la mano con el pueblo, a través de una amplia y magnífica avenida. Junto a la agricultura -el tomate sustituyó al trigo y al millo, que exigieron en siglos anteriores, junto con los pozos, la presencia tan características de los molinos de viento, con sus aspas estilizadas e incansablemente vivarachas-, el sector servicios predomina, con un prestigio que atrae clientes desde otros lugares. Pagos como La Pasadilla y ese idílico rincón que es el Barranco de Aguatona no han perdido el característico sabor que han ofrecido a lo largo de su historia.

Cada vez que regreso a Gran Canaria, desde el aire, siento la necesidad de volver a pasear de nuevo por la calles y los barrios de Ingenio, algo que, estoy seguro, le ocurre a cientos de grancanarios y a muchísimos turistas, atraídos por aquella imagen netamente isleña con la que les recibe aquel «ingenio» que llegó a ser Ingenio.

** Agosto 1996.*




Mercaderías, mercados y Mercalaspalmas

Si la gastronomía, las dietas alimenticias, las tradiciones culinarias, las costumbres en la mesa y en el comedor, forman parte inexcusable de la cultura y la identidad de cada pueblo, de sus particularidades antropológicas, no menos lo es la forma en que cada comunidad accede a la producción o adquisición de los productos naturales o elaborados que caracterizan e integran su manutención cotidiana. La obtención de alimentos llega a definir, en gran medida, a las comunidades humanas, que se organizan para ello en formas definidas que se manifiestan como auténticos procesos culturales. Y es que, si el intercambio es una realidad prácticamente reservada a los homínidos, como afirma el antropólogo Marvin Harris, de lo que resulta una estructuración de las sociedades y su economía, en el ámbito de la pitanza el intercambio de productos naturales permitirá alcanzar una nueva conformación de la comunidad, ya que, como afirmó el científico español Faustino Corderón, «cocinar hizo al hombre».

Los mercados, a través de los siglos, y en los puntos más dispersos, han sido una de las características comunes y usuales de las diversas sociedades, aunque con forma y organización peculiares y variopintas; siempre procuro, en los viajes, acercarme al mercado de la ciudad o población que visito, pues en su dinámica, en su imagen externa y en el comportamiento de sus usuarios, encuentro, en buena medida, el alma y las particularidades de aquella comunidad.

En Gran Canaria, ahora que se ha celebrado -y por todo lo grande- el sábado pasado, el quince aniversario de Mercalaspalmas, esa actual y eficaz forma de abastecer a poblaciones tan populosas como es ya Las Palmas de Gran Canaria, los mercados, los puntos de intercambio y distribución



de alimentos, tuvieron una personalidad y una vida tan peculiar que llegaron a definir hábitos, tradiciones e historias, que aún se mantienen vivas en la cultura popular isleña.

Desde aquellos mercados de los primeros siglos del Real de las Tres Palmas, junto a la Catedral, o más tarde en las inmediaciones del Toril, junto al Guinguada, al soberbio edificio construido en tiempos de Isabel II, que aún disfrutamos en Vegueta abierto al público -no sin ciertas y criticadas actuaciones en su interior-, a los que surgieron con el desarrollo urbano de la ciudad, primero en el Puerto y más recientemente en la zona de las Alcaravaneras, como Mercado Central, o el de Altavista, para Escaleritas y la Ciudad Alta en su totalidad, toda una tradición, unas costumbres y una serie de personajes populares conforman una succulenta historia isleña que no sólo es propia de este ámbito, sino que define, en gran medida, la de la ciudad, donde, desde hace quince años, existe este nuevo mercado, Mercalaspalmas, que pese a su organización y estructura novedosa y diferente a lo anterior, ya se configura, y así lo mostró en su animada jornada de puertas abiertas del sábado 3 de agosto, como un nuevo eslabón de esa cadena de mercados que, a través de los siglos, han incidido en las costumbres populares grancanarias.

** Agosto 1996.*




Isleños en París

La figura de un personaje como José de Viera y Clavijo que, en estos años finales de siglo, dos centurias atrás, estaba ocupado en las gestiones que permitieron la instalación de la primera imprenta grancanaria, me parece que trasciende, con mucho, el mero calificativo de interesante, pues, pese a ser uno de los autores más nombrados, comentados, utilizados, aunque no se si leídos, si exceptuamos su «Historia», siempre que se accede a su amplia y variadísima producción, historiográfica, científica, literaria, periodística o epistolar, se pueden encontrar no ya datos o reflexiones novedosas, sino aspectos realmente sugerentes que, desde una perspectiva actual, hacen atractiva y amena la lectura de obras suyas como los *Diarios de Viajes*, *El Viaje a la Mancha*, o el de los viajes por Francia, Flandes, Italia y Austria.

La relectura de estos «diarios», en especial las páginas de su estancia en la capital francesa, donde compartió tertulia con personalidades como Franklin, con quien conversó largamente sobre su cometa eléctrica, asistió a los cursos de Sigaud de la Fonde y de Valmot de Bomare, experimento con los famosos «aires fijos», y pudo conocer a su admirado Voltaire, así como una reciente y rápida escapada a París, me han hecho recordar la presencia tan significativa que los isleños han tenido en la capital del Sena a través de los dos últimos siglos.

Si ya Lamarck y Broussonet incluyeron la flora canaria en su afamada sistemática, y el Jardín de Plantas contó con ejemplares recogidos en los barrancos de Gran Canaria, en los Llanos de Ucanca y en cráteres de La Palma, Berthelot, con la colaboración del botánico inglés Webb, daría a conocer al mundo entero, desde París, las costumbres de los primitivos



habitantes de las isla, imprimiéndose en la ciudad del Sena la monumental «Phitografía Canariensis», y, tiempo después, el Dr. René Verneau daría a conocer, en su parisino Museo de Paleontología Humana, una singular colección de cráneos y momias de aborígenes canarios, que estudió con profundidad.

Entre los isleños que se hicieron notar en París recuerdo ahora al Dr. Chil y Naranjo, aunque estudió primero en Montpellier; los largos años de Embajador del teldense Fernando de León y Castillo, acompañado en su secretaría particular por Luis Doreste Silva -a ellos se debe la magnífica sede que, desde entonces, tiene la representación diplomática española en aquella capital-, testigos ambos del paso del genial pintor Néstor Martín Fernández de la Torre, que llenó toda una época de presencia grancanaria en los cenáculos pictóricos parisinos -pese a que se quejaba de que era una ciudad cara-, tanto con sus cuadros, como con sus figurines para el teatro, modelos de alta costura o bocetos para escenografías.

En la últimas décadas destacó el genialísimo sancristobaleño, pintor de tintas de calamar y pinceles «barbudos», autor de libros y conferencias cantadas, Julio Viera que hoy merece el título de «Señor de Mont Martre», pues con su sola figura llenó toda una época de La Place du Tertre. Luego vendrían otros artistas como Juan Ignacio Domínguez, Juan Ramírez y el músico Blas Sánchez, que continúan allá, e incluso Aquilino Saavedra, que estuvo también alguna temporada. En fin, y como diríamos de Viera y Clavijo, París y Gran Canaria «un arc en ciel».

** Agosto 1996.*




Fray Lesco y el turismo

La singular, casi inesperada y esperanzadora perspectiva que introdujo la aparición de la actividad turística en Las Palmas de Gran Canaria -como sector económico moderno, en el sentido que lo entendemos hoy, pues los viajeros de todo tipo y condición no le faltaron nunca a Gran Canaria, perdiéndose el rastro de sus noticias en la noche de los tiempos-, en los últimos años del siglo pasado, con el incremento de la actividad portuaria que permitían los nuevos muelles, y en las quince primeros años del presente, no sólo lanzó a la brega en este terrero a empresarios, hoteleros y autoridades locales, sino a toda una pléyade de intelectuales, artistas y escritores que teorizaron, definieron, cantaron y plasmaron en su obra las excelencias y la casi natural disposición de la isla y de su capital para la actividad turística, «una Niza del Atlántico», como la definió la revista «Canarias Turista» en el editorial de su primer número en 1910.

De esa larga lista, ya indispensable para una historia del turismo local, en la que han destacado nombres tan ilustres para los isleños como Néstor Martín Fernández de la Torre, Francisco González Díaz -tiene un ensayo de gran interés titulado «Cultura y Turismo» (1910)-, o Carlos Navarro Ruiz, quiero hoy destacar a otro personaje que, si también hizo muchísimo por resaltar los atractivos turísticos de Gran Canaria, aún no se le reconocen sus enormes aciertos en esa materia, aunque algunas de sus ideas, o frases más sonoras, hayan sido utilizadas posteriormente como eslóganes de propaganda turística, con enorme y reiterativo éxito.

Me refiero, sin duda alguna, a Domingo Doreste Rodríguez, famoso por su seudónimo «Fray Lesco» -con el que se le ha recordado siempre-. Escritor sensible, agudo, de pun-



tuales y hondas inquietudes, sus artículos «con esa italianizante forma suya, equidistante de Croce y de Carducci -según descripción de Ignacio Quintana Marrero, en un acertado artículo sobre el personaje-, gozaban, además, de un sabor recoleto humilde, de fraile encerrado en su celda». No escribió libros, sólo apareció en 1954 uno con algunas de sus más brillantes crónicas, gracias a la iniciativa de su sobrino Juan Rodríguez Doreste, que en 1978 publicó una succulenta biografía de su pariente. Sin embargo, en este caso se cumple aquello que decía Ortega y Gasset de que «el artículo de periódico es hoy una forma imprescindible del espíritu, y quién pedantescaamente lo desdeña no tiene la más remota idea de lo que está aconteciendo en los senos de la historia».

Desde este recoleto rincón del periodismo, hecho género literario por derecho propio, Fray Lesco se convirtió en un excelente y convencido promotor turístico, que llevó su preocupación por el progreso de la isla a diversas instituciones, entre ellas el Centro de Iniciativas y Turismo de Gran Canaria, al que se adscribió nada más fundarse en 1934. Fray Lesco, como lo señaló Ignacio Quintana, «fue un abanderado del turismo en esta tierra nuestra. Sabía del paisaje enesimado de Gran Canaria, que descubrió a través de un prisma singular que sólo él sabía manejar».

** Agosto 1997.*



Cultura y Turismo en el Siglo XX


I

El turismo, la industria turística - como se le suele denominar en los ámbitos profesionales de la economía-, a lo largo del siglo que ahora concluye, no sólo ha llegado a constituir uno de los pilares más saneados de la economía mundial, sino que se ha convertido en el factor transcultural de mayor relieve de la presente centuria, y, con toda seguridad, en uno de los más destacados de toda la historia de la humanidad.

El turismo, a través de diversas épocas, de las diferentes modalidades y prácticas que oferta, ha permitido una comunicación, un conocimiento, un intercambio, un influjo poderoso entre distintos pueblos y culturas, que han llegado a ver afectadas -la mayoría de las veces, casi sin darse cuenta- muchas de sus señas de identidad, sus costumbres más propias, al entrar en contacto con este fenómeno, en especial el conocido como de masas, que pasará a la posterioridad como uno de los rasgos más propios del Siglo XX.

Sin lugar a duda alguna, y si ya lo era décadas atrás, en adelante será imposible separar turismo de Acultura, entendido este segundo concepto como la expresión de aquella forma que el ser humano tiene de comprender, asimilar y verselas con su realidad.

No es de extrañar que el insigne periodista grancanario Francisco González Díaz, en una obra premonitoria y muy adelantada para su tiempo -de la cual retomo el título para el presente texto, aunque alterando sus términos-, *Cultura y Turismo*, editada en 1910, señalara a sus paisanos, al comenzar su relación con el turismo como factor de progreso para la isla, que «con laborar, con producir, creemos haber cumplido toda nuestra misión, y en el mundo hay




más. Hay objetivos de mayor altura é importancia, hacia los cuales debemos encaminarnos. Debemos cultivarnos para que la acción exterior nos encuentre bien dispuestos y nos fecundice. Debemos partir de nosotros mismos para levantar nuestro edificio propio, para tener huerto y jardín». La disyuntiva sobre la propia identidad, el colonizaje cultural y la acción positiva de corrientes culturales externas quedaba ya esbozada en su texto y, lo que es prioritario para el terreno sobre el que reflexionamos ahora, trasladada al campo del fenómeno del turismo, incipiente en aquellas fechas e ineludible en las actuales.

Las Islas Canarias han vivido este fenómeno muy de cerca, en especial desde la puesta en servicio, hace ya un siglo, de un moderno y eficaz puerto de refugio, el Puerto de La Luz y de Las Palmas, en la bella, amplia y sugestiva rada de Las Isletas, que abrió la ciudad, y con ella toda la isla, al orbe del turismo moderno, «una colosal abertura por donde entran impetuosas las corrientes de la civilización» (González Díaz, obra citada). A partir de ese momento, y gracias a un influjo que aún no se ha estudiado en toda sus consecuencias, a través de diversas etapas, se llegó a la realidad que hoy supone el turismo para Gran Canaria, tanto en su vertiente empresarial y económica, como socio-cultural y para su propia personalidad.

II

En Gran Canaria hay que destacar la presencia, desde los últimos años del siglo pasado -cuando el entusiasta e inquieto empresario Alfredo L. Jones ponía ya en práctica mecanismos de promoción turística de la ciudad a nivel internacional, que nada tendrían que envidiar a muchos de los que se utilizan en la actualidad-, y primeras décadas del actual -en las que aparecieron sociedades de promoción turística pioneras, entre ellas la Sociedad de Fomento de Gran Canaria y la Junta de Turismo en 1910, y el Sindicato de Turismo de Gran Canaria en 1934, que quería continuar con la labor y las ideas




de las dos anteriores-, de una larga serie de ciudadanos que, preocupados por el porvenir de su isla, concluyeron enseguida en la importancia trascendente que el turismo tenía como fuente de riqueza isleña; pero no sólo se trataba de un bien económico, material, sino también cultural, social, pues abría para la isla puertas y ventanas insospechadas hasta ese momento.

Entre aquellos ciudadanos destacó un nutrido grupo de periodistas y escritores, que decidieron dedicar muchas de sus mejores páginas al nuevo fenómeno económico y socio-cultural que encontraban en el turismo. En las últimas décadas, y en la actualidad, numerosos profesionales del periodismo y escritores en general, retomaron la antorcha interesándose por todo aquello que afecta al sector turístico y a su relación con la sociedad isleña. Antes y ahora periodismo y turismo han sido, y son, inseparables en estas islas; antes y ahora sus protagonistas no sólo dedican sus esfuerzos a informar sobre un sector económico, sino que contemplan la necesidad de acercar a sus conciudadanos un mundo que les es ineludible, proponiéndoles una reflexión y una concienciación muy valiosa al respecto.

Como ejemplo de un grupo amplio citaré al ya mencionado Francisco González Díaz, un adelantado que preconizó la necesidad de dotar a la isla de infraestructuras que permitieran atender adecuadamente a los nuevos visitantes, al turismo incipiente del que se beneficiaba, a la vez que predicó la conservación de la naturaleza, de la masa arbórea y vegetal del paisaje isleño, lo que contribuiría a que Gran Canaria fuera un destino sugerente, singular, enormemente atractivo, un auténtico continente en miniatura, como definió a la isla, años después, otro gran periodista grancanario, Domingo Doreste Fray Lesco, que también dedicó muchos desvelos e inquietudes al mundo del turismo -algunas de sus crónicas constituyen aún una reflexión saludable que me atrevo a recomendar a los responsables actuales del turismo isleño.


Si desde los primeros años de este siglo, y a través de las diversas etapas que definen la historia del turismo en Gran



Canaria, a lo largo de toda la actual centuria la isla ha logrado transmitir una imagen bastante adecuada en el orbe turístico nacional e internacional, ha sido gracias a la labor constante, minuciosa e inquieta de varias generaciones de periodistas y escritores, que dedicaron a ello sus mejores esfuerzos y una voluntad férrea, sin olvidar nunca su contribución a la concienciación de los ciudadanos ante un fenómeno ineludible al que toda la isla se vio y se ve arrastrada en la actualidad. Muchos de ellos hicieron, y otros lo hacen hoy, el eje central de su profesión, de sus inquietudes y de sus reflexiones, que plasmaron en miles de páginas escritas y plasman ahora también en las ondas e imágenes de emisoras de radio y televisión, como en revistas y libros de muy diversas naturaleza; esta actividad no sólo no les alejó de la realidad candente de su tierra, de sus gentes, sino que les vinculó mucho más a ella, a su porvenir económico y socio-cultural más certero.


III

Pero no sólo fueron profesionales aislados quienes dedicaron esfuerzos concretos al fenómeno del turismo, sino una serie de medios, como revistas, periódicos y muy diversas publicaciones, y en las últimas décadas programas de radio y alguno que otro de televisión. Pionera de todos ellos fue la revista *Canarias Turista*, un curioso semanario ilustrado que ya en 1910, fundado por Gustavo Navarro Nieto, ofreció un cauce muy sugerente a la promoción turística de Las Palmas de Gran Canaria, como a la isla en general. No es de extrañar que en el artículo editorial del primer número, aparecido el domingo 6 de noviembre de 1910, señalara ya que «para hacer de Gran Canaria un emporio de riqueza, centro de atracción de forasteros que nos visiten, propaguen las ventajas de este suelo y de este cielo y hacer de Las Palmas una Niza del Atlántico, rebosante plétora comercial y de encantos de la vida, es menester, ante todo y sobre todo, una línea de orientación fija, estable, inmovible hacia estos fines», al tener muy presente que una «aspiración de antiguo sentida,



cada vez más apremiante es la del fomento del turismo en Gran Canaria». Impreso en la Tipografía del Diario de Las Palmas, en la calle Buenos Aires n1 36, y con sus oficinas en la calle Colón n1 5, donde su creador fundaría poco después el periódico La Provincia -y donde nació el gran tenor Alfredo Kraus, al arrullo armónico de teclas periodísticas-, el semanario logró influir en algunas señaladas iniciativas turísticas del momento, como sugiere su carta abierta al alcalde Felipe Massieu y Falcón, en la que insiste en la necesidad de que se cree una Junta de Turismo, que vele por dotar a la ciudad de infraestructuras y por promocionarla adecuadamente, a la vez que haga participe a todos los ciudadanos de tan loable empeño.


En décadas sucesivas otros muchos medios siguieron su ejemplo, aunque citarlos a todos sería imposible en el marco breve de estos apuntes. Sin embargo, no se puede dejar de citar algunas de ellas, como la revista Isla, editada por el Centro de Iniciativas y Turismo de Gran Canaria desde enero de 1945, cuando apareció su primer número, cuyo artículo editorial, firmado por el presidente de la entidad, Luis Pierna Vieja del Pozo, señalaba que se trataba de «el final de una etapa y el comienzo de otra que exige la colaboración decidida de todos los buenos canarios», pues «a todos nos incumbe la ingente labor de preparar el recibimiento de nuestros visitantes». La revista, que contó con firmas destacadísimas del periodismo, la literatura y el empresariado, tanto isleño, como de toda España, y de algunas personalidades extranjeras, atravesó diversas etapas, en las que apareció con mayor regularidad, o desapareciendo en otras. Tampoco me gustaría dejar de mencionar un semanario editado en inglés que se publicó en Las Palmas de Gran Canaria bajo la cabecera de The Canary Islands Sun. Dirigido por el insigne periodista y poeta Pedro Perdomo Acedo -también director de Diario de Las Palmas durante muchos años-, se presentó en sociedad el 6 de septiembre de 1963, en el transcurso de una fiesta muy animada, organizada por su editor, la señora Terry Hill, en el Hotel Atlántico, ubicado en Ciudad Jardín y hoy desaparecido, aun-



que se conserva el edificio. El primer número estuvo dedicado, dada la fecha y el interés turístico que revestía el evento, a las fiestas del Pino en Teror, y en las páginas centrales ofrecía un plano muy completo de la capital insular. La publicación se caracterizó por incluir muchas fotos y grabados.


Hoy un nutrido grupo de periodistas, columnistas y escritores siguen respaldando el quehacer del mundo turístico grancanario, como canario en general, con un trabajo acertado y útil, que, pese a las nuevas tecnologías de la información, a los parámetros muy diferentes en el que se mueve tanto la industria turística, como los gustos y usos de los nuevos turistas, no olvidan el espíritu de servicio y de concienciación de sus conciudadanos que introdujeron en la isla aquellos pioneros de la información turística isleña en los primeros años de este siglo; algo que debería hacernos estudiar las posibles pautas que señalen la existencia de un periodismo con carácter y personalidad, o al menos sabor netamente isleño.

Así, el mensaje que nos dejaron aquellos pioneros de la información turística isleña, como el que se puede extraer del que realizan los profesionales en la actualidad, en el ámbito de un mundo cambiante en estos años finiseculares, donde el sector turístico busca adaptarse a los nuevos hábitos de la sociedad, con fórmulas adecuadas y, en casos, necesariamente muy diferentes a las empleadas hasta el momento en las tres últimas décadas, se hace ineludible, pues ya no se puede dejar de ver el turismo, fundamentalmente, como un hecho transcultural, en el que sobre su realidad económica, por básica que sea, predominan muchos otros factores sin los que la práctica del turismo ya no tendrá razón de ser. En todo ello los periodistas y escritores de turismo tienen reservado un papel singular, pues, como ya señaló en 1910 Francisco González Díaz, aún, casi un siglo después, «la cultura como expresión armónica, total, perfecta, del desarrollo de nuestro pueblo, está por nacer entre nosotros», y en ello tendrá mucho que ver la influencia que el turismo ha tenido, tiene y tendrá entre los isleños, a la vez que la concienciación y la postura que la



amplia generalidad de los ciudadanos tomen ante ello, en la seguridad que, en tiempos no lejanos, el turismo será considerado como el factor socio - cultural más importante del Siglo XX, y en Gran Canaria hemos sido protagonistas directos de esta realidad.

** Agosto 1999.*




La canción popular y el camino de Teror

Ya quedan pocas horas para que, una año más, los farolillos y los timplen den brillo, con su luz y sus canciones, al camino de Teror. Esta peregrinación, el «caminito de Teror» que diría Néstor Alamo, -el isleño, en un arrebatado de intimidad y dulzura, expresa en diminutivo todas las cosas grandes e importantes-, se puede realizar de muchas maneras, en familia, con un grupo de amigos, en el seno de asociaciones o corporaciones religiosas, sociales, culturales e incluso políticas, pues algunos partidos políticos ya organizan grupos de afiliados que hacen el «camino» mariano de Teror se puede ir en silencio, o en conversación animada, rezando o contemplando el paisaje, pero siempre, en todo momento, con la copla en los labios o en lo más profundo del alma.

El camino a Teror no se entendería, como le ocurrió a Néstor Alamo que ofreció para ello bellísimas piezas musicales, hoy canciones populares que ya son propiedad de todo el pueblo grancanario, sin la presencia de timplen y guitarras, de panderos y chácaras, de isas, folías y malagueñas, en un entorno donde, en la medianoche y al amanecer, el viento con su melodía, en las aristas de los ricos y en la copa de pinos y eucaliptos, se suma a la voces de los romeros, al compás de los instrumentos y, todos juntos, cantan y sueñan con que, allá arriba, en su Basílica, acunando a un «niño con carita de rosa», les espera la Madre de Dios, la Patrona de Gran Canaria.

Y es que, en momentos como este, en horas como las del camino a Teror, la música canaria, la canción popular isleña, produce impresiones objetivas, determinantes de sensaciones subjetivas en la fibra humana, que vibra y suena, a cada emoción, como las cuerdas de un instrumento, pulsado por las garras del dolor, por la mano leve y sutil de la pasión o por



el rasgueo inconsciente de la alegría. Y la garganta y los labios, bajo el mandato del corazón, sincronizado por la onda exterior, modulan el quejido, la carcajada o la melodía, surgiendo así la canción, luz del alma canaria que se manifiesta espontánea cuando no bastan las palabras para decir los más hondos y puros sentimientos, todos los que, año tras año, no llevan «caminito de Teror».

Me gustaría cantar en el camino, en el momento más inesperado y en el lugar más recoleto una folía, unas estrofas en recuerdo de quienes hacen este camino en el fondo de su alma, en lo más profundo de sus querencias, pues la distancia les impide hacerlo a pie; la emigración se los llevó, a ellos o a sus padres, pero viven siempre con las estrofas de la copla, oración en este día, que dice: «Adiós Canarias, en tu suelo/ Dejo a mi Madre querida;/ He de volver, es mi anhelo, A darle aliento a su vida». Pero luego que retorne la isa, la seguidilla, la saltona, que la Señora del Pino no quiere vernos tristes en su camino, que es camino de esperanza y de alegría.


** Septiembre 1996.*



«El Charco», secular fiesta de la vida

Entre todas las fiestas singulares que jalonan la época estival en Gran Canaria, amalgamadas en una sugerente y antigua idiosincrasia que contribuye a la personalidad de la isla, sostenida a través de los siglos, pese a todos los avatares -hoy tampoco se libran de la presencia de personajes díscolos y ajenos a cualquier manifestación de las tradiciones y costumbres de un pueblo, aunque espero que sea algo circunstancial-, hay una que, tanto por la sencillez aparente de su forma, como por la antigua tradición que encierra, la plasticidad de su expresión y la honda espiritualidad de un pueblo que tiene en ella una manifestación libre y espontánea -ni los más severísimos obispos lograron cambiarle-, me parece el culmen de todas la celebraciones que, cada año, como en un antiguo rito, se ofrecen al sol, a la luz, al agua, o sea, a la vida en todo su esplendor. Tras compartir, algunos años -hace ya muchos-, la danza secular y el baño en «El Charco», donde las lisas se atrapan o se nos van de las manos con la misma naturalidad que muchísimas cosas en nuestra vida cotidiana, no me extraña que Víctor Grau-Bassas, hace poco más de un siglo, escribiera, a sus compañeros de la junta directiva de El Museo Canario, que era difícil «imaginarse nada más original que esta fiesta digna bajo todos los conceptos de ser presenciada, tanto por gente estudiosa como por diletantes».

La Playa de La Aldea, en aquel barranco amplio, bellísimo, que sus gentes convirtieron, con voluntad y tesón, en un fértil valle, y al que el fervor religioso puso por nombre «San Nicolás de Tolentino», espera ya impaciente en estas horas el inicio del baile en el muelle y, sobre las media tarde, la voz del Alcalde -hoy en día acompañada por un volador- que ordene, con su «al Charco», el inicio de la pesca de la lisa,



antigua usansa de los aborígenes y alegre encuentro festivo que encierra el alma de un pueblo que, inocente, feliz, sin depravación alguna, ni olvidado de las «obligaciones de cristiano, aquel pudor y vergüenza natural de todo racional», según la acusación del obispo Delgado y Venegas en 1776, comparte un día en que la danza, la expresión popular y los sentimientos de quienes participan en este acontecimiento, hacen del mismo una auténtica expresión artística, cuyo traslado a los escenarios constituiría todo un reto para cualquier coreógrafo experto.

Víctor Grau-Bassas, aquel médico catalán establecido en Gran Canaria que, a causa de un turbio, extraño e injusto acontecimiento, vio convertida su vida en una auténtica novela romántica de aventuras -José Miguel Alzola la ha estudiado con detenimiento en un libro muy atractivo-, y transformada su profesión en la de protoantropólogo insular, se acercó en 1885, antes de partir hacia su exilio definitivo en Argentina, donde falleció en la localidad de «Tres Arroyos», mientras recorría el interior de la isla realizando informes para El Museo Canario -que fue en lo que entretuvo sus años de fugitivo isleño-, a esta fiesta que le llamó profundamente la atención, en la que sus concursantes se entregaban a la expansión más sensual inimaginable. Hoy todos, con el asombro y el entusiasmo de D. Víctor, debemos asistir, presenciar y compartir esta fiesta irrenunciablemente aldeana y grancanaria.

** Septiembre 1996.*




La vendimia en el Monte Lentiscal

Con los primeros días de septiembre, cuando los peregrinos de Gran Canaria caminan por veredas, trochas y carreteras, al encuentro con su Patrona y su niño, «chiquitito, tan bonito», y la uva se despereza de su larga siesta estival en las piconeras del Monte Lentiscal, se renueva cada año una antigua y arraigada tradición isleña que ahora con el esfuerzo de la Asociación de Viticultores y Bodegueros del Monte Lentiscal, y tras algunos años en que la desidia fue la nota predominante, ha tomado un nuevo y renovado impulso que acapara el interés de propios y foráneos que, como en ediciones anteriores, abarrotarán los salones del Hotel Escuela Santa Brígida, para seguir las actividades de la III Semana Cultural, programada dentro de las Fiestas de la Vendimia en el Monte Lentiscal.

Las vides, «listán», en sus variedades de blanca y negra, «negra común», «Pedro Ximén», «breval», «moscatel» o «malvasía» -cuantas historias de siglos nos recuerda este hermoso nombre-, en su espléndida preñez llenan los días entre el verano y el otoño, en una comarca que disfruta en estas semanas las mejores horas de todo el año. Las tardes en el Monte Lentiscal, los anocheceres de luna llena -anaranjada, trepando suavemente por la ladera de Bandama-, pese a todos los monstruosos despropósitos urbanísticos de las últimas décadas -y que en cierta medida se mantienen -, no han perdido su aroma de juegos infantiles, de paseos entre los parrales, de meriendas de «pan y uvas», de añoranzas y de amores nuevos, del timple que canta, cuando cae la noche, afianzado en las maderas rancias de una vieja bodega.

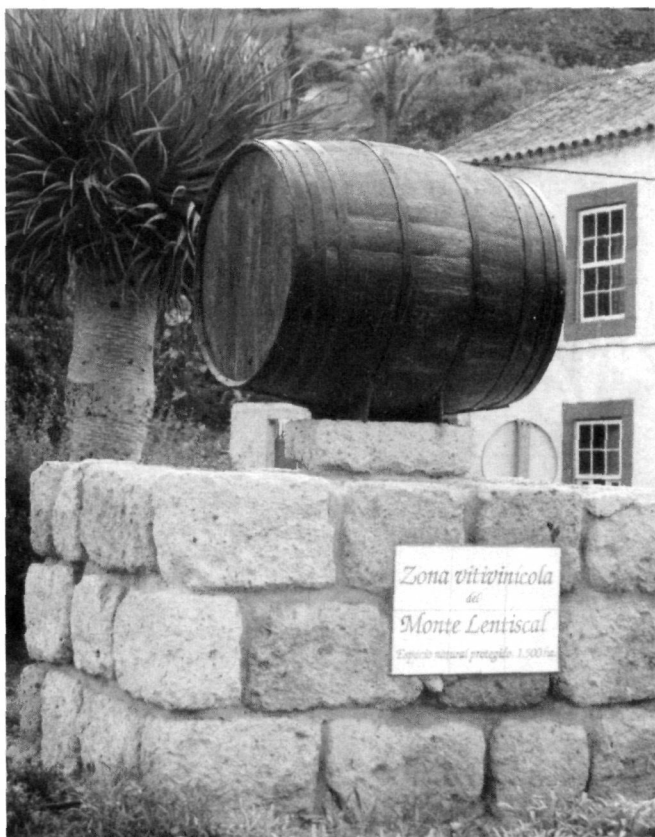
Es la hora de los lagares, de la uva que canta en la pisada, del mosto nuevo que ofrenda su aroma, de viticultores y bodegueros, mano a mano, entregados a una tarea que les



vincula a una de las tareas más antiguas y les proyecta hacia un futuro lleno de esperanzas. Sin en el pasado escritores, como Cairasco de Figueroa o William Shakespeare, que dijo del vino isleño que es «maravillosamente penetrante y que perfuma la sangre...», con sus referencias corroboraron la imagen destacada que tenía más allá de las fronteras insulares, en el futuro, con el esfuerzo y el cariño de todos, el vino del Monte Lentiscal constituirá una de las señas de identidad ineludibles ante quienes observan la isla y sus tradiciones, pues el Monte Lentiscal y sus vinos constituyen una parte indescarrrable del patrimonio natural y cultural isleño.

La vendimia, y con ella sus fiestas, ha llegado un año más al Monte Lentiscal. De Los Hoyos a la Atalaya, de Bandama al Monte, la alegría recorre, a rienda suelta, las sendas de los viñedos, se cuela por las rendijas de las viejas bodegas, empaapa la piedra porosa de los lagares, se alza en el brindis que ofrece, cada tarde, al final de las conferencias de la III Semana Cultural, la Asociación de Viticultores y Bodegueros del Monte Lentiscal. Desde aquí repito, ¡feliz vendimia!

** Septiembre 1996.*



Monumento a la histórica «Zona Vitivinícola del Monte Lentiscal» diseñado por el autor del libro para la Asociación de Viticultores y Bodegueros e instalado por el Ayuntamiento de Santa Brígida, cuya oficina técnica de arquitectura dirigió las obras de construcción.




La Virgen del Rosario en la puerta de la Parroquia de Santo Domingo, Vegueta, con motivo de la romería que se celebra en su honor cada mes de octubre.



La «isla del teatro»

Si la literatura insular destaca, a través de los siglos, por la fuerza arrolladora de sus poetas y de su abundante obra, desde aquel Bartolomé Cairasco de Figueroa a la multitud de novísimos de las últimas hornadas, que editan con una facilidad que no pudieron ni soñar poetas como el propio Cairasco, Viana o Viera, Morales, Quesada y Saulo, Perdomo Acedo, García Cabrera o Millares Sall, entre otros muchos clásicos isleños, gracias a la generosidad de quienes manejan los presupuestos -y es mucho «presuponer»-, el teatro, pese no contar con escenarios adecuados y autores propios hasta bien entrado el siglo pasado -eludiendo raras excepciones-, siempre estuvo en la vocación y el ánimo de los literatos, como en el gusto de una gran parte de su población, que aprovechaba la escenificación de algún entremés o de Autos Sacramentales.

La necesidad de un teatro en Las Palmas de Gran Canaria se convierte, a mitad de la centuria pasada, en una de las grandes ilusiones la población. Gracias a los desvelos de la «Junta de Alameda y Teatro», se logró la construcción de un primer coliseo insular en los terrenos que, siglos antes, había ocupado la casa de Cairasco de Figueroa. A partir de este momento, y sin recurrir al gran dramaturgo isleño Pérez Galdós -sería un tópico reiterativo-, la escena insular, que se ampliaría con el tiempo a otros salones, incluso particulares, como el famoso «Teatrillo de los Hermanos Millares», vio la representación de obras no sólo de autores y compañías foráneas, muchas de ellas durante la escala de su viaje a las principales capitales de América, en especial Buenos Aires, sino la de dramaturgos y escritores locales que atrajeron enseguida el interés y el reconocimiento de sus paisanos. Comedias, algunos dramas, zarzuelas, sainetes, entremeses, eran



acogidos por el público grancanario, que tenía en el teatro una de sus aficiones más notables; en las hemerotecas se encuentran muchas pruebas de ello.

Ahora, en este mes de septiembre de 1996, Gran Canaria alcanza una rara y, me atrevería a decir, histórica cima de la escena insular. Entre Agüimes, que inauguró, hace ya varios días, la cartelera de su XIX edición del Festival de Teatro de Tres Continentes -una sugestiva iniciativa que prueba la capacidad del teatro para el compromiso del encuentro y la solidaridad-, y el Festival de Otoño de Teatro y Danza de Las Palmas de Gran Canaria, que el viernes pasado abrió su primera edición con una comprometida y novedosa representación del «Romeo y Julieta» de Shakespeare -un homenaje al autor que contribuyó a difundir la imagen y el nombre de las islas, en los días de la vendimia de los vinos que tanto degustó y alabó-, la oferta teatral isleña se sitúa en un primerísimo puesto, con unas posibilidades que ya desearían para sí muchas grandes capitales. Es un esfuerzo enorme, una labor «que se hace con las uñas», pero que es imprescindible mantener, como señaló José Antonio Rial -y vaya desde aquí mi adhesión al homenaje que el teatro de tres continentes le ofrece en Agüimes-, dado que, en tiempos de crisis, lo que menos debiera recortarse es la cultura, pues de ella los ciudadanos extraerán la ilusión y la reflexión necesaria para superar cualquier escollo. Espero que, con todo esto, Gran Canaria sea conocida, poco a poco, como la «isla del teatro».


** Septiembre 1996.*



Comienza el nuevo curso

Comienza un nuevo curso escolar. Con las acostumbradas polémicas, protestas y marujeos, los más pequeños regresan, con sus bullas, sus llantos, sus ansias infinitas de caramelos y otras golosinas, a las aulas. Ahora les toca el turno a los mayorcitos y a la Universidad, que ha inaugurado el año académico con la tradicional solemnidad y el reconocimiento que, cada año, la sociedad grancanaria le brinda aprovechando este evento. Todo suena, afortunadamente, a costumbre, a tradición, a ceremonia de siempre. Sin embargo, también es bueno recordar que, hasta no hace mucho, menos de diez años, la universidad no existía aún en Gran Canaria, que, hace escasos ochenta años, se inauguraba el Instituto de Gran Canaria, tras largos años de reclamaciones.

Ya en 1876, por un acuerdo del Ministerio de Fomento, se suprimió el Instituto de Segunda Enseñanza de Las Palmas de Gran Canaria, lo que, en palabras de Luis Navarro Pérez -recogidas en un pequeño opúsculo de «Cartas sobre el Instituto de Las Palmas», publicado por la imprenta del periódico «El Independiente» en 1878-, «causó una impresión dolorosísima en todos los padres de familia, que contaban con aquel centro de enseñanza oficial para educar a sus hijos y prepararlos para los estudios superiores; y vino también a lastimar el interés de la localidad, que contaba ya tener en su seno un establecimiento que aumentaba su importancia y consideración en el Archipiélago. Aunque las autoridades alegaron que se suprimía por razones económicas, pues sólo la capital y Arucas cumplían con las subvenciones para su sostenimiento, los verdaderos motivos se fundaban en el carácter laico y progresista que se respiraba en sus aulas.



Con estos precedentes, y con las aspiraciones contenidas de todos los grancanarios durante cuarenta años, hizo que la inauguración del primer curso del Instituto de Gran Canaria, un 2 de octubre de 1916, se revistiera de la mayor solemnidad que podía ofrecer la ciudad, con unas celebraciones para las que se establecieron unas normas protocolarias extraordinarias.

El júbilo aquel día fue incontenible, mientras las autoridades, precedidas de maceros y con la Corporación Municipal a la cabeza, se dirigían al Teatro Pérez Galdós donde tuvo lugar el solemne acto de inauguración del curso académico. En aquel marco bellamente engalanado para la ocasión, pronunciaron sus discursos los señores Agustín Millares Carlo, José Azofra y D. Juan Melián Alvarado, que ocupaba el cargo de Delegado Regio de Enseñanza. La Orquesta Filarmónica, dirigida por Bernardino Valle, ofreció un concierto extraordinario. Al final, el delegado del Gobierno declaró abierto el curso en nombre de Su Majestad El Rey. La jornada culminó con los fuegos artificiales que, por la noche, se pudieron disfrutar en la Plaza de Santa Ana, con la fachada de las Casas Consistoriales iluminadas, mientras la Banda Municipal amenizaba la velada.

** Septiembre 1996.*




Las noches teldenses de San Francisco

El Barrio de San Francisco, en Telde, diminuto y minucioso, lleno de un íntimo esplendor, que el paso de los siglos no le ha robado, se ofrece, en toda su magnificencia, estos primeros días de octubre para quienes gustan de las evocaciones, de las leyendas, de las historias isleñas. En la inmutable blancura de sus fachadas, en el empedrado de sus callejones, en la sobria y noble fachada de la ermita y el ciprés, las piedras del barrio hablan con su voz de siglos. Con la luna nueva de otoño, junto a la espléndida palmera que, desde esta recogida atalaya, domina en toda su amplitud el barranco de Telde, en un paseo al anochecer, recordé a ese gran artista que fue José Arencibia Gil, pues gracias a su talento, a su ingenio e inquietud creadora este barrio, monumento vivo al pasado insular, pudo restaurarse y llegar hasta la actualidad con la fuerza de su imagen intacta.

Sin embargo, en San Francisco no todo es historia, en sus calles, en sus casas y patios vive una comunidad populosa, joven, inquieta e identificada con la significación cultural que su entorno tiene para la cultura isleña. Esos vecinos convierten el barrio, en los días de San Francisco, en una sola casa en la que las puertas y los pasillos quedan abiertos a todos los grancanarios, a los amigos que, desde las más lejanas latitudes, se sienten aquí como en su propia morada. Las fiestas de San Francisco, con la sencillez y el buen gusto de las fiestas hogareñas, son casi una antesala de los días de la navidad, en el regocijo del ambiente familiar, de amistad, del cariño con que se nos acoge en aquel reducto de la historia y del presente insular.

Es una delicia pasar unas horas de tertulia, con una copa y degustando las típicas tapas que ofrecen los ventorrillos,



en las inmediaciones de la ermita de San Francisco. Se puede conversar con los amigos más inesperados, escuchar la música de los grupos que actúan al anochecer en el escenario erigido al efecto, o de algún timple y guitarras, hasta bien entrada la madrugada, que acompañan a los más espontáneos cantantes. Yo, muchas veces, aprovecho para perderme y deambular, con el rumor de la fiesta como telón de fondo, por las calles del barrio, que, ni en estos días de fiesta, pierden su sosiego, su serenidad blanquecina.

San Francisco cada año ofrece, en estos días, un sugestivo paseo histórico, en el que la voz de los oradores no sólo invita a rememorar el paso, sino que, afianzada en la ilusión de los vecinos, nos conducen hacia el futuro, pues, por fortuna, este es un barrio vivo que nos muestra hoy una identidad a preservar y difundir en toda Gran Canaria.


** Octubre 1996.*

Vegueta recupera una tradición, la Romería del Rosario

Hay tradiciones que algunos se inventan, con los mil y un argumentos, la mayoría de ellos despropósitos sin justificación histórica ni cultural, pero encuentran enseguida un apoyo tan excesivo, como efectivo, amparado en intereses manipuladores de muy distinto signo, y, sin embargo, existen ocasiones en que, envidias, celos y otras alimañas, alimentan un rumor de falsedad cuando se trata de tradiciones verídicas, costumbres que, en su momento tuvieron un enorme arraigo y que, por diversas circunstancias desaparecieron y, la mayoría de la población, las olvidó al cabo de un par de generaciones; mas, cuando se trata de recogerlas, de rehacerlas de cara al futuro, aunando pasado y presente, es curioso como, en multitud de ocasiones, no encuentran el respaldo que merecen, pese a que constituyen una parte indisoluble de la identidad isleña, le pese a quién le pese.

Algo de esto último le ha ocurrido a la Romería de Nuestra Señora del Rosario, en Vegueta, que celebra ahora su tercer año de peregrinación desde Triana hasta la Plaza de Santo Domingo, en la época actual, ya que, para asombro de muchos, esta fue una de las fiestas más sonadas que disfrutaba la ciudad. Las fiestas del Rosario remontan su origen a la fundación del convento dominico, allá por el año 1522. Pronto la victoria en la Batalla de Lepanto, por real orden, se celebró en todas las ciudades y villas de importancia. Aquí se conmemoraba con unas fiestas religiosas y, mas tarde, paganas, que poco a poco, entre la inmensa mayoría del pueblo, perdieron su motivo original, para quedar como unas fiestas tradicionales de Vegueta en la festividad de Nuestra Señora del Rosario.

El año 1900 el programa incluía, la «cabalgata histórica, conmemorativa de la batalla de Lepanto, en la que figura-



rán gigantes y cabezudos, caballeros del siglo XVI y una carroza representando una de las galeras que concurrieron al citado combate. La Cabalgata, acompañada de una banda de música, recorrerá las principales calles de la población». Así describía el programa oficial aquella cabalgata, que salía a la calle a las tres de la tarde, y que hoy encuentra una adecuada y actualizada continuación en la Romería que el sábado 5 de octubre recorrerá los barrios de Vegueta y Triana.

En aquel año del cambio de siglo también disfrutaron los laspalmeños, entre muchísimas otras actividades lúdicas y festivas, de una velada literario-musical en el Teatro Tirso de Molina, que me recuerda la noche del pregón y concierto que ahora organiza la Asociación de Vecinos de Vegueta Alta y la Asociación de Romeros, y, por supuesto, de la procesión de la imagen de Nuestra Sra. del Rosario, acompañada de las de Sto. Domingo, San Francisco, San Agustín, San Pedro, Sto. Tomás y Santa Catalina; parece como que se empeñaban en echar a la calle por un día todas las imágenes disponibles. Hoy son miles de grancanarios, de toda la isla, los que se echan a la calle para recuperar una de las tradiciones más reales de Vegueta.


** Octubre 1996.*



Ceremonias colombinas en Gran Canaria

Con el mes de septiembre se inician, cada año, las actividades culturales y ceremonias que no sólo conmemoran o rememoran, sino que contribuyen, y creo que este es el objetivo principal, a la reflexión sobre el papel de las islas como puente entre pueblos y tierras que, como se suele decir, la mayoría de las veces «sólo de boquilla», deben llegar a ser hermanos de verdad, estrechamente unidos, y que culminan el doce de octubre, efemérides que recuerda el momento en que Cristóbal Colón abrió un nuevo y trascendental capítulo de la historia de la humanidad.

Indudablemente las islas entran de lleno en la historia universal con su vinculación al «descubrimiento» tanto del «nuevo continente», como de las rutas que, desde ese momento, se abren y conducen a las tierras más lejanas, con lo que se inicia la configuración de esa «aldea global», en la que Canarias ocupa un punto estratégico para el encuentro y el diálogo de muchos de sus habitantes. Esto, desde una perspectiva actual, es lo que esencialmente interesa de aquella aventura colombina, lejos de interpretaciones extemporáneas, trasnochadas o mangoneadas, por encima de acontecimientos puntuales, de los que no niego gravísimas consecuencias que aún perduran, y ante las que se debe contribuir generosa y solidariamente; pero la historia es una, y de ella debemos aprender -aunque me da que, más que aprender, lo que nos agrada es en perseverar en errores pasados-, tenemos que extraer ideas consecuentes para construir con acierto un futuro, ese porvenir en el que Canarias, superando cualquier deficiencia o error, y manipulaciones tendenciosas, aproveche esta realidad histórica y geográfica para constituirse como punto de encuentro privilegiado de todos los pueblos atlánticos.




El sábado pasado comenzaron en La Gomera los actos de la XXXVII Semana Colombina, que, según señaló con enorme acierto el Presidente de su Cabildo Insular, Casimiro Curbelo, tiene como objetivo la insularización de estas fiestas pues «no son exclusividad de nada, ni de nadie», con lo que se abre un nuevo y posible camino de entendimiento para que, en un futuro inmediato, se pudieran celebrar de forma coordinada todos los programas y ceremonias de las dos islas colombinas del Archipiélago, Gran Canaria y la Gomera. Así, desde la primera semana de septiembre, en que la Gomera recuerda la salida desde su puerto del Almirante de la Mar Océana, hasta la del doce de octubre, cuando Gran Canaria celebra actividades tan notables como los Coloquios de Historia Canario Americana, se ofrecería un programa único y destacado, con un atractivo enorme para que, desde fuera, se tenga en cuenta a Canarias como la plataforma de encuentro que debe aspirar a ser y ofrecer a la humanidad, basada en su aportación al capítulo trascendental que la historia inauguró con los viajes colombinos.

Ambas islas deben aparecer unidas en este asunto, como lo estuvieron ya en el pensamiento de Colón, quién, según señala Morales Padrón al comentar su «Diario», «con una lógica irrefutable: interesa llegar hasta Las Palmas de Gran Canaria, frente a cuyas costas se encontraba y que era el núcleo más importante del archipiélago y sede del gobernador representante de la Corona; y acercarse a San Sebastián de la Gomera lugar de los señores de las islas no realengas».

II

Las «ceremonias colombinas» en Las Palmas de Gran Canaria toman cuerpo y se definen después de los actos brillantísimos que tuvieron lugar en octubre de 1892, con motivo del IV Centenario del Descubrimiento de América. Es el momento en que se inició la tradicional procesión cívica que, durante décadas, recorrió el trayecto de la ermita de San Anto-



nio Abad, donde se enramaba la placa que señala «Aquí oró Colón», colocada ese año, junto con el monumento que se sufragó por suscripción popular, hasta la Alameda, donde al pie del busto del Almirante tenía lugar una ofrenda floral, que aún se mantiene.

Esta festividad se preparaba con enorme esmero, con un detenido cuidado de todos los detalles, como se comprueba en la crónica de la reunión que, el 10 de septiembre de 1918, convocó Carlos Navarro Ruiz, presidente de la Sociedad Fomento y Turismo, y a la que asistieron también varios cónsules americanos. Navarro Ruiz señaló los deseos de «que este año se celebre en Las Palmas con la mayor magnificencia» para lo que solicitó la colaboración y el entusiasmo de todos los presentes, a los que rogó que apoyasen los trabajos que había iniciado, en este sentido, la Sociedad que presidía. Se acordó celebrar una procesión cívico religiosa al mediodía del 12 de octubre y una gran velada por la noche.

Sin lugar a duda alguna, tras la celebración del IV Centenario, en Las Palmas de Gran Canaria quedó asentada cual debía ser en adelante la ceremonia anual del 12 de octubre, lo que aconteció en los siguientes, y hasta nuestros días, pese a numerosos altibajos en diferentes épocas y circunstancias, y muy por encima de cambios, en algunos casos a mejor, como la transformación de las veladas literarias y musicales en auténticos congresos de historia canario-americana o en encuentros de tipo americanista de diverso signo. Es significativo que, cuando la celebración decaía, siempre se volvía a la estructura inicial de 1892 como propuesta de trabajo.


** Octubre 1996.*



El 98 de Luis Morote

Cuando la sociedad española enfila ya, con un inesperado interés -dada la general indolencia que se detecta ante todo lo que no sea crónica «rosa», «negra», «azul» o similar significación de colores- no sólo la conmemoración, sino la reanudación de la reflexión que se dio hace ya un siglo, como se desprende de muchos de los programas preparados al efecto, por las más diversas instancias, y de las exigencias planteadas por múltiples colectivos socioculturales -así gustan denominarse en los últimos tiempos-, de lo que se conoce como el «noventa y ocho» -aquellos eventos históricos en Filipinas, Cuba y Puerto Rico a los que Canarias estuvo tan vinculada por muchos y distintos motivos-, hay personajes, igual que en cualquier otro asunto, que usualmente suenan más que otros, como en este caso Unamuno, Ganivet, Azorín o Ramiro de Maeztu. Sin embargo, y sin pertenecer, ni mucho menos, a una segunda fila, hay otros autores que florecen, poco a poco, en el huerto de los recuerdos, pues su obra es tan fundamental como la de los demás para comprender aquellos acontecimientos y su consecuencias, caso en el que se encuentra una figura singular como la de Luis Morote, diputado de la mayoría canalejista por Las Palmas, y sobre el que Prudencio Morales, en un artículo publicado con motivo de su fallecimiento, el 4 de marzo de 1913, señaló que la isla «acaba de perder a uno de sus más decididos y constantes paladines»... «Ha perdido Gran Canaria un hijo de adopción, tan nuestro, tan hermano, como si aquí hubiera nacido».

A Luis Morote (Valencia, 1862) no puede ocurrirle hoy -vergüenza nos debería dar- que se convierta para las actuales generaciones de isleños, como ha ocurrido con muchos otros ilustres individuos, en el mero nombre de una ca-



lle. El talante y la generosidad con la que aquel periodista y político -«el periodista es algo más que un instrumento de noticias y una máquina para recibir y reflejar emociones de los hechos»- se entregó a la defensa de los intereses de Las Palmas fueron enormemente aplaudidos en su momento, tanto que el propio Ayuntamiento de esta ciudad, consciente de la situación económica en la que había quedado su familia, concedió a sus hijas una pensión durante cinco años, pues, como señaló el concejal Juan Oramas, «los pueblos, ante todo, deben ser agradecidos».

Luis Morote revive ahora en las páginas de una de sus obras más señaladas, «La moral de la derrota» (1900), publicada en la Colección «Cien años después», que dirige el historiador Juan Pablo Fusi, y con un prólogo extenso de Juan Sisinio Pérez Garzón. Creo que este libro, cuando tanta literatura «novedosa» aparece sobre el «98», es de lectura indispensable para comprender, en el pensamiento y la palabra de uno de sus protagonistas más característicos, unos acontecimientos que, al cabo de un siglo, deben impulsar, de nuevo, la reflexión sobre el futuro, pues, una vez más en su historia, y como aprovechando una segunda oportunidad, con perspectivas muchísimo mejores, «España -en palabras de Luis Morote- como ser que vivió edad larga y accidentada, vuelve a la infancia, pero no para reproducir iguales yerros y tropiezos, sino para que su experiencia de desengaños le sirva de maestra con qué vivir existencia mejor. Esta es la moral de la derrota».

** Octubre 1997.*




Derek Walcott en la Plaza de Santa Ana

La Plaza de Santa Ana ejerció anoche, una vez más en su historia de siglos, como plaza mayor de la cultura, la política y la sociedad grancanaria, cuando poetas de todos los continentes, con el frontis de la Catedral de Canarias como caja de resonancia, la convirtieron en foro del pensamiento más personal e íntimo del ser humano actual. Incluso hubo quién vio a los perros, verdes de tanta resignación, aullar a la luna llena de otoño, que asomaba su rostro entre las banderas flameantes de las Casas Consistoriales; Víctor Doreste les soltaría sus correas, para que corretearan a sus anchas, al menos por esa noche.


Sin lugar a duda alguna, y en el orbe sereno y abierto de la plaza que tiene alineadas sus bellas palmeras como extrañas y singulares cariátides, las obras de los participantes en el «I Festival Internacional de Poesía Las Palmas de Gran Canaria» fueron un medio eficaz para unir o, al menos, para incidir en la necesidad de acercar al conocimiento mutuo a todos los pueblos de la tierra, uno de los objetivos que se han trazado los organizadores del evento. Todos y cada uno de los participantes, con un verso en la mano y una sonrisa en sus labios, se unieron a los isleños que nos acercamos a compartir con ellos tan sugestiva propuesta lírica, que hace de Gran Canaria un auténtico puente cultural entre continentes.

Entre los participantes se ha destacado la presencia del Premio Nobel Derek Walcott, uno de los poetas más grandes de la lírica universal en este final de siglo, este nuevo Homero con el que, desde su libro «Omer», y como señaló Octavio Paz, «a través del recuerdo, de las guerras, del viaje, de la nostalgia de su isla, el mundo clásico desembarca en las Antillas», en una honda culminación de lo que ha sido la histo-



ria de la cultura clásica occidental. Mañana, este hombre que siente y ofrece su alma, su reflexión, dividida entre dos culturas, como se palpa en su poema autobiográfico «Another life», o, de su poema «Un grito lejano de Africa», en el verso que dice «Yo que estoy envenenado con la sangre de ambos», ofrecerá la lección magistral de clausura del Festival. Serán las palabras de un isleño, de un hombre que, sobre todo, se aparece como un símbolo del camino de reencuentro entre los pueblos que debe abrirse en el futuro que ya se inicia, como un representante de quienes, con sus voces múltiples y diversas, pregonan ese mensaje de paz. Walcott ha sido galardonado con el Nobel, pero, como el mismo señaló con ese motivo, «¿Por qué yo? Hay muchos otros que habrían merecido el premio». Desde su grandeza reconoce la existencia, la presencia de otras obras, de otros autores, inmensos, pese a su mayor o menor difusión; poetas que han pasado estos días por Gran Canaria, que anoche, en la Plaza de Santa Ana, llenaron de versos de esperanza el firmamento atlántico, donde Derek Walcott parecía decirle a la luna, una vez más, «Lentamente mi cuerpo crece en un sólo sonido,/ lentamente me vuelvo/ una campana,/ un óvalo, una roca incorpórea,/ yo crezco, un búho,/ una aureola, fuego blanco».

** Octubre 1996.*




Tertulia galdosista con caldo de pescado

Las tertulias informales, amicales, espontáneas han sido una constante muy agradable en el Hotel Santa Catalina desde su fundación, hace más de un siglo, por iniciativa del inquieto empresario Alfredo L. Jones –uno de los pioneros de la promoción turística de Las Palmas de Gran Canaria-, que gestionó las obras del edificio primitivo, realizado en madera, con la intervención de arquitectos tan célebres de la época como James Maclaren, Noman Wight o Laureano Arroyo. El hotel, dirigido en un principio a un público británico, no tardó en acoger también las reuniones de familias y grupos de isleños, que descubrían las excelencias de la zona para el paseo y la conversación.

Ahora, impulsada por la activa Fundación Pérez Galdós, y su Foro de Debate –cuyos destinos rigen el empresario Juan Padrón y el profesor José Joaquín Díaz de Aguilar-, una animada tertulia refuerza esta tradición un viernes al mes, entorno a un sabroso “caldo de pescado” o a una “garbanzada” –según impongan la temperatura del día y la época del año -, que se convierte en un atractivo y eficaz complemento de los debates y conferencia mensuales, dada la estructura que dan a estos encuentros, en los que, sin perder la necesaria y exigible espontaneidad en el trato y la charla, se postula un orden del día gracias al cual las reuniones se convierten en un auténtico y fértil debate, tanto por los temas propuestos, como por las personalidades –invitadas y miembros de la Fundación- que concurren a esta tertulia, bajo la mirada atenta y conspicua de su patrón laico, el grancanario Benito Pérez Galdós, cuya memoria contribuyen a realzar de una forma muy original y cívica.

El pasado viernes tuve la oportunidad de participar en una de estas tertulias, la primera de la temporada y en la que, pese a no llevarse un tema muy definido para su discusión,



al ser el inicio de una nueva serie de encuentros, enseguida aparecieron varios asuntos de actualidad, como la reforma de la Constitución, la situación de la Universidad o la magnífica propuesta de creación de un Parque Marino junto a la costa de La Isleta y de la Playa de Las Canteras, defendida por el prestigioso catedrático Guillermo García Reina, que se mantuvieron sobre mesa y mantel hasta bien entrada la tarde.

Para entrar en materia no se puede eludir un elogio al caldo de pescado que se ofreció, pues sin perder ninguno de los componentes, así como su aroma y sabor netamente isleños, se ofreció magníficamente presentado; en primer lugar apareció el tazón de caldo con el aditamento imprescindible de una buena mata de sabroso hierbahuerto, luego el pescado y las papas, generosamente bañados por los mojos, verde o rojo, a elección, aunque hubo también quienes prefirieron la textura suave del buen aceite de oliva, y, por supuesto, no faltó la escudilla con el rico gofio de millo bien moreno escaldado con el propio caldo.

Tras la discusión serena, aunque sin perder el punto de tensión propio de una tertulia seria, de las de antes, en la que participaron junto con destacados miembros de la Fundación Pérez Galdós, personalidades como la diputada María Bernarda Barrios y el profesor Antonio de Bethencourt Massieu, y con Javier Valcarce de Ponte como moderador –papel nada grato, por cierto, dado el impetu de los tertulianos en ocasiones–, se informó del programa de conferencias hasta diciembre, en el que se encuentran sorpresas de gran interés, como un ciclo de cuatro conferencias, organizado en colaboración con el INCIPE –Instituto de Estudios de Cuestiones de Política Exterior– y la presidencia del Cabildo de Gran Canaria, que adelantará los contenidos de un importante Congreso sobre el Nuevo Orden Mundial, previsto en Gran Canaria para el próximo año.

En fin una tertulia muy al gusto de Galdós –que se hubiera emocionado con el caldo de pescado que coronó el encuentro–, que estoy seguro contribuirá muchísimo a ese imprescindible dinamismo que debe distinguir a todo cuerpo social vivo y progresista.


** Octubre 1998.*



Noche de difuntos

La celebración y las ceremonias que tradicionalmente se han conocido por «noche de difuntos», aunque hoy se ha extendido también el término de «día de difuntos» -en buena parte dado que muchas prácticas y hábitos han cambiado- creo que es uno de los rituales, junto con los llamados «iniciáticos» en la antropología -reparen en como tanto la vida, como la muerte se conjuran en las tinieblas, en el misterio, de la noche, una en la «Nochebuena», la otra en la «noche de difuntos»-, más comunes a todos los pueblos, culturas y civilizaciones del mundo, con independencia de la fecha determinada para el evento y los ojos con que se mire a la muerte como fenómeno ineludible. Lejos de expresiones culturales específicas, entre ellas la puesta en escena, con motivo de esta «noche», de una obra de teatro como el «Don Juan Tenorio», he seguido, desde hace mucho tiempo, con enorme detenimiento, las prácticas tradicionales que se daban y se dan en las islas por esta fecha, y me he encontrado con un camino que lleva más allá de las fronteras isleñas, desde antiguas y olvidadas prácticas de pueblos mediterráneos, hasta las más vivas, coloristas y sugestivas de la mayoría de las comunidades americanas, donde la «noche de difuntos» se convierte en el trasunto de una maravillosa celebración a la vida que danza en esa frontera invisible entre el presente y el más allá que, por esta noche, parece estar aquí.

Aún hoy, con el consentimiento de las autoridades municipales, que disponen lo necesario y despliegan al personal preciso, los cementerios permanecen abiertos hasta altas horas de la noche, en las que el público acude no sólo a limpiar y adornar con flores y alguna foto las tumbas de sus «seres queridos», sino con la intención clara de «pasar un rato» junto a ellos, que, en casos, se convierte en dos o tres horas. En una



ocasión me encontré con un grupo de personas de aspecto oriental que, además, y dentro de sus ritos, comían y bebían, con enorme respeto, junto a la tumba del pariente que visitaban.

Siglos atrás esta celebración tenía una especial relevancia en las islas, y en ella participaban incluso los foráneos residentes o muchos visitantes eventuales, pues, como señaló Víctor Grau-Bassas, en un delicioso cuaderno de observaciones etnográficas -publicado en forma de libro por El Museo Canario en 1980-, que tomó entre 1885 y 1888, cuando recorrió todo el interior de la isla huyendo de la justicia, a causa de un oscuro y nada claro proceso, «son los canarios, por lo general, hospitalarios y convidan con lo que tienen, sin interesar nada por estos servicios». Domingo J. Navarro, en su centenaria obra «Recuerdos de un noventón», dejaba claro que la «Noche de difuntos» tenía el carácter de la última fiesta del año, en cuanto se refería a fiestas mayores de la isla, y en ella «se reunían las familias a jugar a la perinola, comiendo castañas y dulces, que saboreaban con buenas copas de vino rancio y con licores, en festiva francachela, cuentecillos chistosos y alegres bromas».


** Noviembre 1996*



Otoño de regatas

El otoño, en especial las últimas semanas de octubre y las primeras de septiembre, se ha consolidado en Gran Canaria, en las aguas de su Bahía del Puerto de la Luz y de Las Palmas, la antigua Rada de las Isletas, desde hace ya varios años, como uno de los puntos más propicios para las regatas náuticas, tanto con el Trofeo Príncipe de Asturias, que se celebró la semana anterior, como con la gran regata que, en las próximos días cruzará las aguas del Atlántico, al encuentro de las queridísimas Antillas, el Mar del Caribe y «Tierra Firme», al decir de los navegantes del siglo XVI. Pero esta ingente actividad náutica, al menos en sus ideales e intenciones, no es nueva, pues se pueden encontrar antecedentes palpables y bien definidos desde la misma fundación del Real Club Náutico de Gran Canaria, en 1908, e, incluso, ideas y propuestas, que nunca llegaron a cuajar, pero sí a ilusionar los espíritus isleños y a sembrar una semilla fértil, desde muchísimo antes.

Ya la prestigiosa revista ilustrada «Vida Marítima», en su edición del 30 de diciembre de 1911, se ocupaba de las actividades del Real Club Náutico grancanario con enorme interés. En sus cuidadas páginas, que destacaban textualmente como «el clima de Canarias, especialmente el de Las Palmas, no tiene rival en el mundo por su benignidad», a la vez que «su Puerto de La Luz es hoy día uno de los más importantes del Atlántico, pues en el actual año pasarán de 5.000 los vapores de altura que en él han fondeado», recogía los proyectos de la nueva sociedad náutica para organizar muchas y diversas pruebas y regatas de carácter nacional e internacional, con importantes trofeos, para lo que ya habían logrado el apoyo de personalidades como S.M. el Rey Alfonso XIII, la Infanta Isabel, el Marqués de la Vega Inclán, Comisario Regio



de Turismo, el secretario de la Liga Marítima, señor Navarrete, o de socios honorarios, entre ellos el marqués de Valdeiglesias, don Torcuato Luca de Tena, don Severiano Martínez Anido y los diputados por Las Palmas don Luis Morote y don Leopoldo Matos.

Entre aquellos proyectos, aunque no llegó a realizarse nunca -quizá sí; en estas pruebas que ahora, cada año, parten hacia América desde el puerto grancanario, constituidas en dignas herederas de aquel viejo y entrañable proyecto isleño-, se encontraba el de una gran Regata Hispano-Americana, impulsada por el fundador de la entidad, don Gustavo Navarro Nieto, y que enseguida encontró la «anuencia, aliento y consejo» de Alfonso XIII, y a la «que prometió contribuir con importante subvención el Sr. Canalejas que era a la sazón Presidente del Consejo de Ministro», según recoge una crónica editada por el Club Náutico en 1948.

Sin lugar a duda, los isleños, al contemplar el mar, debemos recordar que, como señaló Karl Haushofer, en su libro «Océanos y Grandes Potencias», «el mar es un bien primitivo de todos los hombres, a la par que su perpetuo enemigo mortal desde el comienzo de la Historia de la Humanidad; una fuerza perenne que educa y disciplina, sustenta y derriba, vivifica y destruye, que se ejerce sobre el mundo entero y que, desde la aparición del género humano, favorece e impide a la vez la peregrinación de éste por la Tierra».

** Noviembre 1996.*




Las Arenas de Lanzarote

Lanzarote, que los aborígenes llamaban «Titerroigatra» y cuyo nombre actual unos atribuyen a Lancelote Maloysel, quién, según Bontier y Le Verrier, llegó a construir un castillo en la Isla, y otros a la anécdota protagonizada por Juan de Bethencourt, al que se le rompió su «lanza» al iniciar su conquista, fue descrita, desde la antigüedad, en los textos más raros y dispersos; ya en ellos se aprecia el enorme atractivo y el misterio que sus paisajes, o las narraciones sobre ellos, despertaban en anónimos o lejanos cronistas. Píndaro, en su Oda II, canta, con unos versos que te acunan, llenos de metáforas sugerentes, como «Allí con sus soplos/ las brisas del Océano envuelven la Isla/ de los Bienaventurados; y flores de oro relucen/ unas de la tierra, nacidas de fúlgidos árboles,/ y otras el agua las cría,...». Será o no, pero en estas líneas parecen surgir playas inmensas, rubias, volcanes inquietos, resplandecientes, el Atlántico inmenso en su perenne arrullo, tierras y paisajes de matices encontrados, de luz cambiante, de formas imprevistas, casi imposibles.

Hoy Lanzarote, tras varios siglos de hacerse a sí misma, de pergueñar un carácter y un talante propio, de recorrer lentamente el camino de la historia, para no perder el del futuro, es una propuesta sólida y real de progreso, de desarrollo sostenido y compatible con sus tradiciones, con la estética de su entorno, y, lo que es principal, con una ética isleña que impone una afortunada visión de la existencia y de la naturaleza, que puede ser el mejor regalo que encuentren quienes elijan la isla para su descanso y se dejen impregnar por ella completamente.

He pasado un largo fin de semana en Lanzarote, he vuelto a lugares muy queridos, he recordado amigos de la isla que permanecen en la consistencia de una obra que ya es



parte casi consustancial de su paisaje -Cesar Manrique, Leandro Perdomo, Agustín de la Hoz-, he mirado al pasado, pero también al porvenir, a la realidad que ya se abre paso hacia el futuro; es una visión diferente de la Isla, que se ilumina con el destello de sus arenas limpias, doradas de tanto soñar con el sol. Entre ellas el motor que impulsa su desarrollo, el turismo; un mundo de ocio que aquí es muy diferente, con el talante extraño que contagia la isla. Quizá por ello me parezca acertadísimo el nombre que los Hermanos Domínguez han elegido para su nuevo establecimiento hotelero: «Las Arenas».

En la Costa de Teguisse, un insinuante remanso de singularidades, denominado como «un oasis a la orilla del mar», con un magnífico apartahotel de líneas acordes al estilo del lugar, los hermanos José Abraham y Andrés Domínguez Santana han iniciado una nueva singladura empresarial, han recalado en el mundo del turismo, que estoy convencido les deparará muchas satisfacciones. Son hombres generosos, entregados a su vocación y al servicio de su comunidad, de sus islas. En su nueva casa nos acogieron, el viernes pasado, con un cariño sin límites y con una hospitalidad que dice mucho de la labor que realizarán en adelante con cuantos visitantes reciban y atiendan; creo que es una línea de saber ser y estar que distinguirá a «Las Arenas de Costa Teguisse». Recordé, en aquel entorno, unos versos de Agustín Espinosa, de su *Lancelot* 281-71 : «Salada y blanca./ Desnuda y trapos de colores./ Perfecta ordenación y ornamento./ Mil y una./ Alumna de salinas./ Laberinto de espejos».


* *Noviembre 1997.*



CANAGUA, el agua como cultura

CANAGUA, esa feria profesional del agua, la energía y el medio ambiente, que, desde 1986, ha consolidado, cada dos años, su presencia en Gran Canaria, sin duda el lugar más adecuado y propio para que se concibiera, se desarrollara y se asentara un evento de este tipo, que no sólo relaciona a profesionales y expertos, sino a los ciudadanos, con un mundo en el que el agua, siglo tras siglo, en el devenir de la vida cotidiana, ha dejado de ser un elemento puramente natural, para convertirse en el hecho cultural más importante, que llega a definir la propia idiosincrasia de una comunidad, sus costumbres, sus relaciones con los demás. En Gran Canaria, como en todo el Archipiélago, se puede afirmar sin temor a equivocarse, que la historia del abasto de aguas es la de su propia historia, la de su progreso, la de su posibilidad de afirmarse como sociedad pujante y con esperanzas en el futuro.

Creo que, en próximas ediciones, y existe material y documentos suficientes -incluso obras de arte, clásicas y actuales, directamente relacionadas con el tema del agua-, se podría ofrecer, en el marco de CANAGUA, una sección, o unos metros de exposición, bajo el lema de la historia de una lucha por el abasto a la población y la preservación de los recursos. Florecerían, entre las modernísimas y eficaces tecnologías, los viejos pilares de Santo Domingo, «del Perro», de «Triana», las labores, casi primitivas, de «la Mina de Tejeda» en el siglo XVI, las conducciones de la «Fuente de los Morales», los antiguos molinos de agua -y «el Molino del Batán» sigue abandonado; (dejarán que se pierda uno de los pocos y más antiguos vestigios que quedan!-, entre un largo lote de documentos, de libros e impresos del siglo pasado, de fotos añejas. Sería una mirada al pasado en la que técnicos, profesionales, autoridades, ciudadanos en general, tomarán nue-




vas fuerzas para reforzar la voluntad de asegurar un futuro hidrológico que hoy es posible.

CANAGUA ofrece cada dos años una oportunidad magnífica que, ahora, desde el Consejo Insular de Aguas, se incrementa con actividades de divulgación y formación entre los grancanarios, como el concurso de redacción y de proyectos docentes para alumnos y profesores, respectivamente, que, en estos días, ha organizado, y que mantendrá anualmente de forma paralela a la edición de obras de interés en la materia.

Un trabajo social sobre el agua pasa hoy, en un primerísimo lugar, por la mentalización y la información permanente de los ciudadanos en las novedosas técnicas de producción, consumo, riego, etcétera, lo que permitirá que la gestión de los recursos hidráulicos se sustente en una estructura congruente con el recurso a preservar. Informar y formar es un objetivo irrenunciable, un derecho de los ciudadanos, como una necesidad de los gestores, pues el agua está tan unida a la vida cotidiana y su acontecer, que dejar al isleño fuera de este campo de responsabilidad sería, casi, negarle una buena parte de su propia realización personal.


** Noviembre 1997.*



El tabaco en la historia económica canaria


Salvador de Madariaga, en su obra «Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón», resalta como , desde su primera incursión al interior de Cuba, los hombres del Almirante de la Mar Océana «habían encontrado algo que ha alzado desde entonces más ensueños que el oro y que ejerce más poder sobre los hombres de lo que ejercía sobre sus súbditos el Gran Can» y, sin embargo, Colón «cuando la naturaleza le ponía oro delante en una forma nueva e inesperada, no lo reconoció y lo dejó seguir desvaneciéndose en humo ante sus propios ojos».

Estas Islas nuestras, que tantas penalidades han sido capaces de afrontar y tragarse a lo largo de sus cinco siglos de historia, han debido afrontar una búsqueda permanente de ciertos cultivos, y los productos derivados de ellos, que les permitieran subsistir o, en ocasiones, disfrutar de momentos de esplendor y de progreso que se pueden rastrear y palpar en muy diversos monumentos del patrimonio artístico y documental canario; destaquemos la caña de azúcar, la vid, la cochinilla, el plátano, el tomate, y en la actualidad un nuevo monocultivo como el turismo que, sin ser agrícola, crece y crece sin mucha medida, ni concierto, poniendo al Archipiélago, ó a alguna de sus islas, al borde de los mismos peligros a lo que se vieron sometidas al caer la producción y la exportación de los anteriores. Paralelamente, y aprovechando tanto su singular variedad climática, como su privilegiada ubicación geográfica, se buscaron otros productos alternativos, que las librara del sometimiento que se les imponía a cultivos determinados; así, se experimentó, y en determinados casos se logró afianzar una buena producción, con la seda, el algodón, el aloé, el añil, la batata o el tabaco.



El tabaco, su cultivo y su confección, por muy diversos motivos, pero no se me escapa la honda y permanente vinculación de Cuba y Canarias, se asentó firmemente en gran parte del Archipiélago Canario, llegando a constituir incluso un factor importante de sus tradiciones, identidad y carácter, aunque no fue nunca un sector económico de primer orden. Si su presencia en las islas, al menos en cuanto a su consumo, se remonta a varios siglos atrás, el propio Viera y Clavijo lo menciona en muchas de las páginas de su «Historia de Canarias», sin embargo no será hasta final de la década de los años treinta de siglo XIX cuando, para remediar la difícil situación económica que se atravesaba, instituciones como la Diputación General de Canarias o las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País, buscan introducir el cultivo y la producción de tabaco para su exportación a Europa. En Gran Canaria destacó, con enorme eco, el largo discurso que, en este sentido y ante la maltrecha situación de las exportaciones de cochinilla, pronunció Antonio López Botas en la sesión ordinaria de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Las Palmas, celebrada el 7 de julio de 1861, en el que destacó que «siendo la planta del tabaco una de aquellas que más fomentan la riqueza pública», en climas como el de estas islas, se debía «promoverlo y alentarlos por cuantos medios estén a su alcance». Poco después esta patriótica institución, siguiendo las propuestas de su Socio de Mérito Juan Nepomuceno Déniz, propugnó la creación de una escuela para la enseñanza del cultivo del tabaco en Santa Brígida y otra en Ingenio o Aguímes; el propio López Botas de su pecunio personal –como hizo en más de una ocasión– sufragó el arrendamiento de unos terrenos para que se ensayase el cultivo del tabaco en la isla.

Sin duda, el tabaco ha constituido un factor decisivo en la economía española y de estas Islas en particular, por lo que una reflexión desde el terreno de las ciencias históricas y económicas se hace hoy imprescindible. En esta línea, y tras la experiencia de las jornadas que tuvieron lugar en 1998 en el marco de la universidad de Navarra, estos días la capital



grancanaria ha sido el marco más adecuado para el Curso « El Tabaco: producción, fiscalidad y consumo », organizado por el Servicio de Estudios de Historia de la Empresa, de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, que dirige el profesor Santiago Luxán Meléndez, en el que se ha estudiado la vital importancia que tuvo el tabaco tanto desde el punto de vista de su elaboración y producción, como de la fiscalidad a la que ha estado sujeta su distribución y venta, en un período de tiempo que va desde que el Estado asume la administración directa del estanco, hasta el momento en que la pérdida de Cuba y la posterior Gran Guerra imponen un decidido cambio en la estructura organizativa del estanco. Creo que ha sido una oportunidad destacada para conocer mucho más de cerca la realidad de la historia económica isleña.

** Noviembre 1999.*




Hermanamiento con la Villa y Puerto de Garachico

Pese a que siempre he creído innecesaria la denominación de «hermanamiento», pues nadie puede *hermanarse con quién* ya es su «hermano», para señalar los actos y acuerdos que aproximan y reafirman la voluntad común de dos poblaciones por resaltar y ahondar en los lazos de un pasado que les acerca y de un futuro que se desea afrontar mucho más unidos, no puedo negar la evidencia de la emoción y de los frutos fecundos que rodean la mayoría de estos encuentros, en los que, sin duda alguna, es lo popular, la participación de los ciudadanos y de sus organizaciones, lo que debe primar y lo que les otorga una auténtica trascendencia.

El pasado viernes esta ciudad recibió una nutrida y entusiasta embajada de la Villa y Puerto de Garachico, que venía dispuesta a cumplimentar y sellar un largo y añorado deseo, el de «hermanar» aquella población del norte de Tenerife, fundada por Cristóbal Ponte, Agustín Interián y por Mateo Viña en 1497, pocos años después de la de este Real de las Tres Palmas, y cuya azarosa historia queda reconocida por un elocuente lema en su escudo heráldico: Gloriosa en su adversidad.


En esa adversidad Garachico ha contado siempre con su querido San Ronque –«San Roquito», como le conoce cariñosamente un pueblo que a las cosas más grandes y queridas la menta por su diminutivo, en una curiosa, elocuente y bella contradicción -, patrono oficioso y padre protector de la Villa, cuyo patronazgo ostenta Santa Ana. Así, no es de extrañar que su deseo fuera comenzar la jornada de hermanamiento con una visita y ofrenda a San Roque en la antigua ermita que da nombre a uno de los más populosos y tradicionales riscos capitalinos. Y aquel encuentro, a penas preparado, pleno de espontaneidad, se convirtió en uno de



los momentos mas significativos y lleno de contenido del día. Los vecinos, pese a ser día laboral, aguardaron desde mucho ante de las doce del mediodía, junto al Sr. Párroco, la llegada de sus hermanos garachiquenses, a los que recibieron entre voladores, repiques de campanas y aplausos interminables. Ya dentro de la ermita, tras escuchar las palabras de bienvenida, a las que contestó el joven, inquieto y prestigioso Alcalde de Garachico, Ramón Miranda Adán, se cantó el Himno a San Roque por los vecinos de su barrio laspalmeño, a lo que respondieron los integrantes de la embajada de la Villa y Puerto ofrendando sus tradicionales «cañitas» –unas cañas decoradas con cintas de colores, que quieren emular el báculo sagrado del Santo- y dando los tres gritos impresionantes del tradicional «Ajjide». Sin duda, unos momentos más que emotivos, donde se fraguó el hermanamiento en su sustancia más popular.

Por la tarde, en las Casas Consistoriales de la Plaza de Santa Ana, tuvo lugar el acto oficial de este hermanamiento que el Alcalde, José Manuel Soria, no dudó en considerar, y no se equivocaba, como una de las tres ocasiones más sentidas de las vividas durante los tres años que lleva al frente del Ayuntamiento laspalmeño. Una hora larga duró la ceremonia en la que sonaron palabras sencillas, pero llenas de sentimientos, de verdades, del cariño que caracteriza la conversación de dos hermanos que se encuentran y se funden en un abrazo. Entre el público el vicepresidente del Cabildo, Juan Andrés Melián, diversos Cónsules, directivos de entidades socio – culturales y algunos hijos de Garachico residentes en Gran Canaria como José Moriana Santiesteban y Jabobo González. El poeta y crítico de arte Chano Sosa, en su lección histórica, recordó todo aquello que hace paralelas las historias de ambas poblaciones.

Tras conversar con las gentes de Garachico, con su atento y amable Alcalde, al conocer un poco más de sus costumbres, de sus iniciativas, de sus esperanzas, me convencí de que aquella calle de mármol blanco, reluciente, que según la leyenda había en el centro de la población en sus años de esplendor siglos atrás, y que una erupción volcánica se llevó



por delante en pocas horas, existe hoy también pero en lo más hondo del corazón de cada garachiquense, señalando su espíritu generoso, limpio, solidario, con el que ahora acogen a sus hermanos laspalmeños.


** Noviembre 1998.*



FORESTA, los amigos del árbol

Gran Canaria fue, durante siglos, sometida a la tala y al aprovechamiento masivo de sus bosques, de las enormes extensiones donde muy diversas especies se enseñoreaban de un paisaje hermosísimo, singularmente atractivo, cuyo rastro se pierde en la noche de los tiempos y del que apenas queda hoy el recuerdo endeble, pero siempre elogioso y lleno de admiración, de algunos viajeros de otros siglos. Ante este panorama, la Isla tiene hoy que desandar ese camino de siglos y llenar de árboles todo el espacio posible, restaurar su paisaje con su flora, con sus bosques.

Afortunadamente, y pese a que el amor a los árboles no sea, por desgracia, la nota que caracterice a la sociedad grancanaria en su conjunto, y a la mayoría de quienes la integran –se talan tontamente muchos árboles cada día; hay urbanizaciones de casitas donde no se aprecia ni un pequeño árbol; en muchos jardines desaparecen ejemplares con más de un siglo, pues a sus dueños parecen molestarles, etcétera; sin darse cuenta que no sólo son imprescindibles para la vida, sino que son parte ineludible de la cultura humana, claro que quienes hacen estas cosas, por muchos estudios y dinero que tengan, realmente lo que manifiestan es su trágica y honda incultura-, si que existen muchas otras personas y algunas entidades auténticamente preocupadas por el árbol y su cometido, tanto en la naturaleza, como en el seno de la sociedad, como es el caso de FORESTA, la Fundación Canaria para la Reforestación, constituida no hace mucho tiempo y que, tanto desde un sincero y arraigado amor a los árboles, a la naturaleza en su conjunto, como desde una seria y consciente preocupación por lo que todo ello representa para el futuro y el porvenir de un territorio insular como este, se ha propuesto




ya la realización de diversas acciones de formación, concienciación y replantación de la isla.

Sin embargo, el amor por los árboles y por su conservación no es un hecho insólito, ni ajeno, en la historia de Gran Canaria, pese a que en épocas se constriñera a grupos muy reducidos y a que persisten amplios sectores sociales para los que el árbol no sólo no significa nada, sino que les supone un estorbo. Si ya Cairasco de Figueroa en el siglo XVI dedicó versos encendidos a los bosques isleños, como uno de sus símbolos de identidad a salvaguardar, a finales del XVIII, con Viera y Clavijo al frente, la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Las Palmas inició una campaña constante y valiosa, que no ha dejado nunca, en favor de la repoblación forestal, del árbol, a la que ha contribuido con enormes esfuerzos materiales y personales. En la actualidad, y desde hace algunas décadas, el Cabildo de Gran Canaria realiza una labor enormemente satisfactoria, que ha permitido contemplar como un manto verde vuelve de nuevo, poco a poco, a colorear el rostro de la isla.

Pero no bastan los esfuerzos oficiales o de instituciones, como la señalada u otras organizaciones de todo tipo, sino que es necesario concienciar en esta tarea a cada uno de los ciudadanos, pues los beneficios de todo ello, o los graves males que traiga consigo un arboricidio permanente, les afectará a todos en la calidad de su vida cotidiana.

Esto lo comprendió perfectamente el periodista y orador Francisco González Díaz, a quién, por su defensa entusiasta del árbol isleño entre sus conciudadanos, se le conoció, al igual que a Joaquín Costa, como "el Apóstol del Árbol". Entre sus iniciativas, que se recuperó durante algunos años, estuvo la creación de "La Fiesta del Árbol", que se celebró por vez primera el domingo 4 de febrero de 1912, organizada por la "Sociedad de Amigos del Árbol", que él mismo presidió, y en la que niños de esta capital y de Gáldar plantaron arbolitos en la calle Perojo.

Ahora es FORESTA quién retoma este testigo con enorme inquietud y vocación; hoy mismo han procedido a



una plantación de árboles en la finca denominada “La Umbría”, en las inmediaciones de la Caldera de Los Marteles, en la cumbre, a la que han invitado a numerosas representaciones sociales e institucionales, pero desde el convencimiento de que su trabajo, como Fundación, no se limita a preparar un «Día del Árbol» cada año, sino a una labor permanente y constante en todos los frentes que este grave asunto requiere hoy. En este final de siglo, a la vista ya de un nuevo milenio, en Gran Canaria es necesario que el «árbol» sea una «Fiesta» y se festeje cada día, en cualquier momento, y por cualquier motivo.


** Noviembre 1999.*



San Juan, una cometa y un sueño

El Barrio de San Juan, nuestro viejo y queridísimo Risco de San Juan, que al contemplarlo nos sugiere siempre los bellísimos versos de «Risco risquero mi risco,/ tarrillito de pastillas,/ con tus puertas coloradas y tus casas amarillas ...» que, a modo de hondo suspiro, dedicó Víctor Doreste a los riscos laspalmeños, ha sido siempre una ineludible cometa que planea sobre Vegueta, sobre la ciudad en su conjunto; una cometa que ha flameado, firmemente afianzada en los vientos atlánticos, sobre la vida cotidiana y los sentimientos de todas y cada una de las generaciones de los habitantes de esta ciudad desde hace más de tres siglos, cuando, en los últimos años del XVII, al levantar la vista, se podía contemplar ya la sencilla y sugestiva ermita, dedicada a la advocación de San Juan Bautista –su construcción data de 1614, aunque a lo largo del siglo XVIII y a principios del actual, sufrió diversas reformas–, y el grupo de pequeñas y modestas casas que se levantaban en sus alrededores; casas que con el tiempo constituyeron un núcleo enormemente interesante para acercarnos ahora a la antigua arquitectura popular.

Hoy sus habitantes han hecho de este «risco» un barrio populoso, inquieto, lleno de esperanzas e ideales, una comunidad de vecinos que, bregando con la realidad del presente -y siendo mucho lo que han logrado sacar adelante, aún resta otro tanto sobre el que ponerse a la obra–, desea para sus hijos, para las venideras generaciones sanjuaneras, un futuro muy luminoso en el que el barrio se consolide como un ejemplo de comunidad viva, participativa, solidaria, generadora de esa idiosincracia y cultura isleña a la que los viejos riscos han aportado mucho, aunque esto aún no se haya percibido en toda su trascendencia e importancia.



Esta semana el barrio celebra la octava edición de una semana cultural que, bajo el nombre de «La Cometa 99», pretende ser exponente de esa inquietud que les señala como comunidad de vecinos, pero que a la vez les da la oportunidad, según señala en su texto de presentación el presidente del Gobierno de Canarias, Roman Rodríguez, de recoger del pasado «todo lo que nos sirva para asir el futuro con fuerza, nuestras tradiciones son el anclaje en el que debe asentarse el camino hacia la modernidad».

Cuando en la mañana del próximo domingo, a la hora de la magnífica «Suelta de Cometas» en el Tanque Blanco, con la que cada año culminan estas jornadas socio-culturales, miremos hacia lo alto de San Juan estoy seguro que veremos a un barrio convertido en una auténtica bandera ciudadana que flamea a los vientos del progreso y del futuro de Las Palmas de Gran Canaria. ¡Feliz suelta de cometas, amigos; con sus sueños y deseos, que eso es sobre todo una cometa, volarán los de todos los laspalmeños!


** Noviembre 1999.*



Cairasco y las Infantas

Cairasco de Figueroa, desde su pedestal, deliciosamente tallado en cantería grancanaria, con motivo del homenaje que se le hizo hace poco más de un siglo, ha sido y es testigo de los principales acontecimientos de la vida cotidiana de los laspalmeños. Sólo el contemplarle, en la quietud del anochecer, bajo el toldo de las palmeras de su plazoleta, impasible, «viendo pasar el tiempo», me impulsa, como a muchísimos isleños, a refrescar la memoria, a recordar acontecimientos históricos, ocurridos en aquel entorno, que dejaron su impronta en el devenir de la historia local y, en algún caso, hasta nacional e intercontinental.

Esta zona entrañable de Las Palmas de Gran Canaria, de la que salieron pobladores y productos que enraizaron con carácter propio en el Nuevo Mundo, casi desde los mismo años de Cristóbal Colón, fue testigo, en 1910, de una visita que despertó el interés y el cariño de los isleños. La Infanta Isabel de Borbón, hija de Isabel II, Princesa de Asturias en dos ocasiones, y persona de enorme popularidad en toda España, que se distinguió por su solidaridad permanente con los más necesitados, la protección que dispensó a numerosos artistas y su enorme afición a la música, fue acogida en Gran Canaria con entusiasmo y en medio del clamor popular. Corría un año jubiloso en la ciudad, que vio su viejo tranvía de vapor sustituido por otro eléctrico, que disfrutaba de un nuevo periódico, «La Mañana», fundado por los periodistas Rafael Ramírez Doreste y Domingo Doreste, en el que destacarían muchas plumas insulares, entre ellas la de Franchy Roca, o celebraba el triunfo de Tomás Morales y Rafael Romero Quesada -Alonso Quesada- que se hicieron con el primer y segundo premio, respectivamente, en unos Juegos Florales en los que ac-

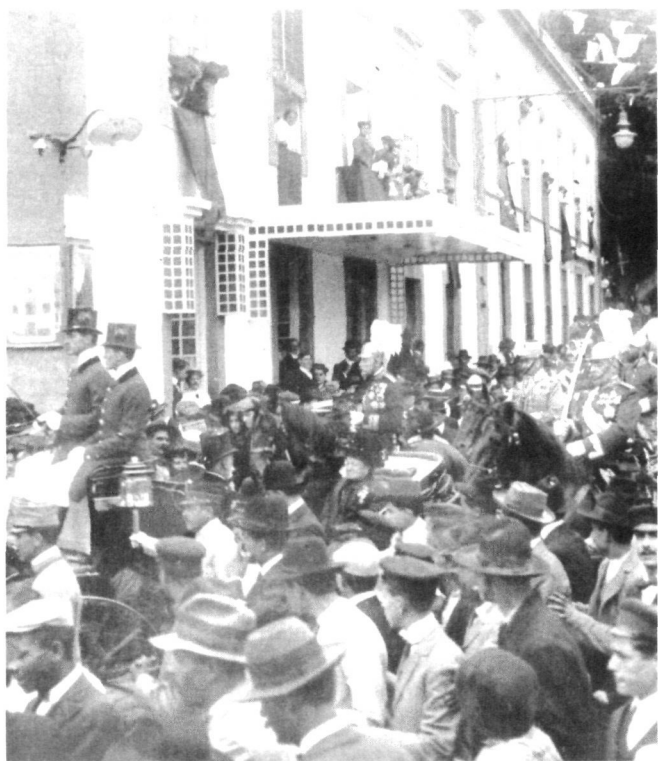


tuó de moderador Miguel de Unamuno. En medio de todo ello, del ambiente de complacencia en el futuro que ofrecía el desarrollo turístico importante que ya se daba, la visita de la Infanta Isabel, a una isla que nunca contó con muchas visitas de miembros de la Familia Real, se recibió con enorme satisfacción y con unas ceremonias que la ciudad nunca olvidó.

Con Cairasco, gracias a una vieja foto, me adentro en el vistoso cortejo que, junto a su plazoleta y con dirección a Vegueta, a través de la calle del subgobernador Muro y del viejo puente de Verdugo, en coche de caballos y con escolta de oficiales del Regimiento de Caballería, llevaba a la Infanta rodeada de cientos de isleños, entre la solemnidad que correspondía y el cariño espontáneo de la población.

Recordé todo esto, la noche del viernes pasado, cuando, sentado en el viejo Café Madrid, muy cerca de Cairasco, vi llegar, junto a algunos amigos, la mayoría participantes en la regata «Príncipe de Asturias», que estos días se disputa en aguas de la Bahía de las Isletas, a Su Alteza Real la Infanta Cristina, para descansar unos momentos de un paseo detenido por Vegueta y aquellos aledaños, que también conoció y disfrutó su antepasada la Infanta Isabel. Cairasco de Figueroa, en los que fueron sus jardines, ha conocido a una nueva Infanta; indudablemente el tiempo ha pasado, son otras las formas y las costumbres, pero no el cariño profundo de los isleños.


** Noviembre 1996.*



La infanta Isabel en su recorrido por Las Palmas de Gran Canaria, en la foto la Alameda de Colón y la calle Muro, durante su visita del año 1910.



Las terrazas de verano actuales tienen un precedente directo en las que durante décadas disfrutaron los laspalmeños en la Plazuela de las Ranas junto al Barranco del Guiniguada.




El Príncipe de Asturias en la Catedral de Canarias

Hoy, tras cumplimentar a las autoridades municipales en su histórico edificio, el Príncipe de Asturias atravesará la Plaza de Santa Ana al caer de la tarde, en uno de los más bellos y serenos momentos que se pueden disfrutar en este entorno - como le gustaba aseverar a Néstor Alamo-, para efectuar una histórica visita a la Catedral de Canarias, el primer y más grandioso monumento de las islas, erigido, hace ya casi cinco siglos, por señalamiento expreso de los Reyes Católicos, hecho público en abril de 1478, para atender los deseos del Papa en este sentido, y convertido, al paso de los siglos, en expresión de la voluntad tenaz de los isleños, que, poco a poco, siglo tras siglo, supieron poner todo su empeño para que esta fuera una hermosa realidad pétrea que les identificara.


La presencia de D. Felipe en la Catedral de Canarias, para conocer de cerca el proceso de restauración que se culmina en este templo, llevado a cabo con ejemplar minuciosidad por el arquitecto Salvador Fábregas Gil -cuyo nombre ya se debe incluir en la lista de arquitectos de la Catedral junto a los de Diego Alonso Montaude, Pedro de Llerena, Juan de Palacios, Martín de Barea, Pedro de Narea, Diego Nicolás Eduardo o José Luján Pérez-, permite asegurar que las esperanzas de culminar «la obra de Santa Ana» -como la conocían los isleños de siglos anteriores-, de elevar el edificio que falta en la zona norte a este complejo catedralicio, no están perdidas. Se trata, sin duda alguna, de un esfuerzo enorme, pero no mayor del que tuvieron que hacer nuestros antepasados, con menores medios técnicos y recursos económicos para legarnos la Catedral de la que hoy nos enorgullecemos.

Creo que todos los grancanarios debemos regocijarnos por la iniciativa de esta visita de S.A.R., que se convertirá



en una de las más oportunas y significativas de cuantas realice durante su estancia en el Archipiélago a lo largo de la presente semana. Las «campanas de Vegueta», las campanas de la Catedral, fundidas en Manilas en el siglo XVII, y bendecidas en 1738 por el Arcediano de este templo D. Domingo P. Alvarez de Abreu, a las que se pusieron los nombres de Sta. María de la Antigua, S. Pedro Apóstol, Sta. Ana, S. José y S. Juan Bautista, y restauradas recientemente con el concurso de los isleños, deberán tocar esta tarde, en todo su esplendor, para anunciar la visita de su Alteza. En su repicar parecerá que resuenan nuevamente los versos de quién fuera canónigo de este templo catedralicio y primer gran poeta de las islas, Bartolomé Cairasco de Figueroa, que le dicen a D. Felipe «Esta es la Fortunada y Gran Canaria, / de las islas atlánticas princesa, do esparce el cielo su virtud plenaria / y pone a los sentidos rica mesa / con diligencia tan extraordinaria, / que hizo a todo el orbe ilustre presa / de lo mejor que en él se guarda y sella, para tenerlo con ventaja en ella». Y las notas de las «campanas de Vegueta», repicando, se irán al mar, a los vientos del Atlántico, al corazón de cuantos la escuchen en esta tarde tan señera. Después deberá quedar el compromiso de, entre todos, hacer posible que, cuando la Catedral cumpla muy pronto su quinto centenario, las obras en el solar del lado norte estén culminadas en su totalidad.

** Diciembre 1996.*




Jinámar, la caña dulce y La Concepción

Jinámar, una año más, vive y disfruta de sus fiestas en honor de La Concepción, que el pueblo y la tradición han querido denominar también como de «la caña dulce», ese quijotesco y sabroso producto de aquellas tierras que, siglos atrás, se diera en la mayoría de las zonas de cultivo de la isla, impulsara la construcción y la actividad de numerosos batanes e ingenios azucareros, a la vez que condicionara toda la actividad económica isleña. Hoy la caña de azúcar, desde Jinámar, se mantiene como un símbolo tanto de la fecundidad generosa de los huertos de aquel valle fértil – sobre esta zona existe un succulento y bellissimo texto de Luis Morote-, como de una parte de la historia insular que, por muy diversos motivos, nunca debería olvidarse.

Esta fiesta, cuyos orígenes se adentran en los primeros años del poblamiento de la zona, pues parece que, cuando el Obispo Diego de Muros en 1506 obligó a que se respetara la Festividad del 8 de Diciembre en honor a la «Concepción de Nuestra Señora», por Jinámar ya se celebraba, ha arraigado muchísimo en toda Gran Canaria; no es difícil encontrarse, cada 8 de diciembre, o en días anteriores señalados, como el de «La Chupada» -curiosa comitiva, junto a una carroza, repleta de caña dulce y bien engalanada, animada por una banda, que recorre las calles del pueblo-, a amigos y personas de todos los rincones de la isla, con la sana pretensión de disfrutar y compartir tan afamadas celebraciones.

Hace algunos años, con la inauguración de las nuevas viviendas del «Polígono de Jinámar» -que florecieron donde antes lo hacían los inmensos platanales de la «Finca de la Condesa», de la que aún se conserva su hermosa casa solariega-, la zona inició un proceso de transformación absoluto, aunque,



al transcurrir de los años, se puede comprobar como, afortunadamente, muchas de sus costumbres y su idiosincrasia se han mantenido, se han reforzado en alguna medida y han contribuido a una cierta integración entre las dos zonas de este valle, que tiene, en el centro mismo, a la vista de una y otra, la parroquia que, como antes la vieja ermita del siglo XVI, custodia la imagen de Nuestra Señora de la Concepción -aunque la talla actual data del dieciocho-, llegada hasta allí desde la playas de Jinámar, según cuenta una vieja tradición. Indiscutiblemente Jinámar, el 8 de diciembre, celebra uno de los días grandes de Gran Canaria.

** Diciembre 1996.*




La Reina de la Luz

La luz, un elemento natural imprescindible para la vida y la naturaleza, se convierte, desde tiempos remotos, en símbolo, en elemento sacralizado, de muy diversas comunidades humanas, que llega a ser parte ineludible de sus culturas.

Es el caso, aunque con matices diferentes, de dos pueblos como el sueco y el canario, para quienes la luz conjuga y define, en gran medida, su identidad, su forma de contemplar el entorno y organizar su existencia, sus sentimientos y su mundo espiritual.

Ahora, y desde hace ya treinta años, la «fiesta de la luz», entorno al día de Santa Lucía, permite el encuentro solidario y el hermanamiento de suecos y grancanarios que, juntos, coronan a sus reinas de la luz una que llega desde las tierras de infinita belleza gélida y del sol de medianoche de Luleo, en el norte de Suecia, y la otra desde la inalterable, templada y diáfana claridad de la caldera de Los Tirajanas. Ambas, ceñidas por la misma corona de luz, que señala vida y verdad, constituyen un hermoso pregón de amistad y paz.

Si es cierto que se desea convertir el turismo en una auténtica experiencia transcultural en la que los pueblos, conscientes de que el aislamiento sólo puede conducir a la infertilidad, tengan la oportunidad de conocer sus respectivas culturas, de intercambiar sus ideas, de valorar las aportaciones mutuas, es indudable que, en los 31 años de relación entre suecos y grancanarios, a través de las actividades del Patronato de la Reina de la Luz, reside una oportunidad única para la concurrencia con unos pueblos y unas culturas nórdicas, que siempre han mirado con enorme cariño, interés y respeto a todo lo canario.



Creo que la experiencia de la «Lucía Sueca», como se la denomina popularmente en Gran Canaria, constituye todo un hito importantísimo de confraternización intercultural. Prueba de ello no sólo es la participación decidida de la comunidad sueca de la isla, que se vuelca entusiasta en todos los actos, sino la colaboración altruista y animosa de organismos oficiales, empresas, personalidades y ciudadanos que hacen posible la organización cada año de un atractivo y amplio programa. Cuando hoy, en el orbe cosmopolita de Maspalomas, la Reina de la Luz de Luleo y la de Los Tirajanas sean coronadas, Suecia y Gran Canaria constituirán, una año más, un ejemplo vivo y palpable de la exigencia que deben tener todos los pueblos del mundo por encontrarse a través de sus respectivas culturas.

** Diciembre 1996.*



La Romería de los Labradores

Junto a la festividad de Santa Lucía, la coronación de la «Reina de la Luz», la «Concepción», por Jinámar, Agaete y otros pagos insulares, la preparación e inauguración de «los Belenes», los concursos de villancicos, las comidas y reuniones de empresas, sociedades, amigos, o la celebración de la Virgen de la Esperanza, surge cada año, de forma tan espontánea e invariable como el musgo, la flor de pascua o la lluvia por las medianías y cumbres, en el domingo previo a la Navidad, la «Romería de los Labradores» en Santa Lucía de Tirajana, donde se dan cita no sólo labradores, gentes de campo y de costa, junto a numerosísimos isleños y foráneos, que desean participar por unas horas de un ambiente con alma y forma netamente grancanarias, sino quienes, desde este caminar romero, ya presienten que la nochebuena esta cerca, que la Navidad ha llegado un año más.

Son muchas las romerías que jalonan el calendario festivo de Gran Canaria, en especial desde hace unos pocos años, gracias a la labor de rescate que han emprendido numerosas personalidades apoyadas por asociaciones de fiestas y de vecinos, por entidades privadas y, casi siempre en última instancia, pues la burocracia padece de una imperdonable ceguera, por las instituciones públicas; sin embargo, son pocas, poquísimas, las que mantienen la personalidad, el gusto por la intimidad local, el sentido de lo propio que irradia desde Los Tirajanas la «Romería de los Labradores».


Pese a todo ello, diría también que se deben cuidar mucho ciertos detalles, procurar ser muy exigentes, para conservar una tradición que hoy constituye un rico patrimonio de Gran Canaria. No sólo basta con promover la utilización del traje típico y de las vestimentas campesinas, sino que ha-



brá que procurar desterrar, poco a poco, la ruidosa presencia de furgonetas transformadas en carrozas, de los tractores y de cualquier otra máquina vibrante como fuerza de tiro, pues nada hay más bello, y llama más la atención, que cuando aparece un carro engalanado y tirado por una yunta de bueyes, por mulas o por algún que otro borrico.

Un año más he visto a los labradores, junto a cientos de grancanarios y de visitantes de muchas otras latitudes acompañar, por calles, carreteras y caminos, a la imagen de Santa Lucía que, de sencilla, resulta enormemente bella entre sus hijos, entre todos los que en su peregrinar sentimos que la luz de la Navidad ya está muy cerca.

** Diciembre 1997.*




Un perrillo en el Cabildo

Los actos solemnes, las ceremonias de todo tipo, los eventos de la vida pública, tienen usualmente a personalidades, a ilustres y distinguidos ciudadanos, políticos, profesionales, representantes de entidades, entre un largo etcétera, que, en mayor o menor medida, acaparan la atención y el interés de sus semejantes en un momento determinado.

Sin embargo, hay ocasiones en que este protagonismo social se lo lleva un ser, o en otras algún objeto llamativo, que, sin perseguir protagonismo alguno, se convierte, por un buen rato, en el centro de todas las miradas; y yo diría que hasta de la expresión de los sentimientos más sensibles de los presentes.

Algo de esto ocurrió la mañana del pasado lunes en la planta principal del Cabildo de Gran Canaria, en su sede de la calle Bravo Murillo. Mientras el Presidente y otras autoridades recibían al Sr. Solana, Secretario General de la OTAN, en un despacho contiguo, un pequeño cachorro de "perro callejero" –algunos les llaman simplemente "mil leches" –, se coló inesperadamente y subió hasta el pasillo de estas estancias nobles de la primera institución insular. Era un perrillo de corte muy gracioso, diría que hasta guapo, que lo observaba todo con enorme curiosidad y atendía enseguida todas las carantoñas y caricias que le hacían más de uno de los presentes, funcionarios, escoltas y periodistas que ejercían sus labores profesionales en aquel lugar.

Recordé enseguida la ineludible novela "Faycan", de Víctor Doreste, y, una vez más, me pareció ver a los perros de Vegueta deambular por la ciudad a sus anchas, como por su casa, sin entender muy bien las acciones y el comportamiento de quienes escuchaban que eran "humanos", aunque en



muchas ocasiones les tiraran piedras o les maltrataban, y ellos tenían que huir rápidamente por los senderos del barranco.

El perrillo del Cabildo se ganó enseguida el cariño de todos los presentes, y hasta Paco, un inteligente y buen fotógrafo de prensa, se lo llevó a dar un paseo para enseñarle el camino hacia la calle. Todos coincidimos en que aquella impensable e inesperada presencia del “chuchito” era una señal más del tiempo de Navidad que ya llegaba y en el que todos debemos trasladar el protagonismo de la vida cotidiana a todos esos seres y objetos que, pese a su aparente humildad, son muy importantes para estimular nuestros sentimientos más nobles, para hacernos comprender la necesidad de ser solidarios, de querernos mucho más.

Así recordé también como “Faycan”, el perro protagonista de la novela de Víctor Doreste, aseguraba que “nosotros, criaturas de nuestra raza –y esto lo ignoran los hombres – somos seres de muy flaca memoria. ¿Cómo, si no, podríamos perdonar y hasta querer a los terribles niños, a los hombres despiadados y al amo despótico? Les perdonamos porque olvidamos sus agravios.”

El lunes pasado aquel inesperado y simpático perrillo fue un hermoso, íntimo y eficaz complemento para el mensaje que traía el Sr. Solana sobre la necesidad de preservar la paz a toda costa.


** Diciembre 1998.*



«El Plátano» como galardón

A nadie se le esconde que la vitalidad de un pueblo, su inquietud, su capacidad para afrontar el porvenir y esa indispensable alegría, necesaria incluso para afrontar con eficacia los hechos más difíciles y dolorosos, se detecta, en gran manera, por su disposición a agruparse en las más diversas e inesperadas asociaciones; algo de esto ya lo han constatado autores claves como Charles Alexis de Tocqueville, y yo lo encontré, desde un primer momento, en aquel grupo dinámico, feliz y hondamente preocupado por lo más auténtico de sus islas, a las que temía ver a la deriva, alejadas del rumbo de sus tradiciones, de su historia, de sus sentimientos, si sus hijos, todos y cada uno de sus habitantes, no atendían a una realidad que exigía su imbricación inmediata. Así, a la sombra del Roque Nublo, palpando con sus manos aquel monolito sagrado, y animados por el indesmallable Alfredo Schamann Ramos, se constituyó la Fundación «La Solana», que en su aún corta existencia ya ha dejado profundas y fecundas huellas en su caminar.

Cuando vemos cuantos premios -que siempre son necesarios para estimular la labor de quienes los reciben y animar a otros en el mismo camino- se dan de forma burocrática, automática, con jurados que responden a intereses organizados, que terminan por no significar nada más allá de un mero y brillante ceremonial, la Fundación La Solana sorprende a sus conciudadanos con la entrega de unos galardones llenos de sentido, de hondo sabor isleño, de solaparse jurado y galardonados en un mismo objetivo, en un único camino, «la labor realizada y los méritos contraídos en favor de «lo nuestro»; es la voz del pueblo que reconoce y distingue a otra parte de ese pueblo, otorgándole un galardón que lleva por nombre uno de los productos que más ha dado esperanzas y



recursos al isleño durante décadas, «el plátano» -y no olvido que también cruzó «el charco» desde Gran Canaria y se asentó en casi toda América-. La Fundación La Solana, el pasado viernes, con la entrega del «Galardón el Plátano 1996», a 30 personas, instituciones públicas y privadas, grupos folclóricos, deportistas, sociedades benéficas, agricultores, romerías, etc..., demostró no sólo que este es un Archipiélago muy vivo, sino cual es el que el isleño de a pie quiere, al que da su reconocimiento y su simpatía.


** Diciembre 1996.*

El potaje más grande del mundo

«¡Vaya potaje, caballero! De aquí se come hasta fin de año!», exclamaba entre asombrado y escéptico uno de los asiduos del Parque de San Telmo que en aquellas inmediaciones, desde hacía muchos años, había asistido a las más diversas e inesperadas actividades, pero nunca a esta de comerse cuatro platos de potaje con gofio, queso de San Mateo y unos buenos vasos de vino tinto del Monte Lentiscal, y, después de que sirvieran más de dos mil raciones, aún quedaba potaje como «para parar un carro».

La verdad que yo tampoco recordaba una comida tan abundante, al menos un potaje tan inmenso, desde aquellos banquetes que preparaba el famoso «compadre Molina», en las casonas de Vegueta y Triana, allá por la primera mitad del siglo XIX, y que Domingo J. Navarro describe entre perplejo y admirado. Allí a la sopa, de caldo sustancioso, le seguía un tradicional puchero, similar al que hoy dicen «de las siete carnes», luego se servían diversos guisos, como albondiguillas, riñones en tomatada, o el genovesado de revoltillos y patas de carneros, para continuar con viandas fuertes como dos pavos asados, una hermosa bola de carne mechada y un cuarto de ternera rodeado de papas asadas en su salsa; los postres eran numerosos y variadísimos, no faltando los huevos moles y los delicados dulces de los conventos de monjas. Eran otros tiempos y, a la hora de comer, como de casi todo, no había prisa alguna, se disponía cada persona a participar en un auténtico ritual de confraternización, alrededor de una mesa, que se prolongaba durante varias horas.

Con ese mismo espíritu de lo íntimo, de gran canariedad -y uso el gentilicio con la satisfacción de que por fin la Real Academia Española de la Lengua lo ha recono-



cido oficialmente, tras una gestión oportuna del Presidente del Cabildo, José Macías Santana-, cocinaron, el domingo pasado, Agustín Artiles y Mariano Gracia, ayudados por alumnos de la Escuela de Formación Profesional, un potaje que se convirtió en una tradición a repetir cada año en la antesala de la Navidad. Sus organizadores, señores Hormiga y Ramos, con el apoyo de Mercalaspalmas, se han hecho acreedores de un reconocimiento amplio no sólo por el «potaje más grande del mundo», sino por lograr aunar tantas voluntades para una jornada de convivencia ciudadana llena de civismo, cordialidad, entusiasmo por lo propio y satisfacción por disfrutar tan intensamente de uno de los rincones con más tradición de Las Palmas de Gran Canaria.


** Diciembre 1996.*



Venezuela, Venezuela

Cuando llegue a Caracas por primera vez, hace muchos años, era ya de noche y, en la oscuridad de la enorme autopista que sube desde la Guaira, me llamó la atención y me sedujo la infinidad de lucecitas que iban apareciendo en las laderas de las montañas que nos rodeaban; me sentí inmerso en la Navidad, atraído por un inmenso abeto lleno de luces y estrellas luminosas, por un Belén muy peculiar y enorme. Sin embargo, aquella Navidad apócrifa, que sólo cantaba en mi imaginación, y que al día siguiente se trastocó en toda la terrible realidad de miles de "ranchitos", esas viviendas improvisadas y provisionales que se han convertido en definitivas para millones de seres humanos, se ha revelado ahora, al paso de los años, con toda la capacidad de hipocresía con la que usualmente se la suele entender. De aquellos barros estos lodos que hoy, por un inesperado capricho de la naturaleza, por una tormenta que nadie podía esperar con tanto furor, hacen de zonas extensas de Venezuela un caos y una fosa común, en la que, sin duda, y según las noticias terribles que nos llegan estos días, una vez más se han hermanado para siempre venezolanos e isleños, unidos en el sueño y el destino de su querida Venezuela.

De estos desastres naturales nadie tiene culpa, en principio, o, al menos, no es ahora el momento de ponerse a buscar culpables de imprevisiones, de una situación económica y social, ya casi estructural, que impide afrontar la tragedia con fuerzas y recursos propios, sino que es el momento de mirar adelante, de aunar fuerzas y ánimos, dentro y fuera de aquella nación hermana, como está ocurriendo en Canarias – ayer escuché, a alguien que no conocía, lo siguiente: "estaría bueno; a esa gente de allá los canarios tenemos que darles ahora



todo lo que podamos y más"-. Venezuela, por una casual tragedia se ha quedado más desnuda que el venezolano-español Boris Izaguirre ante las cámaras de Tele 5; pero, al fin y al cabo, Boris sólo mostraba, como decían los antiguos, "sus verguenzas" –que hoy ya no avergüenzan ni escandalizan a nadie-, y Venezuela se ha quedado con sus entrañas al aire, con el alma y su dolor a flor de piel, con un llanto hondo y callado en los rostros de quienes no saldrán nunca de tanto asombro. Ante ello Canarias tienen que ser ahora, mucho más que nunca, esa puerta de América y de Europa a la que se refirió el escritor venezolano Uslar Pietri, ese puente de esperanza que conduzca y les lleve el amor, la solidaridad y la ayuda de todos los pueblos hermanos.

Esta Navidad, en la que las lucecitas de nuestros abetos y Belenes, en nuestras calles y en nuestros hogares, no deben recordar las de aquellos miles de "ranchitos" caraqueños que se han apagado, y con ellas la vida y las esperanzas de cientos de sus moradores, es el momento en que los isleños deben ponerse manos a la obra incansablemente, pues aquella tragedia es propia, es la de una tierra en la que los isleños, como señala Eduardo Arcilla Farias en el prólogo a "El comercio canario-americano" de Morales Padrón, siempre "...se habían identificado con el país como si hubieran nacido en él y no soñaban con la vuelta a la patria", como le ocurría a muchos otros.

Pero, como exclamó Alfonso Armas Ayala en una de las páginas de su libro "De las dos orillas", "en fin, hermano, todo eso –todo lo que yo desde esta crónica pueda decirles son vainas, pequeñas vainas"; lo que importa es, parafraseando unos versos de Martí, que a Venezuela hoy "abrese el alma en flor, tiemblan las ramas", y en ese temblor tenemos que estar todos prestos para arroparla, como se arropa a un hermano cuando se encuentra más desasistido, mientras el alma isleña murmura, una vez más, Venezuela, Venezuela...

** Diciembre 1999.*




«El abeto» de la Plaza de Santa Ana

Un año más, el tercero de lo que ya se consolida como una tradición esperada con alegría por los vecinos de Vegueta, de Las Palmas de Gran Canaria entera, la Plaza de Santa Ana luce sus más distinguidas y cordiales galas para acoger el comienzo oficial de la Navidad laspalmeña, de la de toda Gran Canaria, que, esta noche, afinará sus oídos para escuchar el repique alegre, al mar y a la cumbre, de las campanas catedralicias, que anuncian, entre villancicos y voladores, que la fiesta de los belenes, del niño chiquito en el portal, ha comenzado.

Si como nos dice el más tradicional de los villancicos isleños, «desde la costa a la cumbre, todo canta con amor, en estas Islas Canarias, al Niño Dios Redentor», también nosotros tendremos que transformarnos, con nuestra actitud de amor, de solidaridad, de entrega a los demás, en figuras de un hermoso y entusiasta Belén viviente, que tenga por escenario las costas, las medianías, las cumbres, las ciudades, pueblos y villas de Gran Canaria, desde las que, en esta Navidad, se irradie, convertida en el más potente de los faros marinos, un hondo mensaje de paz.

Desde esta noche, con el ya tradicional «Festival de Villancicos», y previamente el encendido de un enorme abeto y el «Pregón de los Belenes», o «de la Navidad», en la Plaza de Santa Ana, testigo del discurrir de nuestras vidas, de las de muchas generaciones que nos precedieron en sus casi cinco siglos de historia, a la luz del «Abeto de Noel» y con la mirada puesta en el Belén que allí también se ha instalado, símbolos de ese espíritu de fraternal cosmopolitismo que identifica y enaltece a los vecinos, y que les une estrechamente a tantos pueblos del norte y del sur, de uno y otro lado del Atlántico, con un villancico que florece espontáneo e irreprimible en los



labios, quiero recordar también la Navidad de nuestros antepasados, la que hacía de toda Vegueta y Triana, de la isla entera, un orbe casi mágico en los días en que las misas de la luz señalaban la llegada de la Navidad; y recordar es rescatar, como han hecho posible los nuevos y entusiastas belenistas, que este año nos ofrecen, nuevamente, la posibilidad de disfrutar de una larga y maravillosa ruta de Belenes en esta capital. Es por ello que, en estos casos, no dudo en repetir, como escribió un gran autor español, hace ya tiempo, que todo lo que no es tradicional, es falso.

Esta noche contemplaré la catedral y sus piedras centenarias, sus altas torres, su reloj de tiempo lento y minucioso, y me traerán el recuerdo y la añoranza de la infancia, de todas las infancias que, con el suave murmullo de la misa pastorella del Maestro Valle, cada Nochebuena, como fondo persistente, vivieron su Navidad en la intimidad de estas calles y patios, donde los belenes florecían con la imaginación fecunda de los niños. Quizá el abeto de la Plaza de Santa Ana recuerde todo esto, pero también que es el momento de encender la llama de la solidaridad, de la comprensión, del amor, que haga de todo el año una hermosa Navidad.

** Diciembre 1997.*




Para el tiempo de Navidad

I

Cada cosa en la vida tiene su tiempo, su momento oportuno, pero también cada época, momento o período de la vida, del acontecer anual, tiene sus costumbres, unas pautas de comportamiento que identifican a una civilización, a una cultura determinada, a una sociedad, y la hacen sentirse una comunidad viva y unida.

Algo de todo ello ha ocurrido, desde siglos atrás, con la Navidad, aunque su expresión se ha reforzado muchísimo en las últimas décadas del siglo actual, gracias a la presencia de los poderosos medios de comunicación, tanto electrónicos, como impresos, y, por otro lado, con otras intenciones, a su utilización desmedida por quienes rigen la denominada «sociedad de consumo» en su favor, que han introducido hábitos inexistentes en un ámbito determinado, y que nada dicen, en principio, de su idiosincrasia, han inventado costumbres, que no recuerdan ni los abuelos más ancianos, o han revalorizado lo material frente a lo espiritual, de tal manera, que los más jóvenes, posiblemente, tendrán ya un concepto mucho más egoísta y desvirtuado del auténtico mensaje de la Navidad, que es el de dar frente al recibir, el de querer frente al esperar ser queridos, el de vivir la fiestas, y la vida, en unión y solidaridad con nuestro prójimo, con nuestra familia, frente a esa persistencia en reducir a su mínima expresión y aislar el núcleo familiar; en fin un mensaje de amor, de solidaridad y de paz que brota por diciembre y debe extenderse a lo largo de todo el año.

Ante todo ello es bueno que, poco a poco y junto a determinadas costumbres foráneas que hoy predominan, y que puede servirnos para reforzar esa expresión de unión y




solidaridad entre todas las personas de buena voluntad del mundo entero, se recuerden las viejas tradiciones, los hábitos que, siglo tras siglos, definieron las vivencias cotidianas de la Navidad Isleña.

Para empezar, y es algo que he podido detectar tanto en la tradición oral, como en la mayoría de los viejos textos que hacen alguna referencia a estas fiestas en las islas, como en muchos otros lugares de España, en especial Andalucía, a la Navidad no se la conocía, comúnmente, en el lenguaje de la familia, de los amigos, con este término, sino con el de «Pascua», pese a que «Navidad» provenga precisamente de la Festividad de la «Natividad». Domingo J. Navarro, en sus «Recuerdos de un Noventón», redactados y publicados hace ya un siglo, lo reitera con insistencia, «En toda la temporada de Pascua estaba la ciudad día y noche atormentada con los ranchos de cantadores», «Fuera de esto, los días de Pascua hasta Reyes eran obligados a recíprocos banquetes». En la calle, a la puerta de la iglesia, en zaguanes y patios, la expresión común era la de «felices Pascuas», o «que tengas unas Pascuas muy felices con la familia». En los periódicos se anunciaban «PARA PASCUA, los afamados pasteles de D. Agustín Santana» - por cierto que José Miguel Alzola, en su libro «La Navidad en Gran Canaria», dedica un largo y sustancioso capítulo a estos pasteles de carne que, década tras décadas, se han enseñoreado de las mesas isleñas en los días de Pascua-.


II

La costumbre, la práctica, de diseñar y montar «nacimiento», también llamados «Belenes», es antigua y se había extendido por toda la Europa medieval. De alguna forma los personajes de aquellas representaciones teatrales de signo religioso, conocidos como Autos, se inmovilizaron en figuritas que, siendo unas auténticas obras de arte y otras más toscas, representaban la escena y el orbe del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.



Poco a poco, y en ello tuvo mucho que ver el Santo de Asís, que alrededor a la cuna sagrada ubicó a los hombres, a los animales, a los objetos más ingenuos, y con ellos a los ángeles, la práctica de construir belenes en los días de Pascua se extendió, a través de los siglos, por las más diversas tierras. Y si en Italia mantienen su apariencia renacentista, en el resto de Europa se diseñan más pensados en una oportuna decoración, o los orientales que resaltan por sus iconos un tanto exóticos para nosotros, aquí los belenes parecen estar hechos, sobre todo, con el corazón, diseñados con un elegante toque de ingenuidad, de sencillez, en el que destaca la propia identidad, las tradiciones locales más arraigadas, como queriendo decir a todo el mundo que Jesús vino a nacer en el seno de cada pueblo, en lo más íntimo de cada familia dispuesta a ser testigo de su mensaje de amor.

A principios de siglo tuvieron fama en Las Palmas de Gran Canaria algunos belenes particulares, que propiciaban un largo e interminable visiteo de casas a través de todas las Pascuas, como los de Rafael Bello, que fabricaba las figuras de su nacimiento, o el de Alfonso Morales, pues, como relata Domingo José Navarro, «pocas eran las casas que no tuvieran su Nacimiento en forma de risco con muchas cuevas -identificación con el paisaje isleño- y fabricado con raíces de cañas, papel bazo y poliadas, gachas; pintado con almagre y decorado con ovejitas, pastores, el portal, la mula, el buey, el Misterio y el ángel con su letrero gloria in excelsis». Otros dos belenistas importantes de Gran Canaria, fueron, durante muchos años, Juan Francisco Apolinario y el pintor Santiago Santana. En los últimos años, y tras algún tiempo de cierta decadencia, una Asociación de Belenistas ha propiciado la revitalización vigorosa de la costumbre de instalar nacimientos no sólo en casas particulares -y este año he visitado algunos que son verdaderos monumentos-, sino en ese nuevo ágora ciudadano que constituyen los enormes centros comerciales, donde se ofrecen belenes de gran espectacularidad. Personalmente siempre me ha gustado muchísimo el Parque



de San Telmo para, bajo el inmenso y viejo laurel de indias que siempre le dio cobijo, ubicar el Belén oficial de la ciudad.

Sin embargo nuestros nacimientos preferidos, los que nos devuelven a la infancia, serán siempre aquellos que, como describe José Miguel Alzola, «rebozaban sencillez, alegría, pintoresquismo; los hechos con la colaboración de grandes y pequeños, con la participación de toda la familia, sin pretensiones eruditas, sin la menor preocupación arqueológica». Es el Belén de aquellos pastorcillos extasiados ante el nacimiento que fuimos, casi todos, en nuestra infancia.

** Diciembre 1997.*




La Peregrina por Navidad

Las Palmas de Gran Canaria, con el transcurso de los años, en pleno vendaval de modas, costumbres, tradiciones que se pierden y otras que se recuperan, ha despertado para la Navidad, para ese rostro de alegría distinto, diferente, que siempre ha caracterizado a sus calles y a sus moradores, -aunque tampoco dudo en que hay casos de flagrante y rechazable hipocresía-, en muchas de sus modernas avenidas, en parques, plazas y calles de los distritos y zonas más modernas. Todo ello señala la presencia de una comunidad viva, inquieta, que aspira a una identidad asentada en sus tradiciones, en una historia sin falsificaciones, adecuada a los recuerdos que conservamos de nuestros padres y abuelos.

Sin embargo, he querido regresar a un rincón muy significativo para el tiempo de Navidad «laspalmeño», en el que se conjugan el pulso vibrante de la vida actual y el recuerdo de épocas pasadas, la imagen de tradiciones y estilos entrañables. La calle de La Peregrina, de la que el comerciante don Antonio Betancourt -vivía, en los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX, en la casa que se señala en la actualidad con el número 8- dejó un testimonio elocuente de su tiempo, en sus famosos «quadernos», recientemente reeditados y estudiados con minuciosidad por el Dr. Antonio de Bethencourt Massieu, hoy sugestivamente decorada, con un encanto y atractivo casi íntimo, es todo un monumento al ambiente de la ciudad en Navidad a través de los siglos.

Recuerdo hablar con Néstor Alamo, paseando a través de ella, con dirección a Triana, o ya en su estudio, de muchísimos aspectos de la Navidad isleña, como, hace pocos días, también pude hacer con José Miguel Alzola, cuyo libro «La Navidad en Gran Canaria» (1982) es todo un clásico en



estas fechas. Precisamente en la casa que ocupara el estudio de Néstor Alamo abre hoy sus puertas una atractiva, y diría que de visita imprescindible, galería de antigüedades y de arte, «La Peregrina», que ha venido ha contribuir decisivamente al peculiar ambiente que hoy nos regala esta calle tan «laspalmeña». Hace un año, con la presencia de Ana Botella, acompañada por distinguidas damas grancanarias, Hortensia Cambreleng y Arturo Galofré inauguraban un establecimiento que une el ayer con el futuro.


Una visita a La Peregrina en estos días me trae el recuerdo de nuestras Navidades de siempre, de los Belenes que hicieron famosos los patios de muchas casas, como algunas iglesias y parques públicos, de los chicos que, en otros siglos, gritaban por la calle, con su canasta y farol, «(pasteles calentitos, pasteles!» -que sería de nuestra Navidad sin los sabrosos «pasteles de Carne»-, de la «misa pastorela» del maestro Valle, que cada 24 de diciembre se interpretaba, ante unas naves abarrotadas, en la Catedral. En fin, datos de unas Navidades isleñas que es bueno seguir recogiendo en estos días.

** Diciembre 1997.*



En el centenario de Domingo J. Navarro

Un día de Navidad hace ahora cien años, el 25 de diciembre de 1896, la noticia de la muerte de Domingo José Navarro y Pastrana recorrió Las Palmas de Gran Canaria como alma en pena, sembrado a su paso una enorme consternación y dolor, pues aquel médico, escritor y bienhechor de sus conciudadanos, fue siempre una persona sumamente querida por todos sus vecinos. Al día siguiente, el Diario de Las Palmas, donde él escribió con asiduidad, pese a su edad y sus achaques, desde su fundación, le recordaba con una emoción que reflejaba el sentir generalizado de la población. En su primera página de la edición del sábado 26 de diciembre, que ofrecía íntegramente a su memoria, el artículo editorial señalaba como «Diario de Las Palmas tributa a la memoria del Dr. Domingo José Navarro el único homenaje que por lo pronto puede ofrecerle. Dedicar este número al amigo ilustre, al distinguido colaborador, al patricio inolvidable». En aquellas páginas, amen del Obispo de Canarias, Fray José, que remitió un extenso y sentido texto, se incluyeron otros de la mayoría de los destacados periodistas y colaboradores que el Diario supo aglutinar en su redacción. José Feo y Ramos, F. Inglott, Francisco González Díaz, J. Betancort, Luis Millares, que señaló la enorme herencia intelectual que dejaba el personaje, Federico León o Agustín Millares Cubas, que destacó el texto, «Recuerdos de antaño», publicados días antes de su muerte, en la Hoja Literaria del Diario el sábado 19 de diciembre, que «tiene la vida, el color y el movimiento de las obras de antes en que palpita y centellea la fantasía juvenil». Según el director, Alfredo S. Pérez, en «Mi pobre ofrenda», «para el Dr. Navarro parece hecha la frase: no cayó muerto, que cayó rendido».



En las ediciones de los días siguientes continuaron apareciendo textos en su honor y apuntes biográficos, a la vez que se solicitaba del Ayuntamiento la edición de su trabajo «Historia Médica de Gran Canaria», que había dejado concluida e inédita, aunque meses antes la Imprenta La Verdad había editado otra de sus obras señaladas, «Consejos de Higiene Pública a la Ciudad de Las Palmas de Gran Canaria». Cuando han transcurrido cien años de la muerte del autor de uno de los libros más leídos a lo largo de ese siglo que media entre él y nosotros, debemos procurar un conocimiento más ajustado sobre su figura y su obra, para que no quede en el mero redactor de los «Recuerdos de un noventón» o, lo que es peor, en el rótulo de una calle, Domingo J. Navarro.


** Diciembre 1996.*



Inocente, inocente

«Inocente, inocente», «rabo lleva, rabo lleva, quién no se lo quita, siempre lo lleva»; estas y otras expresiones, repetidas cada 28 de diciembre hasta la saciedad, con voz armónica y cadenciosa, casi un canto o una melodía tradicional, por niños y jóvenes, sin faltar algún que otro adulto desenfadado y guasón, se oirán hoy de nuevo por todos lados en esta isla, donde no sólo la festividad de los Santos Inocentes, sino la práctica común de las inocentadas sanas y divertidas, siempre tuvieron un gran arraigo entre la población; amen de las «inocentadas» que, como en la mayoría de las capitales del mundo, nos regalan los medios de comunicación, para divertimento de muchos y confusión de unos pocos.

Un antecedente antiguo y curioso lo ofrece José Miguel Alzola, en su jugoso libro «La Navidad en Gran Canaria», sobre las inocentadas que los jóvenes cantores de la catedral, siglos atrás, gastaban a los canónigos, a los que ataban cuernos en sus hábitos, ladraban, rebuznaban o maullaban durante el canto del oficio divino, o paseaban por la iglesia arrastrando largas colas cosidas a sus hábitos. En fin una auténtica y sana juerga de inocentadas, a las que, un acuerdo del Cabildo Catedral de 10 de enero de 1749, según recoge el lectoral Feo Ramos en un trabajo publicado en la revista de El Museo Canario de 1933, intentó poner coto y prohibir, pues «se manda que de hoy en adelante las vísperas y el día de los Santos Inocentes y su calenda se cante y oficie según rito, sin que en cosa alguna se haga mutación ni desorden con pretexto de inocencias, así por los sochantres y músicos, como por todos los mozos de coro de esta santa iglesia, sin que en él se altere la compostura con que deben estar».



Desconozco el resultado exacto que tuvo tal disposición canónica, pero lo que si es seguro que, entre el pueblo, la práctica de las inocentadas amicales, sanas y jugosas, no desaparecieron nunca e, incluso, en estos días tan desabridos que nos ha tocado vivir, en los que nuestras costumbres y tradiciones se disuelven en un océano cultural cosmopolita y anodino, se mantienen y hacen las delicias de mayores y pequeños. La inocentada, en unas medidas de cierto respeto a la dignidad de los demás y practicada con una inteligente ironía, puede ser un divertimento altamente recomendable en un mundo donde la falta de cierta gracia nos hará sucumbir. Así, amigos, que les digo, que: «inocente, inocente».


** Diciembre 1996.*



Néstor, profeta ante un nuevo año

Acaba un año, comienza otro, y, una vez más, tengo la sensación que fue ayer, hace unos pocos días, cuando saludaba el comienzo de este tan traído y llevado 1998, que, al final, con sus glorias y sus penas, fue un año más en nuestras vidas, pues si a lo largo de sus días se nos recordaron, con machaconería contumaz, los eventos de Cuba y Filipinas, la vida y obra de Felipe II, los nombres más preclaros de la "Generación del 98" –aunque no todos están muy de acuerdo en ello, quizá el aniversario haya servido para acabar con algo que teníamos muy claro– como signos distintivos y sobresalientes, ahora, cuando se vislumbra el último año del siglo y del milenio –aunque tampoco están todos de acuerdo en esto– ya se pregona el recuerdo de la efeméride del ataque de Van der Does a Gran Canaria, en julio de 1599, para lo que se preparan actividades de todo tipo que espero sirvan, fundamentalmente, para difundir un conocimiento riguroso de cómo era la sociedad isleña de aquellos tiempos, los sucesos que definieron su vida cotidiana, sus relaciones con el exterior y la influencia que tuvo sobre eventos y épocas posteriores.

Sin embargo, en estas últimas horas del año, lo que más recuerdo, por su sensible imbricación con la realidad que nos afecta de forma ineludible, pese a que muchos ni reparen en ello, es la visita que disfruté del Museo Néstor, con motivo de la reciente conferencia que en aquellos salones del Pueblo Canario impartió el comisario Europeo Marcelino Oreja Aguirre. Allí, junto a las palabras que nos traían, una vez más, el novedoso futuro inmediato al que estaremos abocados en el marco de la Unión Europea, en un orden mundial cambiante, al que las islas deben estar muy atentas desde su singular posición geoestratégica, me reencontré con la obra y el men-



saje de Néstor Martín Fernández de la Torre, un hombre que supo ser “profeta en su isla”, junto a un grupo de destacados personajes de su tiempo, entre ellos Domingo Doreste Fray Lesco.

Su “sensibilidad de artista –como ya se señaló poco después de su muerte- le permitió captar con certero instinto profético un anhelo fluctuante e inconcreto del alma de su pueblo”. Se diseñaron líneas maestras para un desarrollo de una oferta turística equilibrada y de enorme sabor y atractivo isleño, pero también se presintieron los graves peligros que se cernían sobre la isla. Por desgracia, décadas después, podemos comprobar que fue profeta también para adelantarnos los males que hoy atenazan la realidad insular, su identidad sugestiva.

En estos largos días de asueto en los que celebraremos el tránsito a un nuevo año, en esas horas largas de tranquilidad, tras la bulla de la fiesta, deberíamos aprovechar para reflexionar sobre los mensajes, las ideas, que Néstor nos legó para adecuar Gran Canaria a los nuevos tiempos, enseñándonos a soñar la isla desde la perspectiva hermosa que él tuvo y que hoy sólo queda adecuar a la realidad del nuevo siglo que ya toca a nuestra puerta.

** Diciembre 1998.*




Año Nuevo y un Diario en tres siglos

Cada uno recibe el Año Nuevo con las más diversas y distintas ilusiones, inquietudes, deseos, desasosiegos e, incluso algunos, con cierta indiferencia. Sin embargo, todos, la gran mayoría, lo acogemos con la esperanza de que sea mejor que el anterior o, al menos, igual, siempre en función de las perspectivas y el regusto que haya dejado. Este es el indicador, el termómetro, que señala la opinión, el concepto, que una comunidad tiene del tiempo que ha pasado y del que le gustaría vivir, especialmente cuando hoy nos disponemos a recorrer el largo y trascendental umbral que nos introducirá en un nuevo siglo, en un nuevo milenio.

Cuando todo en la vida tiene un tiempo determinado, es finito por principio, sobresalen instituciones, empresas, que, a través del empeño de muchas generaciones, son capaces de prolongarse a través de los siglos, aunque, en un momento dado, también alcancen su punto "omega". Diario de Las Palmas, que mañana mismo comienza una nueva y singular etapa de su ya larga y fecunda vida en el periodismo isleño, es una de esas instituciones-empresas que ha logrado estar presente en tres siglos, si consideramos que hoy, 1 de enero del 2000, ya estamos en el pórtico de entrada de un nuevo siglo. Diario de Las Palmas, desde aquel ya lejano viernes 1 de diciembre de 1893, en el siglo XIX, ha constituido una nave empujada felizmente por lo suaves vientos de la información isleña, una nave que a surcado todas las rutas que el pueblo grancanario demandó siempre de ella, en fin, una nave de la que nos costará mucho alejarnos, pues a muchos nos ha marcado profundamente.


Al comenzar una novedosa etapa, de cara a un nuevo siglo, de mano de su hermana fraternal "La Provincia",



que también ha cubierto una parte sustancial e ineludible de la historia del periodismo canario del siglo XX, es bueno recordar sus inicios, en la última década del siglo XIX.

El Diario de Las Palmas, en aquellos años subtítuloado en algunas ediciones como “diario político y de intereses generales”, sacó su primer número a la calle el mencionado 1 de diciembre de 1893, en formato grande ó de “sábana”, compuesto en cuatro páginas a cuatro columnas, de las que reservaba para la publicidad gran parte de la tercera y la cuarta al completo. Se imprimía en la “Tipografía La Verdad”, en la calle de los Remedios nº 10, en un edificio que ocupa el mismo lugar donde hoy se levanta el edificio que alberga al popular restaurante “Floridita” –La Asociación de la Prensa de Las Palmas colocó allí una placa que recuerda esta efeméride, con motivo del centenario del Diario-, y oficialmente tenía también allí su redacción y oficinas. El Diario surgió, y aprovecho la interesante explicación que ofreció hace ya tiempo el periodista Alfonso O’Shanahan, como “el diario de la ciudad de Las Palmas y no de Las Palmas de Gran Canaria” que fue un invento posterior, fruto de “una necesidad de afirmar la insularidad frente a los insularismos externos”, ni como diario de Gran Canaria, pues fue “un periódico que nació con voluntad urbana y de masas”, reforzando su talante informativo frente al político con el término “Diario”, “entonces palabra mucho más connotada con un carácter informativo que hoy, pues en su inmensa mayoría los periódicos de aquella época, casi todos desaparecidos, llevaban títulos evocadores de sus doctrinas, credos o partidos que los animaban”.

Sin duda, y esto es bueno recordarlo hoy, Diario de Las Palmas, desde sus primeros años de vida, configuró una personalidad, un carácter y una imagen que, a pesar de los numerosos cambios que vivió a lo largo de más de cien años, de un cierre de varios años, de su vinculación a una nueva empresa editorial, de las transformaciones profundas que ha vivido en las últimas décadas, como también las ha vivido la sociedad canaria, ha logrado mantener en cierta medida su identidad, esa personalidad que puede concretarse, desde un



estilo de periodismo muy propio, en ese espíritu de servicio y de amor a esta ciudad y a esta isla que arroparon su nacimiento.

Diario de Las Palmas, en una hoja literaria de diciembre de 1896, que dedicó a la Navidad, señalaba que es tiempo de esperanza, pero “también es tiempo de recuerdos ;y yo tengo tantos”. Hoy, primero de año, primer día del 2.000, miramos al pasado con nostalgia, un pasado fecundo, lleno de recuerdos; pero esa nostalgia no debe impedirnos mirar al futuro, un futuro que, asentado en tan hermoso pasado, se me antoja muy brillante, ante el cual florece la esperanza y nuevas aspiraciones, nuevos propósitos e inquietudes.

** Enero 2000.*



Relación de algunas obras citadas

Armas Ayala, Alfonso. *Galdós. Lectura de una vida*. Santa Cruz de Tenerife, 1989.

Artiles Rodríguez, Pablo. *Isla Azul*. Gran Canaria, 1937.

Alzola, José Miguel. *La rueda en Gran Canaria*. Las Palmas de Gran Canaria, 1968.

Alzola, José Miguel. *La Navidad en Gran Canaria*. Las Palmas de Gran Canaria, 1982.

Alzola, José Miguel. *La Semana Santa de Las Palmas*. Las Palmas de Gran Canaria, 1989.

Balboa, Silvestre de. *Espejo de Paciencia*. Cuba, 1608.

Cazorla León, Santiago. *Historia de la Catedral de Canarias*. Las Palmas de Gran Canaria, 1995.


Cazorla León, Santiago. *Los Tirajanas de Gran Canaria*. San Bartolomé de Tirajana, 1998.


Cordón, Faustino. *Cocinar hizo al hombre*. Barcelona, 1999 (5ª Ed).

Curbelo Fuertes, Armando. *Fundación de San Antonio de Texas. (Canarias, la gran deuda americana)*. Las Palmas de Gran Canaria, 1986.

Díaz Saavedra de Morales, Nicolás. *Saint Sæens en Gran Canaria*. Las Palmas de Gran Canaria, 1985.

Doreste, Domingo. *Crónicas de Fray Lesco*. Las Palmas de Gran Canaria, 1954.

- 
- Doreste, Víctor. *FA YCAN*. Las Palmas de Gran Canaria, 1968.
- González Díaz, Francisco. *Cultura y Turismo*. Las Palmas, 1910.
- González Díaz, Francisco. *Un Canario en Cuba*. La Habana, 1916.
- Grau - Bassas, Víctor. *Usos y Costumbres de la Población Campesina de Gran Canaria (1885 - 1888)*. Las Palmas de Gran Canaria, 1980.
- Hernández Jiménez, Vicente. *El Centro de Iniciativas y Turismo de Gran Canaria*. Las Palmas de Gran Canaria, 1994.
- Hernández Martín, Orlando. *Decires Canarios I*. Gran Canaria, 1981.
- Hernández Martín, Orlando. *El Carnaval de Gran Canaria 1574 - 1988*. Las Palmas de Gran Canaria, 1988.
- Hernández Martín, Orlando. *Ansíte, elegía viva. Edición en Homenaje al Excmo. Sr. D. Vicente Sánchez Araña*. Gran Canaria, 1997.
- Laforet, Juan José. *Orígenes del periodismo canario (1750 - 1850)*. Gran Canaria, 1989.
- Laforet, Juan José. *Los primeros años de Diario de Las Palmas*. Las Palmas de Gran Canaria, 1993.
- Laforet, Juan José. *Crónicas y Estampas de la Semana Santa Laspalmeña*. Gran Canaria, 1999.
- Mesonero Romanos, Ramón de. *Memorias de un setentón*. Madrid, 1995.
- Millares Cubas, Luis y Agustín. *Canariadas de Antaño*. Las Palmas.
- Millares Cubas, Luis y Agustín. *Léxico de Gran Canaria*. Las Palmas.



Millares Torres, Agustín. *Historia de la Gran Canaria*. Las Palmas, 1861

Miranda Calderín, Salvador. *La Cumbre de Gran Canaria*. Las Palmas de Gran Canaria, 1998.

Morales Padrón, Francisco. *América como tema*. Gran Canaria, 1997.

Moreno, J. Cirilo. *Cuadros Históricos de la Revolución de Septiembre en Las Palmas*. Las Palmas, 1899.

Morote, Luis. *La moral de la derrota*. Madrid, 1900.

Navarro Pastrana, Domingo José. *Recuerdos de un noventón*. Las Palmas, 1895.

Navarro Pérez, Luis. *Cartas sobre el Instituto de Las Palmas*. Las Palmas, 1878.

Navarro Ruiz, Carlos. *Páginas Históricas de Gran Canaria*. Las Palmas, 1933.

Nuez Caballero, Antonio de la. *La Isla*. Gran Canaria, 1979.

Varios autores. *Paseo Nocturno por la vieja ciudad. Triana*. Las Palmas de Gran Canaria, 1996.

Quesada Acosta, Ana María. *La escultura conmemorativa en Gran Canaria 1820 - 1994*. Las Palmas de Gran Canaria, 1996.

Real Academia de la Historia. *Diccionario de voces geográficas españolas*. Madrid, 1796.

Trapero Maximiano. *Los Nombres Guanches. Historia, Filología y Diletantismo*. Las Palmas de Gran Canaria, 1998.

Índice

Prólogo	5
Al año nuevo	9
Noche de Reyes y de ilusiones	11
Los Reyes Magos de Agüimes	13
Parranda Heidelberg	14
Música y prestigio cultural	16
El rosario canario de Manuel de Falla	18
El retorno de Óscar Domínguez	20
Un retrato de Fernando de León y Castillo	22
1899, de la electricidad al futuro	24
Gastronomía canario – castellana	27
La ruta de los almendros en flor	30
Tejeda, entre Málaga y Gran Canaria	32
Valsequillo, entre almendros y poemas	36
La Fiesta del Árbol	38
San Matías, «apóstol de los pinares»	40
El cordón de San Blas	42
Los «Hermanos Millares»	44
Recuerdos del «Queen Mary»	46
Muralla de Mata, viendo pasar el tiempo	48
Las primeras carreteras de Gran Canaria	50
Nuevas costumbres de don Carnal	54
Del Callejón de los Canarios a la nueva sede del Hogar Canario de Sevilla	59
El Guinguada y otros barrancos	62
Celebrar «lo grancanario»	64

La reapertura de la Catedral de Canarias	66
100 años de la Asociación de la Prensa de Las Palmas	68
San José en Gran Canaria	70
Ayer y hoy de la Semana Mayor isleña	72
Las dos orillas del 98	77
Cuba	79
Treinta años de feria comercial atlántica	81
El 25 de abril y el libro grancanario	83
Un homenaje a los viejos puentes	87
Once años de unión Canario-Balear	89
Ansité, elegía viva	91
Fiestas de abril y del «Primero de Mayo»	93
Las cruces de Mayo	95
La feria de las flores laspalmeña	97
De Gran Canaria al Rocío	99
Historia empresarial y la «revista Flick»	101
Los fuegos de San Antonio por «La Vega»	103
Los dos Verdugo y Albiturría	105
El paseo laspalmeño de Federico García Lorca	107
José de Anchieta. Cuarto centenario de un lagunero muy americano	109
Canelones, otros isleños del Uruguay	111
Vegueta en el Perú	113
Clinton y los isleños de San Antonio de Texas	115
Los estudios galdosianos en U.S.A.	117
Alfombras de flores, o de lo que sea	123
Entre palmas, de Real a Ciudad	125
Triana	127
Apelativos para una isla	130
«La Rama» del Valle o de San Pedro	132
De cuando ardió el Teatro Pérez Galdós	134

Un “Can” gallego – grancanario	136
Los hermanos malagueños de los perros de la Plaza de Santa Ana	139
«Museo de los Isleños» en Nueva Orleans	143
«Museo Saint-Saëns» en Guía	145
Gáldar, vigencia y trascendencia del Rey Guanarteme ...	147
El estío de Santiago	149
Entre campanas Santa Ana	152
De la Plazuela a las terrazas de verano	154
Redescubrir el paisaje isleño	156
Víspera de La Rama en Agaete	158
Azuaje, balneario y turismo rural	160
Los Berrazales	162
Los pozos de la nieve	164
Del ingenio a Ingenio	166
Mercaderías, mercados y Mercalaspalmas	168
Isleños en París	170
Fray Lesco y el turismo	172
Cultura y Turismo en el Siglo XX	174
La canción popular y el camino de Teror	181
«El Charco», secular fiesta de la vida	183
La vendimia en el Monte Lentiscal	185
La «isla del teatro»	189
Comienza el nuevo curso	191
Las noches teldenses de San Francisco	193
Vegueta recupera una tradición, la Romería del Rosario	195
Ceremonias colombinas en Gran Canaria	197
El 98 de Luis Morote	200
Derek Walcott en la Plaza de Santa Ana	202
Tertulia galdosista con caldo de pescado	204
Noche de difuntos	206
Otoño de regatas	208

Las Arenas de Lanzarote	210
CANAGUA, el agua como cultura	212
El tabaco en la historia económica canaria	214
Hermanamiento con la Villa y Puerto de Garachico	217
FORESTA, los amigos del árbol	220
San Juan, una cometa y un sueño	223
Cairasco y las Infantas	225
El Príncipe de Asturias en la Catedral de Canarias	229
Jinámar, la caña dulce y La Concepción	231
La Reina de la Luz	233
La Romería de los Labradores	235
Un perrillo en el Cabildo	237
«El Plátano» como galardón	239
El potaje más grande del mundo	241
Venezuela, Venezuela	243
«El abeto» de la Plaza de Santa Ana	245
Para el tiempo de Navidad	247
La Peregrina por Navidad	251
En el centenario de Domingo J. Navarro	253
Inocente, inocente	255
Néstor, profeta ante un nuevo año	257
Año Nuevo y un Diario en tres siglos	259
Relación de algunas obras citadas	262

Este libro, editado por
CAJA RURAL DE CANARIAS,
se terminó de imprimir
el día 25 de abril de 2002,
208 aniversario de la llegada
de la primera imprenta a
Gran Canaria,
en los talleres de Tegrarte, en Telde.

ULPGC.Biblioteca Universitaria



779494

BIG 860-9 LAF cro

Militar Capitán Gobernador Alonso de Alvarado, del Patronato de la Reina de la Luz (actividad anual conjunta con el Consulado de Suecia), socio de número del Museo Canario, Socio de Honor del Hogar Canario de Sevilla y académico correspondiente de la Academia de Ciencias Humanísticas y Relaciones de los Estados Unidos de México y República Dominicana. Ha sido Vicepresidente del Centro de Iniciativas y Turismo de Gran Canaria, así como Vicepresidente de la Federación Nacional de Centros de Iniciativas y Turismo de España, dirigiendo también la revista "Isla Azul", concediéndosele por su trabajo la Medalla de Plata del CIT de Gran Canaria.

Algunas de las otras publicaciones del autor:

"Orígenes del Periodismo Canario", 1989.

Orígenes de la imprenta en la provincia de Las Palmas", 1991.

"Los primeros años de Diario de Las Palmas", 1993.

"Metodología para el estudio de la Historia del Periodismo Canario", 1994.

"Agustín Millares Torres y la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Gran Canaria", 1996.

"Tertulias Garbanceras", 1996.

"Protocolo y Medios de Comunicación Social", 1997.

"Crónicas de la Semana Santa laspalmeña", 1999.

ULPGC.Biblioteca Universit



779494

BIG 860-9 LAF cro



**CAJA RURAL
DE CANARIAS**



**CAJA RURAL
DE CANARIAS**